



Hurricanes blues, voces desde la cárcel

Coordinación Patricia Flores Blavier

HURRICANES BLUES

voces desde la cárcel



UASLP

Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



COORDINACIÓN
**ACADÉMICA
EN ARTE
UASLP**



renace[®]

SOLIDARIDAD Y JUSTICIA



Coordinación editorial: Patricia Flores Blavier

Diseño de portada e interiores: Brenda Mora Castillo

Grabado de portada: José Ángel Robles

Imágenes interiores: José Gabriel Calderón Ignacio

- © Universidad Autónoma de San Luis Potosí
- © Renace Capítulo San Luis Potosí A.C.
- © Patricia Flores Blavier

Primera edición
ISBN 978-607-535-152-0

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida con lo establecido en la ley federal del derecho de autor.

Los textos, así como su contenido, estilo y las opiniones expresadas son responsabilidad de los autores.

Impreso en los talleres de Impress Color, Tetela núm. 182, Fraccionamiento Muñoz, San Luis Potosí, S.L.P.

Impreso y hecho en México – *Pinted and made in Mexico*

*“Si quieres conocer una sociedad,
visita sus cárceles”*

Fiódor Mijáilovich Dostoyevski

ÍNDICE

Introducción Patricia Flores Blavier	7 pág.
Nocturnidad literaria Óscar Montero García	13 pág.
La carta Israel Ramírez	17 pág.
El Infierno Salvador Vázquez Rodríguez	21 pág.
El otro Potro Luis Alejandro Chávez Mendoza	35 pág.
Recuerdos Clemente Pulido Fortanel	55 pág.
Tatuajes Emmanuel Santiago Nieto	59 pág.
Memorias Juan Martín Galván Rojas	63 pág.
Bacardíblanco Luis Gabriel Gutiérrez Cruz	71 pág.
María Misericordiosa José Gabriel Calderón Ignacio	81 pág.
La sangre que quería ser tinta Aldo Javier Patlán Rodríguez	147 pág.
Agradecimientos	151 pág.

*Ésta es la historia del Huracán,
el hombre al que las autoridades culparon
de un crimen que no había cometido.*

*Lo metieron en una celda, pero podría haberse convertido
en campeón del mundo.*

Bob Dylan, Hurricane, 1976

Introducción

Llegamos al Centro de Re inserción Social número 1 (Cereso), conocido como La Pila, después de diez aduanas en las que debimos identificarnos cada vez y explicar el motivo de nuestra presencia, pisamos las profundidades del área varonil del principal centro penitenciario de San Luis Potosí. Nos ubicamos en las instalaciones de la biblioteca, sus anaqueles muestran desde viejas enciclopedias hasta una colección de libros vaqueros, literatura, poesía, cuento, ensayo, habrá unos 500 ejemplares. Ahí iniciaríamos un taller de creación literaria.

En general, en los centros penitenciarios, los hombres tienen más opciones de trabajo, de carpintería, de ejercicio, pero pocas alternativas de creación artística como recurso para la reinserción. En la zona de varones se concentra un 95 por ciento de la población penitenciaria, con distintos tipos de delitos, federales, locales desde los más graves hasta el robo simple.

En mayo de 2019, integrantes de Renace Capítulo San Luis Potosí acudimos al Cereso; las autoridades le plantearon a la organización la solicitud para que ampliara su proyecto de reinserción a la población de la penitenciaria en general. La idea era iniciar, como se hace en otras prisiones del mundo, con un programa de escritura creativa, buscando desarrollar el diálogo, la expresión de las ideas y las capacidades de los participantes.

Renace realizó el proyecto ejecutivo; la asociación trabaja por la protección de los derechos humanos, la defensa jurídica,

reinserción de personas acusadas injustamente y en situación de pobreza, proyectos como el del taller literario abre oportunidades de desarrollar alternativas de reinserción y de cumplimiento de medidas cautelares más novedosas y atractivas.

El maestro Óscar Montero García, Director de la Coordinación Académica en Arte de la UASLP, coeditor de esta obra, es profesor con amplia experiencia docente, literato, productor y realizador de proyectos cinematográficos documentales y de ficción; en esta aventura también participó Aldo Javier Patlán Rodríguez, joven productor, narrador y profesor de artes visuales.

Así nos presentamos el 19 de julio de 2019. Las voces que usted lector escuchará son las de Óscar Montero, quien inicia con su texto y cierra la narración de Aldo Patlán Rodríguez. El cuerpo de la obra está compuesto por relatos muy variados, reflexiones, cartas, testimonios, crónicas, novelas cortas, escritos por hombres internos en el Cereso número 1 de San Luis Potosí.

Cada sábado, los internos que se interesaron en participar nos recibieron, diría que con gusto; aprendimos a apreciarlos, escucharlos, leerlos. Las condiciones de internamiento son complejas, se ven sus uniformes, pantalón de color beige, camisa o playera blanca, muchos de ellos raídos, descoloridos, diariamente utilizados. Casi todos están tatuados, como hombres ilustrados, las imágenes son fuertes, las figuras hablan por ellos de sus historias, amores, recuerdos, miedos, sueños, divas y dioses.

Cuando uno ingresa al centro penitenciario, el concepto y percepción de los que llaman delincuentes cambia y se humaniza; sus ojos, su vida, son como las de muchos mexicanos, desprovistos de futuro, esperanzas, quebranto de patrones amorosos y pacíficos para resolver conflictos.

Les faltaron los abrazos, sobraron los golpes. Son hijos de sueños sin anhelos, en su mayoría, vástagos putativos de un sistema que nunca los protegió. Para algunos, su refugio fueron las drogas o simplemente se volvieron víctimas de sus propios actos,

los hay acusados injustamente, hay perversos en redención, también nos encontramos con esas tristes historias de quienes simplemente no encontraron el camino de regreso a casa y van de prisión en prisión.

Impartir un taller a hombres que están tallados en la rudeza no es sencillo, es complejo lograr que articulen palabras, textos, historias con principio y fin. Fueron sesiones de trabajo intensas, para ellos y nosotros, otras jornadas fueron divertidas, se habló de recuerdos con risas y llanto; no faltaron las historias desde la cárcel y de cómo Los Tigres del Norte siguieron los pasos de Johnny Cash en la prisión de Folsom. Hubo quienes desertaron de asistir al taller, otros acudieron puntualmente cada sábado, de 10 de la mañana a una de la tarde, opinaban, participaban, pero no lograron completar una historia, otros sólo escuchaban. Con todo, aquí están incluidas sus voces, sus miedos, sus tatuajes, sueños y pesadillas.

Ingresar hasta el fondo de La Pila hace pensar qué haríamos en caso de motín o de un conflicto; ellos hicieron una promesa con nosotros desde el primer día, es un tipo de ceremonia cuando otorgan el voto de protección, quiere decir que, sin importar lo que ocurra al interior, a nosotros no nos sucederá algo y así fue. Cada sábado nos esperaban en el ingreso y nos acompañaban hasta la Biblioteca. Montero, Patlán y yo, también hicimos un trato, no los etiquetaríamos y no les preguntaríamos de qué delito se les había acusado; conforme pasaron las semanas, ellos mismos fueron contando y algunos lo narran en sus historias.

El título de este libro se inspira en la canción de Bob Dylan, *Hurricane*, que habla de Rubin Hurricane Carter, un boxeador injustamente encarcelado en 1966 y condenado en Estados Unidos a tres cadenas perpetuas por asesinatos que nunca cometió, en una época emblemática en la lucha por los derechos civiles. Bob Dylan lo visitó en la cárcel y creyó en su inocencia; organizó conciertos benéficos y en cada uno exponía la historia de Rubín, encarcelado injustamente por crímenes que no cometió. El boxeador consiguió su libertad gracias a un grupo de abogados canadienses que lograron se reabriera su causa y un juez

federal dictaminó que la fiscalía había actuado de mala fe en los juicios previos, prevaleciendo la discriminación racial y la falta de rigor en el proceso judicial. Salió absuelto después de 20 años.

Esperamos que sea posible continuar este proyecto y ofrecer a las personas privadas de su libertad opciones para sanar su espíritu, eso hacen los libros, la letra y la palabra escrita. Formas de crecer en el arte de la narrativa, maneras en las que podemos construir un diálogo pacífico que tanta falta hace en México.

Patricia Flores Blavier

Octubre 2020

*Pero lo cogieron y lo metieron en la cárcel,
donde convierten a los hombres en ratones.*

Todas las cartas de Rubin estaban marcadas de antemano.

El juicio fue una farsa, nunca tuvo oportunidad alguna.

El juez convirtió a los testigos de Rubin en borrachos de los barrios bajos.

Para los chicos blancos que lo vieron, no era más que un negro loco.

Nadie dudó que él había apretado el gatillo.

Y aunque no tenían pistola para probarlo,

la policía dijo que había sido él el culpable.

Y el jurado de blancos les dio la razón.

Rubin Carter fue injustamente acusado.

Bob Dylan, Hurricane, 1976

*Ver cómo lo metieron en esa encerrona
no podrá ayudarle en nada, pero me siento
avergonzado de vivir en una tierra
donde la justicia es un juego para muchos.*

*Ahora los verdaderos criminales, con sus abrigos y corbatas
son libres para beber martinis y ver salir el sol,
mientras Rubin se sienta como un Buda
en una celda de diez pies.*

Un hombre inocente, en un infierno viviente.

Ésta es la historia del “Huracán” Carter

Bob Dylan, Hurricane, 1976

*Here comes the story of the Hurrigan
The man the authorities came to blame
For somethin' that he never done
Put in a prisión cell, but one time he could-a been
The champion of the world.*

Bob Dylan y Jaques Levy (1975)

Nocturnidad literaria

Óscar Montero

Al atravesar el umbral todo se oscureció. El destello sobre el cemento pulido, provocado por el sol del altiplano, siempre fue la única pauta para alcanzar la escalera y descender por ella. Curiosa paradoja aprendí entonces: para salir de esa prisión debería de bajar por una escalera ¿sería esa la escalera al cielo? Me he preguntado desde aquel momento.

El último día que asistí al taller de creación literaria, en el Centro Estatal de Reinserción Social, La Pila, cada palabra imaginada, cada palabra llorada, cada palabra borroneada, cada palabra sangrada y cada palabra anotada por los quijotes enjaulados me despidieron, quizás de manera clandestina, gritando y resonando todas juntas, a cada escalón que bajaba por el hueco de cemento que habría de regresarme a la supuesta realidad.

Meses antes, cuando escuché mi nombre en la sala de espera y un oficial uniformado me condujo por uno de los pasillos, hasta una pequeña habitación, en donde me colocaron frente a una cámara, no sonreí. Ni siquiera me pregunté en dónde estaba,

ni qué estaba haciendo ahí. Lo sabía de antemano y la sentencia llegó acompañada con mi nueva identificación: *No la pierda allá adentro, porque sin ella no sale. Bueno, salir le costaría tiempo y mucho trabajo. En tanto, se quedaría allá adentro.*

Los lomos me avisaron de títulos inimaginables sobre aquellos estantes. Uno tras otro, ordenados casi de manera militar, pero puestos en ese sitio siguiendo una estrategia temática. Algunos de ellos más desgastados que otros. Algunos de ellos más consultados que otros. Pero todos expectantes a que algún nuevo lector los eligiera y sacara de la celda de aquella recóndita biblioteca.

De la misma manera, ubicados en filas, atentos se encontraban aquellos interesados en el taller de creación literaria. Igual que los libros, todos ellos con alguna historia personal que no sabían si merecía ser contada, ni siquiera consideraban si valdría la pena hablar de ella. Menos aún, si existiría alguien que estuviera dispuesto a escucharla, tampoco a leerla. Pero ahí estaban, y todos recibieron entusiastas su lápiz y una hoja en blanco. Partimos entonces de puerto seguro y nos adentramos en la mar de fantasías, sueños y la creación de historias. Navegamos en *La Nave de los locos* y esa mañana esa biblioteca se comenzó a llenar con palabras.

Cada sábado que regresé a La Pila, durante aquellos meses, al subir por los escalones de la escalera al cielo me aseguraba a mí mismo que ya no encontraría a ninguno de los aspirantes a escritor en la biblioteca, que la reflexión filosófica, la interrogante existencial, la confrontación *entre el yo y el alter ego*, los había alejado de cualquier intento de contar su historia o, al menos, de seguir asistiendo al taller. Pero fue a raíz de una de esas visitas, cuando el aguerrido joven Patlán y yo quedamos varados en la fila para acceder a la zona de revisión personalizada y el reloj nos avisaba que llevábamos casi una hora de retraso y todavía tardaríamos más para entrar. En ese momento me di cuenta que todos estábamos ya hechizados por el influjo de las palabras. Resultó que, cuando finalmente pudimos entrar a los patios del Centro, algunos de los aspirantes a escritor nos esperaban ahí muy inquietos, pues se enteraron que estábamos

en la fila de acceso e hicieron todo lo posible para apresurar con los custodios nuestro ingreso y comenzar el taller. Ahí estaban, entusiastas, sonrientes, ávidos. Habían sobrevivido al ejercicio de escribir en primera persona, escribir con sangre, sudor y lágrimas, si Winston me permite citarlo aquí. Esos qui-jotes enjaulados comenzaron a llenar con palabras el interior de los muros de La Pila.

Siempre que me preguntan por qué imparto docencia, por qué me gusta de dar clase, reflexiono en la misma respuesta que seguiré dando hasta que, lo que respondo deje de ocurrir: Imparto docencia porque me siento en paz y armonía con la vida después de que la mirada de un alumno brilla, lanza un destello que avisa que ya entendió. Que algo nuevo aprendió y que, seguro, lo usará con provecho en su vida. Los qui-jotes enjaulados tuvieron la misma experiencia. Recuerdo la anécdota cuando con uno de los ejercicios de escritura, con el que tuvieron que dedicar un doble esfuerzo para realizarlo, un ejercicio que los confrontó, angustió e incluso incomodó, pero contra el que esforzados trazaron palabras y palabras sobre el papel, uno de los asistentes al taller no escribía, sólo me miraba fijamente. A la mitad del ejercicio, me señaló con el lápiz y me reveló: "es usted un cabrón. Ya sé hacia dónde nos lleva con esto de la escritura". Esa sesión todos vivieron una catarsis literaria y cuando salieron de la biblioteca, algunos de ellos llevaban en la mirada ese destello con el que quizás trataban de decir: Sí, ya entendí. Y trataré de usarlo de manera provechosa en mi vida: usaré las palabras.

Me negaré a comentar, analizar o clasificar los escritos de los jóvenes que participaron en ese taller de creación literaria. Y los llamo jóvenes porque todos ellos son jóvenes de corazón. Sí, porque el corazón joven es quizá el único requisito para la creación literaria. Y ellos escribieron. Escribieron palabras. Porque los corazones viejos o podridos no crean, no generan palabras, incluso, los corazones viejos nos pueden conducir a la muerte. Llenemos al pueblo con palabras.

Aquí está la evidencia. En estas cuartillas usted tendrá las pruebas en su mano e incluso escuchará a los testigos de cargo. Cada escrito que salió del taller fue incluido en este libro. Todos escritos en construcción. Como es el resultado literario salido de un primer taller de creación. Todos ellos en proceso de madurez. Todos juzgados desde esa disciplina que nos enseñara el querido Fiódor Mijailovich, (el autor de *Recuerdos de la casa de los muertos*) con su exacerbada autocrítica literaria que lo llevaría a arrancar cuartilla tras cuartilla de sus obras, en busca de la perfección literaria, aunque adelgazara sus libros hasta casi hacerlos desaparecer, ja. Llenemos el mundo con palabras.

Escucho desde mi ventana el tránsito que ha regresado a las calles del pueblo, el sonido del claxon operado de manera imprudente, los gritos e insultos de conductores y caminantes. Desconozco qué pasa allá afuera, porque todavía estamos en semáforo rojo. ¿La locura urbana regresó? Mientras termino de escribir estas cuartillas y escucho tal alboroto citadino, me pregunto: ¿y ese es el regreso a la nueva normalidad? ¿Por eso la sociedad quiere salir de la cuarentena? ¿Morirán las aves que nos visitan? ¿A eso quiere regresar el ciudadano común a las calles? ¿A llenar las calles con basura? ¿A convertirse de nuevo en reclusos de la barbarie urbana propiciada por la mecanización, el consumo y la contaminación? ¿Ansían matarse los unos a los otros?

Decadente vida. Triste vida. Vacía vida. Mejor, llenemos el universo con palabras.

San Luis Potosí, en plena cuarentena por el Covid19.

La Carta

Autor

Israel Ramírez

Otoño de 2019

Querida hija mía, Sarya:

Te escribo esta carta, que me ha costado mucho valor para plasmar estas palabras, que me ha costado mucho el amor y el cariño que no te he dado, espero que cuando la recibas y la leas te encuentres en un buen estado mental, saludable y tranquila, acompañada de tus amigos y familia.

Es un grandísimo placer finalmente poder escribir mis sentimientos, disculparme por haber cometido muchos errores en mi vida, los que me alejaron y me causaron que te dejara plantada con todos tus juguetes y nunca regresé.

Aún me acuerdo cuando cumpliste cinco años y me comentó tu mamá que esperabas todo el día que llegara a tu fiesta y me guardaste una rebanada de pastel en el refrigerador y nunca llegué. Lo guardaste dos semanas y no llegué.

Es hora de que sepas algo de mí.

Es algo muy difícil de explicar.

Pero creo que ya estamos listos, tanto tú como yo para oír de mí.

Estoy encerrado en un penal de la ciudad de San Luis Potosí, en México. Durante los últimos tres años y durante los ocho años anteriores he estado sumido en el alcohol y las drogas, perdido y sin reportarme. Ha sido muy difícil saber que tengo que reportarme contigo y admitir que tu papá estaba sumido en las drogas y el alcohol.

He sido como un pajarito en una jaula de oro. No quiero que te sientas mal por mí. Porque yo me siento orgulloso de ti. Eres inteligente y lo suficientemente grande y debes saber que buena parte de mi vida he estado preso, la vida me ha preparado para este momento, he sufrido tanto para llegar a este momento y mi valor ha aumentado a un nivel superior para finalmente ponerlo en palabras para que lo leas.

Estoy muy orgulloso de tener una hija tan inteligente, escogí una madre tan valiente y la mejor para ti, lo que me mantiene a seguir adelante en momentos difíciles de mi vida es saber que tengo una responsabilidad que se llama: regresar a tu vida, saludable, bueno y entero.

Lo que me causa alegría es volver a ver tu sonrisa que la veo reflejada en mi mamá, quiero que sepas que tienes un papá que aún va a dar mucha pelea y puedo demostrar que puedo ser un gran padre, y una buena influencia en tu vida. Sabes que tengo mucho que contarte y acompañarte.

Al hablar de mi familia soy una persona muy sensible, me encantaría que sepas que cuando eras una bebé nunca lloraste, yo quise ser el que te contara que brincaste etapas y nunca gateaste, simplemente un día caminaste, me gustaba ponerte en mi pecho y al ritmo de los latidos de mi corazón te sentías protegida y te dormías mientras, eso era algo hermoso.

Ahora espero salir adelante y convertirme en un gran hombre en tu vida, para que tú puedas sentir orgullo de que eres mi hija, deseo que no sientas pena de hablar de mi ante el mundo y que sabes que no estás sola, que aunque no he estado físicamente soy un padre presente en tu vida y que sepas que nada es imposible en esta vida y estoy feliz de ser yo quien te lo diga, que hay

personas que entrelazan nuestra vida y se encuentran ahí para hacerte saber que estamos unidos a través de tu mamá y la mía, y que muy pronto estaré para ti.

Agradezco a la vida el milagro que te encuentres en la mía.

TE AMO SARYA MAMÍREZ.

Que es así como tú te decías, porque no podías pronunciar de pequeña la R.

Dios te bendiga.

Tu padre, que siempre te querrá, Israel Ramírez.

Me llamo Ismael Guadalupe Ramírez de la Cruz. Estoy arrestado por un secuestro que no cometí. He intentado muchas maneras de ser escuchado, voy para tres años. Doy gracias a Dios de estar vivo, primeramente, porque no es fácil para una persona vivir con una reputación tan manchada, a los demás internos no les importa si soy inocente o no, ellos se divierten, juzgan y toman sentencia en sus propias manos, así que vivir bajo prisión es un milagro estar vivo y escribir esto súper agradecido, porque me doy cuenta que soy una persona muy fuerte mental, física, espiritual y moralmente, ya que estoy solo, no recibo visita. Toda mi familia vive en el extranjero, mi apoyo es Dios y un par de amigos, talleres como éste que nos dan la oportunidad de ser escuchados y desahogarnos. Gracias.

Estoy en esta prisión. Lo que más me atormenta es pensar que mi hija la menor solo tiene 12 años y ella me pregunta sobre qué será bueno estudiar, si belleza o veterinaria y le digo que lo que a ella más le guste.

Y yo pienso que ella habría querido o quiere algo más; yo siento cuando platica conmigo que necesita mi ayuda para ser alguien grande en la vida.

Me preocupo porque mis padres ya tienen una edad, mi papá tienen 97 y mi mamá 90 años. Y a mi me faltan años para salir de esta prisión. Tengo 48 años.

Si tuve una infancia dura por mi papá porque él golpeaba a mi mamá sin haber motivo; siendo yo todavía niño me iba al monte a llorar a la milpa, solillo, para que nadie me viera llorar. Pero ni así le guardo rencor a mi papá. Él fue un maestro para mis hermanos y para mi, aprendimos a hacer lo contrario de lo que hacía con mi mamá y con nosotros.

Salvador

El Infierno

Autor

Salvador Vázquez Rodríguez

Capítulo 1

El Infierno está en otra parte

Algunos dicen que mi infierno comenzó en el año 1995. Lo que creo es que mi infierno comenzó el 20 de octubre de 1970, en un pequeño ranchito al que llamaba hogar. Yo fui el noveno de los once con quién compartía infierno, afortunadamente fui el único de esos once que continuó en el abismo.

Al nacer en el infierno es fácil respirar fuego y quemarte las entrañas, en mi caso a eso los doctores le llamaron “bronquitis”, el primer obstáculo al que me enfrenté con tan solo meses de vida. Fue ahí cuando descubrí que en el infierno también hay ángeles, se llamaba mamá, ella me cuidó y protegió de esas voces que me reclamaban para ir al otro mundo, voces que tardaron trece años en cesar.

En el infierno no hay tiempo para sufrir, es lo peor de todo. No hubo día o momento en el que pudiera sentarme a disfrutar o contemplar. Desde que tengo uso de razón me vi enrolado en algún tipo de trabajo, ya fuera cortando maíz, recolectando frijol, o lo que

fuera que maltratara mis manos lo suficiente como para purgar al pecado o lo que sea que me hubiese traído a este infierno. Siempre con la meta de salir lo más pronto, yo y mis otros diez hermanos, junto al ángel que nos dio vida.

Aquellas voces que me reclamaban callaron un momento el día en que regresó aquello por lo que yo pedía, mi padre. Un extraño que venía de una tierra prometida al que sentía desconocidamente familiar. A diferencia del infierno, él siempre cambiaba, para bien o para mal, era un recordatorio de que había algo más que el infierno.

Mi madre trabajó toda su vida, al igual que todos los que vivíamos en el infierno. Fue a mis quince años cuando descubrí que en el infierno existía un lugar entre las llamas y las espinas donde podía ir a sentir lo que veía, donde existía la vida. Una milpa donde no trabajaba, donde tampoco regaba, pero sí cosechaba. Recuerdos y sentimientos que germinaban con las lágrimas que nutrían aquella siembra en medio del infierno.

En el infierno es imposible sobrevivir sin compañeros. En el mío era mi madre, quien trabajaba de sol a sol, se volvió una modista con dedal y aguja. Pocos son los recuerdos que tengo de ella sentada en una silla que no fuera la de su máquina de coser, es difícil recordar su voz sin escuchar el pedaleo de la máquina y la aguja penetrando la tela, así como se penetraba mi corazón con cada una de sus delgadas y afiladas gotas de sudor que emanaba después de largas jornadas. No sé cuántas prendas habrá cosido mi madre con hilo, sudor suyo y lágrimas mías, las cuales corrían de manera aún más fina que su sudor.

No todos los días en el infierno son iguales. Eso me quedó claro el día en que germinó aquello que tanto había cosechado, de esa milpa donde había regado mis lágrimas por tantos años un día emergió mi bendita Guadalupe. Alta, ojos verdes y facciones perfectas, con una piel tan fina como la porcelana y una actitud tan inmaculada como su nombre. Fue un comentario bien simple, “que bonitos ojos”, ¿Cuántos no lo habrán hecho ese comentario antes? No sé, pero fue a mí a quién decidió responderle.

Después de aquella breve plática comenzó una larga vida, de pronto hacía menos calor en el infierno, de pronto, el cielo tenía algunas nubes.

Una tarde de 1990, frente a la ley de Dios, la más inmaculada de las Guadalupe se casó con el más pobre de los diablos en un infierno que, por un momento, dejó de serlo.

No hay boda sin regalo, y mi ángel lo hizo de nuevo. Un pedazo de cielo que medía 40 x 86 metros. A tan solo 40 metros de la casa, donde había crecido. Ahí construí un cuartito y una cocina de adobe; el cuarto con puerta de chapa al frente y la cocina no tenía puerta, sólo una portezuela intermedia con comunicación del cuarto hacia la cocina. En aquel lugar el aire no quemaba y las lágrimas no ardían, las cosas no morían. Entre esas cuatro paredes nacieron risas, historias, canciones y, más importante aún, las dos princesas de aquel reino, Liliana y Rosa. Era como el cielo, pero jamás dejó de ser el infierno, aún y cuando parecía lo había olvidado.

Capítulo 2

No hay reino que no quiera ser invadido

En el año de 1990 decidí casarme y para 1995 ya teníamos dos pequeñas niñas; una iba a cumplir un año y, la otra, tenía tres añitos. Para ese tiempo mi esposa tenía 24 años de edad y yo 25. En ese tiempo todo marchaba muy bien, felizmente viviendo con mi esposa y mis dos pequeñas niñas.

Ese año, 1995, en una ocasión yo salí a la ciudad de San Luis Potosí a vender el producto de la cosecha de mi rancho, como herbolario y naturista, para sostener a mi familia. Salí por la mañana de día, como a las 8:30 para regresar a casa ese mismo día a las 7:30 de la tarde, dejando a mi familia en un lugar seguro, su casa, y, al regreso de mi trabajo, ese ya todo había cambiado drásticamente para toda mi familia y para mí.

Cuando yo volvía de mi trabajo, mi esposa siempre salía al encuentro y mis dos pequeñas corrían una detrás, de la otra, a ver quién ganaba los abrazos de papá y, claro, por lógica yo las cargaba a las dos, cualquiera que llegara primero a mis brazos. Ese día, cuando iba llegando a la casa, mi esposa y mis hijas no salieron a mi encuentro, me vieron, mi esposa permanecía sentada en el marco de la puerta con la cabeza agachada y mis niñas, al lado de ella, se veían espantadas. Ninguna se movió del lugar en el que estaban; entré a la casa, del frente hasta el cuarto son como 40 metros de distancia; al ver cómo estaban actuando, sentí algo frío, como que las cosas no andaban bien; mi esposa seguía sentada en el marco de la puerta y al preguntar qué estaba pasando, me respondió que no le preguntara nada; mi hija la mayor como que quiso mencionar el nombre de alguien, solo que mi esposa le tapó su boquita para que no dijera algo; yo levanté su carita con mi mano y noté que estaba llorando y, al pararla de donde estaba sentada vi sus brazos, traía una blusa de manga corta y se veían unos moretones. Despacio la metí al cuarto, le quité la blusa y me percaté que todo su cuerpo estaba lleno de moretones; no quiso decir nada de lo que había sucedido.

Fui a la casa de mi mamá a ver si ella sabía, mi esposa le hizo una seña con el dedo, como diciéndole que guardara el secreto; o sea que mi mamá sabía lo que estaba pasando, pero ella tampoco me dijo algo y yo dejé que las cosas siguieran igual. Cada vez que volvía a mi casa me ponía nervioso y pensaba que ocurría lo peor.

Así pasaron tres meses, cuando me acercaba a mi esposa como pareja, ella me rechazaba y me decía que no quería estar conmigo, se ponía nerviosa y al tocar su cara me daba cuenta que estaba llorando. Para que me dijera qué había sucedido, la llevé a casa de su mamá, le dije a mi suegra que se la iba a dejar hasta que me dijera qué estaba sucediendo, en ese momento ella me abrazó muy fuerte y llorando me confesó que tres sujetos habían allanado mi casa y abusado sexualmente de ella, sometiéndola por la fuerza dentro del cuarto; mencionó en nombre de Demetrio Pérez, que para ese entonces era un señor de 48 años de edad,

mi esposa tenía apenas 24. Mencionó también a otro hombre que no conocía de unos 35 años, es alguien que vivía en una rancharía lejana y a un tercero de nombre Evelio Hernández, de 23 años. Ellos fueron los que atacaron a mi esposa, desde ese día, hasta el día de hoy, mi vida, nuestra vida, se convirtió en un maldito infierno.

La causa por la que estoy preso en este penal de San Luis Potosí es por haberle dado muerte a Evelio Hernández en el año de 2015. El daño se lo causé con una piedra que le lancé cuando él intentó darme muerte con una pistola tipo revolver 3.57; en la desesperación por defenderme de su ataque me agaché y no supe cómo me apoderé de una piedra del tamaño de una pelota de béisbol y se la lancé para defenderme de su agresión sin saber que le iba a provocar la muerte.

Nunca pensé que le iba a causar tanto daño del que estoy arrepentido, pero también me pongo a pensar que era su vida o la mía, él estaba en ventaja por portar un arma. En mi familia, mi papá, hermanos y yo nunca hemos portado armas.

Cuando mi esposa me contó lo que le habían hecho esos miserables fue en el año 1995. Se puso una denuncia por los daños causados hacia mi esposa y mis hijas: agresiones sexuales físicas y psicológicas por lo que resultara. Después me arrepentí de haberlos denunciado porque en vez de que esas personas, si es que así se les puede llamar, hubieran recibido un merecido castigo por sus actos, los dejaron en libertad en el momento en que se presentaron a rendir declaraciones por sus actos. Yo no sé si fue un juez o un licenciado el que dijo que no había delito que perseguir ya que nadie había salido lesionada y que para que eso ocurriera se debía arrestar en el momento en el que se estaba cometiendo el acto; o sea, a mi esposa no la tomaron en cuenta su declaración y, bueno, yo me sentí mal y abandoné el juzgado ese momento al ver que no se hizo justicia ya que los agresores tenían o llevaban una muy buena amistad con esa presidencia municipal, con la gente que en ese tiempo ocupaba los mejores puestos.

*Sí, esta es la historia de Huracán,
pero no terminará hasta que limpien su nombre,
y le devuelvan el tiempo que pasó cumpliendo condena.*

*Le metieron en una celda, pero una vez,
pudo haber sido el campeón del mundo.*

Bob Dylan, Hurricane, 1976

Nos arrepentimos de haber denunciado; tres días después de la denuncia, estaba sentado en un sillón, dentro del cuarto, abrazado con mi esposa, precisamente hablando de lo que había ocurrido; yo le decía que olvidáramos poco a poco, que no se sintiera culpable de lo que había pasado, cuando de repente, siendo las cuatro o cinco de la tarde, una persona entró de vuelta a mi casa, solo tres días después de que los habíamos denunciado.

Esa persona era Demetrio Pérez, uno de los agresores, el de 48 años de edad, y lo acompañaba Evelio Hernández, pero sólo Demetrio entró al cuarto. Nos amenazó, le dijo a mi esposa "pinche vieja, hija de tal por cual. Le dijimos que si nos denunciaba la íbamos a matar con toda su familia".

Demetrio no traía arma al momento en que entró al cuarto, sólo alegaba con la boca y hacía ademanes con las manos. Estaba en el marco de la puerta, esperando a Evelio, él si iba armado, y yo, al escuchar lo que decía Demetrio, yo Salvador corrí a la cocina y agarré un cuchillo para defender a mi familia. Demetrio salió del cuarto y se dirigió a Evelio Hernández para tomar la pistola; cuando vieron que yo traía un cuchillo, me apuntó con la pistola y mi esposa se puso frente a mí.

Gracias a Dios no nos pasó nada, sólo fue el susto. Mi hija la mayor, de cuatro añitos, corrió a escaparse a casa de mi mamá y yo creo que por el miedo que llevaba no miró una cerca de alambre de púas, que dividía nuestro terreno del de mi mamá, y chocó contra la alambrada; la niña más chiquita se escondía detrás de nosotros.

Ese segundo ataque no lo denunciarnos por miedo a que cumplieran sus amenazas y porque, a lo mejor, de vuelta, no nos iban a hacer caso las autoridades; ahí dejamos todo por temor, pero el infierno nos seguiría persiguiendo.

Aproximadamente tres meses después yo venía de Nuevo Laredo. En ese entonces había un tren de pasajeros que corría de la Ciudad de México a Laredo. Para ir a ese viaje dejé a mi esposa en casa de mi mamá; cuando ya me bajé del tren

para ir de regreso a mi casa me vieron y me alcanzaron para golpearme con una barra de uña, que es una herramienta de aproximadamente 70 cm de largo y con una varilla de acero, me abrieron la cabeza y todo golpeado quedé tirado en el piso. Le fueron a avisar a mi familia y llegó mi mamá con mi hermano más chico, me levantaron inconsciente y me llevaron a la casa, ahí empecé a recordar lo que había ocurrido. No quise en ese momento ir al hospital, cuando me empecé a sentir mal fue al día siguiente, estaba mareado y sentía un sabor a sangre entre la boca y la nariz.

Llegué al Hospital Central y no me quería dejar entrar el guardia hasta que le dijera quién me había golpeado así, para levantar un acta contra quiénes resultaran responsables.

Cuando yo iba bajando la vía rumbo a mi casa, de repente se dio la parada y queriéndome engañar con su plática, me invitó a un ranchito que se llama El Güizache y claro que yo no lo pensaba acompañar, yo no tenía ni por qué seguirle su juego. Él ese día iba vestido de con una chamarra larga, estilo gabardina, en la misma tenía un gorro pegado y sólo se le veía un poco la cara y al ver que yo no le seguía su juego, se metió la mano debajo de la chamarra y yo pensé que andaría armado; me pregunté que podría hacer para defenderme, e insistió de vuelta que lo acompañara y, ni modo, lo tuve que seguir en su juego, caminé detrás de él por la orilla de la vía; del otro lado caminaban el de la bicicleta con el de pie. Ellos estaban a unos 400 metros más adelante.

Durante el camino yo le iba preguntando que por qué quería ir a ese rancho y lo único que me dijo es que estaba separado de su esposa y que se había ido a vivir ahí y que quería que lo ayudara a convencerla para que regresara con él. Y le creí. Ya habíamos caminado como tres kilómetros, los otros seguían adelante: al llegar al crucero de la vía está el camino que lleva al rancho, pero él quería ir en otro sentido. Ahí me le amaché a Evelio, y le dije que, si no se iba para El Güizache, yo me regresaba. Se volvió a meter la mano a la chamarra, pero tomo camino a El Güizache, caminábamos, platicábamos y me tranquilicé.

De repente se dio la parada y yo le dije: no sé qué te pasa Evelio, ya olvídate de todo lo pasado y no sigas causando más daño a mi persona y a mi familia; se levantó la chamarra y sacó una pistola tipo revolver, yo no traía nada y me eché a correr para el monte, sin hacer uso de la pistola, tomó un palo en su mano izquierda y me empezó a corretear entre el monte, no sé para qué sacó la pistola; él era mucho más alto que yo, así que nomás alcancé a correr como 300 metros, cuando sentí que me estaba alcanzando, que iba como a 10 metros cerca de mí, me di la parada, agarré una piedra como del tamaño de una pelota de béisbol, en lo que me agaché, le lancé la piedra, ya estaba como a un metro de distancia y le di, logré frenar su loca carrera, soltó el palo y la pistola al piso, se puso muy derecho y cayó al suelo de frente. Yo corrí hacia el monte y eché camino hacia la casa de Evelio para explicarle a su familia lo que había ocurrido y diciendo que pidiéramos una ambulancia para que los médicos lo auxiliaran. Ni por la mente se me pasó pensar que estaba muerto, ni que una simple piedra le iba a causar la muerte; pensé que solo estaba desmallado o que se hacía el muertito para que yo me acercara.

Cuando estuvimos en el lugar de los hechos, los médicos todavía no llegaban, nomás su familia y yo, Salvador; un sobrino de Evelio lo levantó, tomándolo de la espalda y colocándolo sobre sus rodillas y solo dijo “mi tío ya está muerto”. Tomó la pistola que estaba tirada y la subió a su camioneta; esa pistola es la que aparece en mi declaración, arma que no fue presentada ante el Ministerio Público. Cuando llegó la policía estatal y los ministeriales, el sobrino, de nombre Amancio Hernández, la había escondido. La ambulancia llegó detrás de la policía; los médicos dijeron que ya no había nada que hacer.

Me espanté cuando lo vi caer, le hablé por su nombre varias veces, me arrepentí de haberle tirado la piedra, pero era él o yo. Pero nunca pensé en el daño que le podía causar una piedra y, ahora, por defenderme de su agresión, estoy pagando por un delito que por su loca necedad él mismo fue el causante de su muerte y para vergüenza mía, jamás pensé verme involucrado como un miserable asesino pero, otra vez, como ahora, me dicen

mis amigos de celda: pues amigo, si usted iba a ser el muerto y el caso es que de todos modos perdí mi libertad a causa de unos insolentes y malvivientes que se empeñaron en destruirme a más no poder. A ellos jamás les importó su familia, sus esposas son las que trabajan para mantener a sus hijos, ellos sólo eran unos vagos; mis respetos para sus esposas, siempre fueron bien portadas, aunque maltratadas por esas personas que eligieron o les tocaron por esposos. Ellas no tienen la culpa de todo esto.

Al final ni la esposa ni los hijos de Evelio fueron en contra mía. Eso es lo que sé, porque nunca los vi en las audiencias, ni hubo careos, y aun así fui sentenciado, al menos que por abajo del agua digan algo. No lo creo, ya sabían qué clase de humano fue ese Evelio Hernández.

Les dije que yo había sido el que arrojé una piedra y que nunca pensé que le había provocado tanto daño. A la familia no le dije antes por temor a que me fueran a agredir; yo pensaba que cuando el agredido volviera en sí, pues, delante de sus familiares dijera por qué tanta saña en mi contra o por qué, después de tanto daño que había causado a mi familia, seguía empeñado en agarrarme de su puerquito, o de su piñata o que me dijera que más quería de mí, pero desgraciadamente y, para mi vergüenza, el fallecido ya no me pudo explicar qué es lo que quería y, bueno, les dije a las autoridades que yo había lanzado la piedra y que creía que le había pegado en la sien y fue como falleció y que me entregaba a las autoridades porque no quería problemas con la ley ni con los familiares de Evelio.

Capítulo 3

No más golpes

Y aunque me entregué por mi propia voluntad, ahí en el Ministerio Público, los ministeriales me golpearon duramente, en tres ocasiones me amarraron, uno de ellos se sentaba en las espinillas de mis pies, un ministerial grandote se sentaba en mi estómago,

otro me apachurraba fuertemente con una mano las sienes y con una esponja grande me tapaba la boca y me exprimía la esponja en la boca y la nariz hasta que me desmallaba; eso fue en dos ocasiones y la tercera vez, uno de ellos le puso a la esponja una sustancia que despedía un olor parecido al thinner o gasolina y otro me daba toques con unos cables o no sé qué eran, hasta me quedaron unas marcas como quemaduras en mis partes nobles, en el ombligo, y en otras partes del cuerpo.

Me encontraba en la parte alta del edificio de Seguridad pública, en un cuartito me torturaban, en otra oficina había una señorita, sentada con un escritorio al frente; ella fue la que, al darse cuenta que no me dejaban de torturar, les dijo a los ministeriales que no me siguieran golpeando; uno de ellos le contestó que se callara la boca, que ellos estaban haciendo su trabajo, y que ella hiciera el suyo; entonces le cerraron la puerta de su oficina, porque ella alcanzaba a ver todo.

En un momento que me dejaron de golpear y se fueron, ella se acercó y me dijo que los reportara cómo me habían estado goleando. Yo le dije que me habían amenazado con que, si los denunciaba, me iban a encargar con alguien en el Cereso para que me dieran en la madre, que al cabo ellos tenían gente dentro de la Pila. Yo no reporté nada por temor a sus amenazas.

Cuando me revisaron, me preguntaron quién me había golpeado, preguntaron si quería cambiar mi declaración, les dije que no, que todo estaba bien. También esto de la tortura es parte del daño que me dejaron esos delincuentes que me quebraron la vida en el año 1995. Si ellos no nos hubieran hecho tanto daño, yo viviría bien, con mi esposa, mis hijas y conmigo mismo. Ahora a mí nadie me escucha.

No sé por qué creo que hasta Dios se ha alejado de mí. Tal vez, a veces nos dicen en la iglesia, que Dios nos pone a prueba y yo lo único que pienso es: pero de qué pruebas hablan si todo estaba bien con nosotros hasta que esos malvivientes torcieron nuestras vidas.

Gracias por haber leído mi relato que se llama “Infierno”.
No más golpes, no más violencia.

Cuatro años en prisión, los cumplí el 26 de noviembre del año 2018.
En vez de liberarme, me volvieron a sentenciar y me echaron otros
siete años. No me explicaron por qué once años.

*A veces pienso que todo este mundo
Es un gran patio de prisión
Algunos de nosotros somos prisioneros
El resto de nosotros somos guardias...*

Bob Dylan, George Jackson, 1971

Lo que más me emputa es haber sido como soy por el daño que le hice a todas las personas que tuvieron la mala suerte de cruzarse en mi camino: hijos, padres, mujeres, amigos...

Estar aquí, por un delito que no cometí, por estar en una ciudad que ni siquiera conozco, porque las autoridades no hacen su trabajo correctamente, por ser un chivo expiatorio más de las autoridades...

Por haber sido arrancado de mi ciudad, separado de mi familia, de mis hijos y porque la justicia en San Luis Potosí hace nada, investigando correctamente se demostraría mi inocencia.

Luis Alejandro

El otro Potro

Autor

Luis Alejandro Chávez Mendoza

Capítulo 1

El ave y el hombre

En alguna ocasión, caminando en el penal, miré a los pájaros que volaban y vi la diferencia entre un pájaro encerrado y uno libre. Recordé que tuve un ave en una jaula y desesperada, buscaba salir a toda costa, aun a pesar de lastimarse tras golpearse con las rejas de la jaula.

En ese momento no me di cuenta del miedo y la angustia que debía estar sufriendo aquella ave.

Tengo presente que, cuando le daba de comer y abría la jaula, el ave buscaba escapar, pero no lo lograba. Los pájaros son libres y no deciden estar dentro o fuera, fue el hombre quien las hizo cautivas y es donde me siento identificado. No decidí venir aquí, el hombre me trajo. La libertad para mí se acabó y estoy como aquella ave, con una libertad que un día tuve.

Luis Alejandro fue liberado el 10 de septiembre de 2020. Renace demostró que había sido acusado y encarcelado injustamente. El verdadero autor del delito, el auténtico "Potro", se encuentra en prisión.

También me dan de comer, tengo miedo, angustia, y quisiera escapar, aunque me haga daño.

No recuerdo qué pasó con aquella ave, así como no sé qué pasará con mi vida y quizá el día de mañana nadie se acuerde de mí. No soy culpable del delito por el que se me acusa, pero de una cosa estoy seguro: Dios me trajo aquí para que lo conociera y él pronto abrirá mi jaula y seré libre, pero será sólo cuando haya pagado por las cosas que hice en el pasado. Le pido a Dios que sea paciente y tenga misericordia de mí para seguir sopor-tando mi cautiverio para no cometer un error de hacerme daño como aquella ave.

*Soy fuerte porque fui débil
Estoy en guardia porque fui traicionado
Me rio porque estuve triste y vivo el día
Porque el mañana no es seguro.*

Con el paso del tiempo recuerdo, tuve muchas cosas materiales, autos, en especial los convertibles, tuve tres, una bronco 85 que le quitaba la caja y quedaba convertible; me gustaba ir a los arenales en mi 4x4 en el desierto en la Baja o Tecate, Baja California. Tuve un Lebarón 96, un Cebrín 2006; siempre me gustó sentir el sol y el viento sobre mi rostro, la velocidad y la música a todo volumen, saliendo del auto estéreo, grupos como Scorpions, Metallica, Queen, Aerosmith, etcétera. Todo un “naco de barrio”, dirían por ahí. Dinero también tuve, ganado en pesos y en dólares, drogas, alcohol, comida, buena ropa, buenas lociones, tenis de marca. Era paletoso o manguera, como se expresa. En pocas palabras, presumido. Tuve cuatro parejas sentimentales, cuatro hijos, dos nietos y ahora aquí encerrado me pregunto ¿quién fui? Pero lo más importante ¿quién soy?

¿Dónde quedó todo lo que tuve? Ahora solo tengo cuatro paredes, dos cambios de ropa, dos cobijas, un traste para comer y beber, lo más valioso es una Biblia para hablar con Dios. No necesito todo aquello, solo mi libertad. Todo lo que tuve se fue, pero ahora soy otro y eso vale la pena, no puedo cambiar mi pasado, pero puedo cambiar mi futuro.

Capítulo 2

Ser niño e ignorarlo

Dicen que la gente inteligente habla de cosas buenas y positivas y las personas mediocres hablan de los demás.

Él era una persona aparentemente normal, su vida había estado llena de eventos casi cotidianos, no recordaba mucho de su niñez, sólo tenía presente las carencias económicas. Siendo el segundo de los hijos de un matrimonio pobre, venido a vivir en la casa paterna, donde habitaban más familias, compuesta por tíos, primos, etc. Poco a poco fue creciendo en el descuido de sus padres, eran tantos los hermanos que obvio no podían darles la atención a todos.

Hubo eventos que cambiaron su vida desde niño, primero la pérdida de su madre, una muerte horrible de cáncer de estómago como resultado de la negligencia médica, pues después de una cesárea, dejaron unas gasas dentro de su estómago, lo cual le ocasionó cáncer y la gente, en su ignorancia, decía que le habían hecho brujería, la llevaban a muchos pueblos cercanos con disque brujos, para salvar su vida, lo cual fue en vano. Aquella mujer murió, dejando en orfandad a siete hijos y un esposo que, lejos de salir adelante, poco a poco fue cayendo en el alcoholismo y depresión, muriendo de diabetes y cirrosis. Así terminó la familia para él y para sus hermanos. Cada uno fue a vivir con otros familiares, eso sí, como sirvientes no como familia, pues siempre los parientes se aprovecharon de su situación.

Los hermanos chicos fueron los que más sufrieron, los más grandes podían valerse por sí mismos, tomando caminos diferentes. El más grande se fue lejos y el otro se quedó en su tierra, un tiempo y después emigró al extranjero, años más tarde regresaría, se casó y al poco tiempo se divorció. Tuvo varias parejas con las cuales procreó hijos. Buen padre, no era un buen esposo, ni buen hermano tampoco. Siempre dió, pero

condicionó. Aquel hombre se volvió prepotente, presumido, altanero, pues era el que económicamente mejor vivía. Fue alcohólico, drogadicto, adicto al tabaco. Era un hombre que sabía hacer daño a las personas que amaba, mataba a sus seres queridos con palabras hirientes, peor que matar con un arma, las mataba en vida, dejando almas heridas. Fue un hombre malo.

Hay veces que creemos que nunca vamos a pagar por nuestros actos y nos sentimos muy chingones, pretendemos que siempre la suerte nos acompañará.

Ese hombre estuvo en muchos peligros y de todos salió ileso, Dios lo quería a pesar de lo mierda que era. Como todos los cobardes, sólo se acordaba de Dios cuando estaba en algún problema y después se le olvidaba que Dios existía, así era la vida mediocre de aquel hombre, que creía que todo lo podía, pero un día su vida cambió, dio un giro de 180 grados. Aquel hombre, acostumbrado a mandar y manipular, un día después de un tiempo de problemas familiares, decide separarse de su última pareja sentimental e irse vivir solo. Creyó que llevaría una vida nueva y, sí, su vida cambió, pobre diablo, no sabía que a partir de ahí nada volvería a ser igual.

Así, llegó la noche en que durmió plácidamente, disfrutando de su soltería, pensando en su futuro, jajaja, qué lejos estaba de imaginar lo que vendría después.

Capítulo 3

Cronología del derrumbe

Viernes 31 de agosto del 2018. 5:30 de la madrugada. Me levanto, preparo mi desayuno, me aseo, tomo las llaves de mi motocicleta y salgo de mi domicilio al cual ya no volveré en un tiempo, sin saberlo, era la última vez que estaría ahí, qué ironía, cómo da vueltas la vida.

6:30. Llego a mi trabajo, como era encargado en una empresa reconocida, tenía que ordenar mi esquema laboral para ese día. Sobra decir que en mi trabajo también era prepotente y altanero, pues en mi puesto podía decidir la suerte laboral de algunos empleados a mi cargo. Si quería perjudicarlos, simplemente buscaba un pretexto para mandarlo a Recursos Humanos y que lo despidieran, chingao, cuántos enemigos me gané en mi trabajo.

Sin tener muchos estudios, pero con ambición de ser alguien, poco a poco fui superándome en aquella empresa, obvio que eso trajo celos, envidias laborales, pero qué me importaba, había logrado lo que quería, ganaba bien, tenía un puesto donde mantenía muchos privilegios, a diferencia de muchos, como salir a almorzar, comer, manejar mi horario como quisiera, ausentarme de la empresa. Tuve un compañero muy cercano que era contador, llevamos amistad dentro y fuera del trabajo, nos frecuentamos y nos hicimos amigos o, bueno, eso parecía, pues hasta la fecha no he sabido nada de él. Qué grueso. Dicen que en la cárcel y en la cama se conocen los amigos y ya lo comprobé, no tengo amigos, o como el chiste de un güey que va a una cantina y le dice a otro “¡Córrele güey ve a tu casa, porque tu vieja te está engañado con tu mejor amigo!”. Aquel güey sale a su casa y mata a su perro, qué güey, aquel no tenía amigos o era un completo pendejo, jajaja.

¿Saben? Sí tuve amigos. Siempre me gustaron los perros, en especial el doberman nariz de lápiz, hermoso, elegante, su porte, sus orejas paradas, su caminar. Y claro no podía faltar el cocker spaniel, miel, negro, blanco. Tuve también el cocker americano y el cocker inglés, un can de raza noble, cariñoso, tranquilo y sobre todo fiel. Al doberman le puse “El Calaquín” porque estaba flaco, pues los doberman son delgados y a los cocker les llamaba Patricia, Yolanda, Tomasa, Fabiola, etcétera, nombres de novias que había tenido y era una forma de acordarme de ellas. Siempre les regalaba un cachorro para que se acordaran de mí al verlo y dijeran “este perro me lo regaló el otro perro” jajaja, siempre he dicho “mientras más conozco a la gente más quiero a mis perros”, es fea la comparación, pobres de mis perros.

Capítulo 4

Cronología del desastre

10:30. Salgo a almorzar, como siempre, con el contador, todo parece un día como otro rutinario, pues, iba a cumplir siete años laborando en aquella empresa.

2:50. Salgo a comer, dejo mi auxiliar a cargo, dejando instrucciones de si hay novedades o pregunta el ingeniero de planta, me marque al celular y diga que salí tarde a comer.

4:00 de la tarde. Llego de comer, checo con mi auxiliar el proceso del trabajo y todo está bien. Llego otro encargado pidiendo unas piezas para reparación, sugiriendo ir a los almacenes que estaban en la planta de enfrente, pues la empresa era de dos naves que estaban divididas y teníamos que salir a la calle. Accedo, nos va acompañando su auxiliar y, cuando vamos caminando, se empareja un carro, descienden tres personas del sexo masculino, abordan a mis compañeros, les preguntan su nombre y les piden identificaciones. Sigo caminando, tratando de llegar a la empresa para notificar de lo que les había pasado a mis compañeros, cuando uno me alcanza pide mi nombre y una identificación, la ve y dice, mostrándome una Tablet, “tú eres éste, no mames” me muestran un cabrón bien feo y dicen “tú eres éste, ya te chingaste” y yo digo “no ese no soy yo”; me mencionan por un apodo del cual ya no me acordaba, pues habían pasado quince años y solamente me llamaban así en Estados Unidos. Cuando veo el domicilio llega a mi mente aquella foto y la causa.

5:10. Una hora más tarde me suben al carro y dije “ya valió madres, es un levantón”. A una de las personas le pregunto que por qué hacían aquello, que si era un levantón se estaban equivocando de persona y dijeron “mira a nosotros no nos has hecho nada, nosotros sólo te vamos a entregar”; cuando decían aquello no me quedaba duda de que era un levantón y aparte se presentaban como policías judiciales, pero noté algo que me alarmó más, en la placa de

uno de ellos le faltaban dos letras, me imaginé eran clonadas, estos no son judiciales ya cuando me meten al carro, veo armamento y cachuchas con logo de otro estado, dije: “ya valió”.

Nadie hizo algo para averiguar por qué me levantaban, ahí es donde te das cuenta cuánto vales para las personas, pero a la vez les doy la razón, tenían miedo de que, a lo mejor, aquellas personas les hicieran algo, que es lo que pasa por tu mente, en ese momento entras en shock, empiezas a pensar en las personas que amas, en Dios, en cuál va a ser tu suerte, pues tu vida ya no depende de ti, sino de esas personas y tu suerte está en manos de ellos.

Me siento triste, asustado, esperando el fatal desenlace, un balazo al instante o una tortura agónica que acabe con mi vida. Le pido a Dios perdón por todo el daño que he hecho, pidiéndole que mi muerte sea rápida. Es increíble cómo llegan a tu mente los recuerdos de tu vida, tus planes, todo lo que según tú harías en un futuro y dices chingao, ¿por qué estoy aquí? Y quieres que aquello sea un sueño o una equivocación favorable y dijeran “chin nos equivocamos, este güey no es” y dijeran “bájalo, a chingar a su madre” ¡Qué bueno hubiera sido aquello!. Pero no, sigo en aquel auto, triste, solo y acordándome de mis hijos y de aquella familia que un día antes había abandonado, pensando en que cambiaría mi vida y claro que cambió, pero de qué forma. Me siento miserable, muerto en vida, preguntando quién quisiera que yo me muriera y luego llegan a mi mente las personas a quienes les he hecho daño a lo largo de mi vida y digo ¡No mames! ¡Quién no!

El miedo es el peor enemigo, me dejó a mi suerte y sólo pregunto “¿Qué hice?”, a lo que contesta uno de aquellos tipos “debes un jale en San Luis Potosí, te robaste una pipa de agua”, dije “yo nunca he estado en San Luis” y ellos me volvían a decir “ya te dije: nosotros sólo te vamos a entregar”, cuando volvían a decir aquello pensaba: “es un levantón y no voy a salir vivo de aquí”.

Pido ir al baño y uno de aquellos hombres me acompaña a un lado y los otros dos me siguen a distancia. Ya en el baño pido al que era el más joven: “si van a matarme, sólo permíteme

decir una oración para poder irme tranquilo a mi muerte” a lo cual decía “mira: somos policías, si no eres culpable, pronto podrás volver a tu casa” de repente llegaban a mi mente imágenes de videos de narcotraficantes y ejecuciones, de cómo los levantaban y cómo los mataban. Es una paranoia cómo juega tu cabeza contigo, pero te pregunto: tú en mi lugar ¿qué hubieras pensado? ¿Qué hubieras hecho?

También, por momentos, me acordaba de una broma pesada que le decía a un compañero que era bien rata, o sea ratero, “¡Te acabas de ganar un auto! Pero un auto de formal prisión por rata, güey”. A veces, cómo son las cosas, bien dicen que lo que deseas para otros se te regresa. En la empresa siempre fui una persona ejemplar en el sentido de honradez, ya que yo y el contador hacíamos las auditorías internas y si había faltantes, siempre buscábamos la forma de descubrir al ratero o ratera, ya que era común que también hubiera mujeres que robaban, buscábamos la forma de despedirlos o de que fueran a la cárcel y ahora me acusaban de robo ¡Qué pedo! Bueno, no soy un santo, pero tampoco soy ratero. El karma, como dicen por ahí, me estaba llegando, por eso se cree lo que deseas para los demás te llega el doble, por eso dicen: si no tienes algo bueno, mejor no digas nada.

¿Sabes? Antes de caer aquí tuve tres sueños y en todos me veía en la cárcel, en una celda chica y angosta; estaba sentado y sentía que me ahogada por la claustrofobia de lo pequeño del lugar y miren mis sueños se cumplieron, estoy en la cárcel. ¿Casualidad? ¿Mala suerte? ¿O cosas de Dios? No lo sé.

Sigo en aquel auto y esos hombres parecen no tener un destino fijo a lo que les digo “ok, si son policías se supone que tienen que llevarme al Cereso de mi ciudad o comandancia” a lo que dicen “no, ya nos vamos directo a San Luis”, yo les digo “tienen que llevarme a una comandancia de mi ciudad”, creí que todo se aclararía y me iría a mi casa.

Capítulo 5

Jueves y domingo

Jueves y domingo, dos días como cualquiera para la gente común, pero para un preso son de ilusión, alegría, saber que es día de visita. Es para muchos, saber que verán a sus padres, hermanos, esposa, hijos, a una novia o algún amigo. Saber que ese día aparte de la compañía, tendrán comida, dinero.

Hay muchos que reciben visita y se ponen a exigir a la familia porque no les trajeron lo que le pidieron, es triste, me ha tocado ver como chantajea a la familia, ¿acaso, después de lo que hicimos, merecemos exigir?

Qué tontos somos, deberíamos estar agradecidos que nos traen lo poco o lo mucho que tienen, en realidad, tal vez la situación para la familia es más difícil que para nosotros, pues aquí tenemos tres comidas, no pagamos agua, luz, renta, nada. Y allá afuera la familia tiene que hacer todo ese gasto y todavía los que traen pasajes, levantarse temprano etc., somos mal agradecidos.

Estos dos días son los más tristes de mi vida porque ya casi no tengo visita, ya que soy de otra ciudad y es caro el transporte, es mejor que lo que gastan lo aprovechen en comida, ropa, colegiatura, cosas que ellos necesitan.

La ilusión para mi es la que me hace un poco más fuerte en este lugar; como todos, me arreglo lo mejor que puedo y voy al área de visita, esperando ver llegar a mis seres queridos y nunca llegan, veo caras alegres, caras tristes, pero nunca a mi visita. Me siento como un perro esperando a su amo, es triste ver, ¿cómo no llega mi visita? y termino derramando una lagrima, maldiciendo y frustrándome, es un dolor horrible; me da envidia ver a la mayoría con sus visitas y, si en ese momento, se escucha la canción de Leo Dan: Mary es mi amor, es para salir huyendo para que no me vean llorar...

Qué tarde nos damos cuenta cuánto valen las personas que estuvieron a nuestro lado y nunca valoramos, creímos que nunca las necesitamos. Qué equivocado he estado.

Cada día que pasa lo soporto menos, estoy muriendo de la tristeza y soledad. Y tengo que retirarme, derrotado, decepcionado, recordando lo que tuve y tal vez ya no volverá, todo esto que me pasa son los actos que yo mismo provoqué, yo mismo abandoné a mis parejas y a mis hijos, cuando más me necesitaban y ahora estoy de pinche chillón.

¿Qué pedo? Cómo cambian las cosas, un día tienes todo y al otro no tienes nada, tuve amor, cariño, comprensión y ahora tengo olvido, odio, desprecio. Dicen que lo que siembras cosechas y eso es cierto, ahora daría cualquier cosa por un beso, un abrazo, un saludo, una sonrisa, una conversación, un te amo, poder despertar abrazando y besando a mi mujer, a mis hijos, todo eso tuve y nunca lo hice.

Siempre desprecié un beso, un abrazo, con esa soberbia, esa vanidad falsa que constantemente me acompañó, ese orgullo pendejo que tenía, que creía, que todo lo merecía. ¿Dónde estoy? lejos de mi tierra, sólo, sin mi familia, pero esto me ha ayudado a comprender lo mierda que fui, que tengo que cambiar, pues de no hacerlo siempre seré el mismo perdedor y no sabré apreciar lo que la vida me puede ofrecer.

Dios nos da muchas oportunidades y tal vez esta sea la última para mí, necesito aprender amar a Dios para poder amar a los demás, necesito tener penurias para apreciar lo que llegué a tener, pero lo que más necesito es limpiar mi corazón, todo lo malo que llevamos dentro, por eso le pido a diario a mi padre Jesús que me ayude a cambiar porque ya no quiero hacerle daño a nadie, es difícil, es una lucha diaria, pero tengo que lograrlo, es mi superación y mi salvación.

¿Merezco estar aquí en esta cárcel? ¡Si, si lo merezco! Y seguiré esperando mi visita cada jueves y domingo hasta que Dios quiera, pues para él, nada es imposible y él me sacara de aquí, cuando esté listo y sea otro.

Capítulo 6

Las rejas no matan

Así dice una de las canciones de José Alfredo Jiménez, un cantante guanajuatense muy famoso, que murió de cirrosis a causa del alcoholismo. Y si es cierto no matan, pero si pueden ocasionar tu muerte, ¿cómo? De muchas maneras, pueden hacer que te suicides, pueden matarte en una pelea o en un motín.

El 14 de septiembre del 2018 un día como cualquier otro, recuerdo que estaba lavando ropa, pues había llegado sin dinero y en esas circunstancias tenía que lavar ajeno para poder vivir dentro de esta cárcel; no conocía a nadie y no tenía ni para una llamada telefónica, ni menos para comprar comida. Días antes vivíamos con la incertidumbre de rumores, que iba a haber un motín en el área que estábamos en aquel momento, era la más desprotegida; era ahí donde llegábamos los de recién ingreso y obvio la parte más fácil de atacar.

Estábamos varios internos en los lavaderos, cuando de repente escuché muchas pisadas y gritos, salgo a asomarme y veo con temor que muchos internos tapados de la cara y cabeza, ingresaban con violencia a nuestra estancia, tomando a todos por sorpresa, se escuchaban gritos de dolor y maldiciones... grito a mis compañeros: “¡un motín, no corran!”. Es increíble lo que ocasiona el pánico, en un momento ya no había nadie en el área de lavado, el último de ellos se escabulló por un pequeño hueco que había, el tipo media 1.80 y era delgado, ¿cómo pudo pasar por un espacio tan pequeño?, solo él lo supo, de un momento a otro me vi solo, pensando que iba a morir. Me hiqué y pedí a Dios por mi vida, diciéndole: “te entrego mi vida, perdóname por todo lo que he hecho, si esto ha de acabar así, que así sea, mi vida está en tus manos” cerré los ojos y nada pasaba, no me miraron a pesar que era visible.

Fue donde me di cuenta que Dios existe, pude haber sido lesionado o perder la vida, pero no me pasó nada, mire hacia arriba y vi a un custodio que intentaba disparar su arma con cartuchos de humo, yo imploraba que fuera lo más rápido posible, sabía que al hacerlo la gente se dispersaría por el gas lacrimógeno; hizo un disparo, logrando que algunos se retirarán, al tomar el siguiente cartucho se le cayó de una mesa que le servía de apoyo, tuvo que agacharse para levantarlo, fue cosa de segundos pero a mí me parecían siglos. Por fin pudo tomar el siguiente y volver a disparar, fue cuando se empezó a controlar la situación, poco a poco, la trifulca fue disminuyendo.

Las personas que estaban en sus celdas y las que se encontraban afuera pudieron llegar hasta los lavaderos, era la única área libre del humo, dicen que cuando tu clamas el nombre de Dios pidiendo protección, Dios manda un ejército de ángeles a cuidarte y ahora ya no me quedaba duda.

Dios me cuidaba... A veces hace falta que nos pasen más cosas para no dudar de Dios, un día platicando con una persona me dijo: “Dios me dice que junte la basura y que no reciba comida o bebida de nadie” para esto yo le estaba invitando un café, dijo: yo hablo con él, puedo verlo. Y yo le dije: “cómo me gustaría que también a mí me hablaba y se manifestara” no terminaba de decir esto cuando llegaron dos hombres, uno con unas tijeras y otro con un azadón y se pusieron uno a mis espaldas y el otro a un costado, yo salude como frecuentemente lo hago, pero cuál fue mi sorpresa, cuando volteo a verlo a los ojos miré la muerte en sus pupilas, algo que me llenó de pavor y, mirándose uno al otro preguntó: “¿No es este guey?”. Así como llegaron se fueron, jamás volví a ver a esos tipos.

Capítulo 7

Historias de mala suerte

Cuántas mujeres tuvieron la mala suerte de cruzarse en mi camino, no sé.

Recuerdo a Blanca, mi primera novia, una chica muy bonita; después a Consuelo, mi segunda novia, y así pudiera seguir, pero hubo una que me marcó hasta ahora, se llamaba Patricia, fue el amor de mi vida, lo irónico de todo esto fue que la respeté y amé como a nadie, nos pensábamos casar y me la escondieron sus padres, así como dice una canción de Joan Sebastián; lo malo de esto es que antes anduve con su hermana, eran tan diferentes en todo, desde el físico hasta la forma de ser, dicen que la brujería existe y que le hicieron un trabajo para que me olvidara y sí, después de un mes la volví a ver y parecía como si nunca me hubiera visto o conocido, parecía odiarme.

Hasta la fecha anhelo volver con ella, fue el amor imposible de mi vida, esa mujer me marcó, sigue tan bonita, la miré hace poco y es una hermosura, pero bueno ella es casada y yo le tengo que dar gracias a ese suertudo por hacerla feliz, porque es seguro que conmigo sería infeliz. Una cosa también es segura, su hermana le ha de haber contado lo que pasó en nuestro noviazgo y también comprendo su reacción y rechazo.

Pasó el tiempo y conocí a una chica muy bonita y muy seria, era estudiante y al mismo tiempo trabajaba de laboratorista, estudiaba enfermería, toda su familia era profesionalista, ¿qué tal? Para un tipo como yo, huevón, borracho, pero eso sí muy carismático, porque nunca fui guapo, pero tenía mucha labia, al poco tiempo ya la había conquistado y tengo que confesar que también me enamoré.

Me casé con ella, mi vida cambio económicamente, empecé a manipularla y ella me daba todo, dinero, amor y un hijo hermoso que afortunadamente se parece a ella y a toda su familia; sacó la humildad de la familia de su madre y eso es bueno. Siempre usé a mi hijo para manipularla a ella y a su familia y, pues, imagínate, fue el primer nieto, todos lo amaban y, hasta la fecha, es un hijo modelo. Lo traté muy mal y, a pesar de ello, me ama y me frecuentaba. Ya está casado y tiene un bebé hermoso y me da gusto cómo trata a su hijo y no como yo lo traté a él. Dios lo bendiga, lo regañaba y le pegaba mucho, su madre y él fueron mis víctimas.

Soy un cobarde y abusivo, un golpeador, soy una mierda, me da pena esto que escribo, pero tampoco voy a contar mentiras. Hay gente que solo cuenta lo que le conviene, yo no, porque esto me ayuda a liberarme y me lastima al mismo tiempo.

El tiempo pasó y conocí a otra persona; qué error cometí, fue una química tan fuerte, que dejé a mi esposa por ella, como dicen “dejé la carne por los pellejos”, pero así es uno de pendejo y tarde te das cuenta de tus errores. Tenía un carácter como el mío, diario peleábamos a golpes, nos insultábamos y terminábamos reconciliándonos, era celosa, insegura, era cabrona y ya había estado casada, era divorciada en aquel momento y tenía un hijo; tuve dos hijas con ella, la primera fue lo mejor que me habría pasado, pues deseaba una niña, pues ya tenía un hijo con mi esposa.

Cómo quería yo a mi hija, después nació mi otra niña y tengo que reconocer que no amas a tus hijos igual, siempre vas a tener preferencia y siempre fui déspota y cortante con la segunda, a la primera todo le di, a la otra siempre le mostré desprecio, también la regañaba, la golpeaba y ahora mi segunda hija es la que más me ama y me frecuente.

¿Por qué siempre a quien más maltratas es quien más te ama? ¿Y a quien más amas es quien más te lastima? Mi primera hija no me quiere, se parece físicamente a mí y sacó el mismo pinche mando que el mío, por eso no nos llevamos bien. A cada rato chocamos por nuestra forma de ser, aparte porque las dejé muy chiquitas y me fui al otro lado.

Después regresé y quise juntarme con ellas, pero su mamá ya no quiso y conocí a otra persona más joven que yo, tenía tres hijos y que me junté con ella. Dicen: “si quieres la vaca, los becerros son tuyos” y así cargué con aquella familia completa, era una niña de cinco, un niño de tres y una bebita de tres meses de nacida, fue algo padre, pasé muchas cosas buenas y malas pero seguimos adelante, aprendimos a comer de una baguette y una maruchan todos, en ese entonces estaba desempleado; su familia y la mía no estaban de acuerdo en que

estuviéramos juntos, pasamos hambres, pero éramos felices, después nos fuimos a la frontera a probar suerte, yo conocía para allá, nos fuimos en raid; un amigo trailero nos llevó hasta Nayarit, de ahí nos pasó con un compañero hasta Sinaloa, ya ahí conseguí un raid hasta Tijuana, desafiando a todos, tratando de tener una mejor vida. Nunca fui un buen padre y con estos menos, la más chica de ellos lloraba mucho, cosa que me irritaba y le decía que callara al bebé, también los traté mal.

Pero hubo un evento que cambió mi vida, la más chica se enfermó, para ese momento empezaba hablar, la llevamos con el doctor y cuando estaban curándola gritó: ¡Papito, ayúdame no me dejes! Ese grito rompió mi corazón y después de entonces juré cuidar a esa criatura, le di mi apellido y es una de las personas que más amo, podré perder todo menos a mis hijos. No merezco su amor solo ellos saben por qué me aman...

Mi cuarta mujer fue alguien más, sin importancia.

Capítulo 8

El abandono

Mi madre, pobre de ella, cuando murió su agonía fue muy fuerte, pero creo que lo más doloroso fue nuestra indiferencia; en ese momento, para mi vergüenza, no hice caso de su enfermedad por estar en la calle con los disque amigos, qué estúpido era en ese momento. Piensas que la gente se queja para llamar la atención, qué equivocado estaba, mi madre moría y yo en mi egoísmo solo pensaba en mí, como siempre.

Recuerdo que un día estando en la cama me pidió un vaso de agua y yo no se lo dí y me dijo una tía que estaba cuidándola, por qué eres así con tu mamá, y yo solo me salí a la calle, le dije ya y troné los dientes.

¡Dios! cómo me hizo falta mi madre, con los años lo comprendí, fui tan indiferente que mejor hubiera sido que me abortara. Recuerdo

que ella, en ese momento, lloró por mi actitud, pero para mí fue algo indiferente, desde entonces era malo, era egoísta y no lo sabía. Desde que tengo uso de razón he sido malo, para qué me engaño.

Mi madre murió en el abandono, después peleé a golpes con mi padre, siempre criticando sus defectos, era alcohólico y eso me avergonzaba; también murió en el olvido, le dio diabetes y poco a poco le fueron amputando su cuerpo, primero las piernas y luego lo demás, fue muriendo por partes. Fuimos los verdugos de mis padres, ellos que nos habían dado la vida y nosotros les pagamos con indiferencia, lo digo por mí y por mi hermano el más grande. Mis hermanos pequeños, pobres, también ellos sufrieron más que nadie la muerte de nuestros padres, estaban bien chiquitos.

Frank, Pablito, Ramoncito, Lula, Vicente y Perico, a este último lo dejó casi recién nacido; lo recogió una tía, los demás estuvieron con diferentes tíos, sirviendo como gatos, pues para darte de comer, tenías que hacer los deberes domésticos, entre muchas otras cosas. Como decían ellos: granjeándote el taco, qué pedo, yo me admiraba de esto y, con el tiempo, fui peor que mis tíos con ellos. Frank el más grande se fue a la frontera, se perdió por años, no supimos nada hasta que lo encontré un día, mientras yo intentaba cruzar al otro lado, qué cambiado estaba, no quedaba nada de aquel cuerpo atlético que tenía.

Pablito, mi hermanito, para ese entonces, siendo un niño, entró a trabajar en un local donde hacían cemento, pegamento, thinner, toda clase de solventes químicos y, poco a poco, se fue haciendo a las drogas, también con él me peleé a golpes; él, para entonces, ya estaba curtido, se juntó con una banda y llegó hacer muy temido en el rumbo, el solo nombre causaba temor, también con el tiempo no se supo nada hasta que nos volvimos a encontrar en la frontera, a Frank, Pablito y yo lo encontramos en la cárcel. Dicen que encuentras a la gente en la cárcel o en el panteón y ahí estaba mi hermanito, en una cárcel fronteriza, acabado por las drogas; pude ayudarlo y no lo hice, hasta la fecha no sé qué fue de él, siempre nos vimos como enemigos.

Ramón, mi otro hermano, también lo mismo, se hizo adicto a las drogas, se juntó con una mujer que le dio una patada en los testículos y él, por venganza, no se atendió; murió de cáncer en los testículos por este golpe y no se defendió, aparte lo corrió de la casa donde vivía, murió mientras yo estaba en la frontera.

Lula y Vicente, siempre rodando de allá para acá, los junté conmigo cuando me casé, pobres, siempre los insulté, los traté mal, les saqué en cara lo que les di, una vez estando borracho les aventé una bolsa de carne al suelo, diciéndoles traguen perros. ¿Cuántas veces los corrí? no recuerdo, ¿cuántas veces los insulté? tampoco lo sé, solo sé que les hice mucho daño, ojalá algún día me perdonen.

Perico, el más chico, es el más resentido conmigo. Cuando murió Ramón, me reclamó que por qué no había venido a su funeral, estábamos los dos tomando y salimos mal, desde entonces nos distanciamos, después nos volvimos a juntar para una parrillada y por mi pinche prepotencia y arrogancia la volví a cagar y lo volví a herir con mi lengua maldita.

Ya le pedí perdón a Dios por todo el daño que les hice, que a veces me pregunto si ellos podrán perdonarme, soy una vasca de persona, soy peor que mis tíos pues yo tenía que amarlos, defenderlos y no lo hice.

Capítulo 9

Ruta de tatuajes

Los tatuajes que llevo me los hice en el Cereso de La Pila y representan lo que fue y es en mi vida. Todo tatuaje tiene un significado.

El perdedor: lo que somos cuando empezamos en nuestra juventud delictiva. Un hombre drogándose, pero en realidad usa el cuerpo.

Rey de reyes: donde nos llevan nuestros actos de delincuencia. (Dios dentro de una cárcel, un cristo encerrado).

¿Por qué?: cuando no cambiamos nuestra forma de pensar, terminamos muertos. (Una madre con su hijo muerto a balazos).

En memoria: donde arrastramos a padres, hijos, seres queridos, a la muerte. (Una cruz con el nombre de mi madre).

Amor de padre: cuando te visita tu hijo(a) al penal. (Mi hija y yo abrazándonos).

Mi gran amor: recordando a quien amé, más que a nadie. (Mi mujer y yo después de terminar).

Prueba de fuego: todas las cadenas que arrastran en un matrimonio pidiendo volver y salir. (Ella, yo, el tiempo, las manos de dios, dos cadenas en nuestras manos).

Justo juez: un agradecimiento a Dios porque te cuida. (Un Cristo dando gracias por haber sido visitado en la cárcel).

Letras hebreas: los nombres de quien amo, hijos. (Nombre de mis tres hijos).

No cambiaré nada, es mi significado y cambiarlo ya no sería mi significado, sería el tuyo.

Capítulo 10

A quien corresponda

Por medio de la presente, yo, Luis Alejandro Chávez Mendoza, pleno de mis facultades mentales, declaro lo siguiente:

Estando laborando en la empresa “Brantano”, dedicada a la elaboración de calzado, en la cual ingresé a trabajar el 20 de octubre del 2011 aproximadamente, desempeñándome como encargado de piochas, el día último de agosto del 2018, un día viernes por la tarde, entre 4:00 y 5:00 horas, salgo a reparar un calzado, pues la empresa consta de dos plantas y hay que cruzar la calle, cuando soy abordado por tres personas del sexo masculino, quienes, preguntando por mi nombre, se identifican como policías de la ministerial de San Luis Potosí. Ellos me preguntan si soy “El Potro” un apodo que adopté en

Estados Unidos, el cual yo no recordaba, pues habían pasado muchos años y nadie en México me nombraba así, yo lo niego y me dicen “sí, sí eres tú”, yo lo rechazo, pensando que se trataba de una equivocación. Lo primero que vino a mi mente fue que se trataba de un levantón, ya que, en León, Guanajuato, de donde soy originario, era muy común este tipo de situaciones.

Cuando estas personas se presentan, siento temor porque uno de ellos portaba una placa y le faltaban dos letras, a lo cual yo les digo “si es un levantón se están equivocando de persona”, ya cuando me meten en el auto siento más temor. Hay una cachucha del estado de Sinaloa y dos o tres armas largas, debo aclarar que el día de mi captura nunca me golpearon ni me insultaron, sólo preguntaban si yo era “El Potro”. Ellos llevaban una tablet y ahí había una ficha con mi foto, tomada de una demanda de una de mis parejas por maltrato intrafamiliar, la cual tenía ya bastantes años y mi físico era muy distinto, yo lo sigo negando porque en realidad no recordaba esa foto, más, cuando veo el domicilio acepto ser la persona de la ficha.

Es la primera vez que estoy preso, lo del maltrato intrafamiliar se me olvidó, pues mi pareja ya no siguió la demanda. Los agentes me dicen que tengo una bronca en San Luis Potosí, a lo cual yo pregunto “¿Qué bronca?” Y sólo me dicen que me robé una pipa de agua y que ellos no tienen nada en mi contra, que a ellos los mandaron por mí y que ellos sólo me entregarían.

Cuando decían esto sólo me llenaba de temor, ¿a quién me entregarían? Esa era mi pregunta, ya que para ese entonces no se dirigían a algún lado preciso y yo quería que me llevaran al Cereso de León, si realmente eran agentes, demostraría mi inocencia y ya no tendría problema. En todo momento me tranquilizaron diciendo que eran policías y, cuando llegamos a los separos de la Judicial de León, Guanajuato, pedí hablar con una persona de nombre Ernesto que trabajaba en el Ministerio Público, él había sido mi compañero en “Brantano”. Lo que quería era que me permitieran llamar a alguien conocido, se negaron, diciendo que en un principio había negado ser “El Potro”. Fui presentado con el médico para revisión, después la ficha.

Todo en León, Guanajuato. Pedí, en ese momento, tomarme una foto con el jefe de la Judicial de León, a fin de que se constatará y que hubiera testigos de que estuve ahí, ya que en todo momento temí por mi vida. En el auto, el comandante le dijo a sus compañeros que tenía hambre, nos dirigimos a un restaurante del rumbo y, al llegar ahí, me dice: “mira, no te hemos tratado mal, no te hemos golpeado. Te vamos a quitar las esposas, pero si gritas, corres o intentas algo te doy un balazo, ¿ok?” contesto “sí”. Ya dentro me dicen que pida lo que yo quiera, lo cual agradezco, pero en ese momento yo deseaba era un cigarro, pues iba nervioso y asustado, no tenía hambre, no sabía realmente quiénes eran esas personas, ni conocía sus planes.

Nos sentamos a cenar, eran como las siete de la noche, sí me compraron cigarros por mi insistencia y emprendimos el camino a San Luis Potosí. No conozco esta ciudad, pues nunca estuve aquí, por eso se me hacía tan raro que me culparan por un delito en este lugar; ellos nunca aportaron una exacta prueba que me incriminara, sólo traían mi ficha y una orden de aprensión. Ellos decían que iban también por un cómplice mío en Calle Herreros en la Colonia Cuesillo, yo me ofrecí a llevarlos, pues quería aclarar ese mal entendido. Sabía que al ir por mi supuesto cómplice todo se aclararía, pues esa persona y yo nunca nos habíamos visto, pero no fue así, dijo el comandante que ya era tarde, que después regresarían por él. Llegamos a las instalaciones de la Policía Ministerial de San Luis; me presentaron otra vez con el médico. Recogieron mis pertenencias y en todo momento me acusaban de que me había robado una pipa.

Me encerraron en los separos, después de dos horas aproximadamente, me trasladaron al Cereso de La Pila, me despedí de aquellos agentes, dándoles las gracias por haberse portado bien conmigo, a lo cual el comandante me dice que aclare este asunto “si usted no es, todo se aclarará, suerte”.

Recuerdos

Autor

Clemente Pulido Fortanel

Quiero aferrar mis recuerdos al tiempo en el que era niño; tengo presente que iba a la escuela desde el kínder pues tenía relación con los maestros, me gustaba, yo no era un ejemplo a seguir, pero me gustaba. Mi mamá siempre me despertaba temprano para bañarme e ir a la escuela.

Éramos niños y traviosos, hicimos un dibujo en el pizarrón de la maestra, eso no le gustó y nos cargó la mano. Reprobé el cuarto año de primaria, aunque fue una maestra recta y dura la que me ayudó. Cuando mi papá fue a recoger las boletas de fin de año le entregaron una donde reprobada, lo que le molestó mucho. Tuve que repetir año, pero las maestras me conocían y consideran que yo no debía repetir y me pasaron a quinto año.

Mandaron llamar a mi mamá. Y me preguntó ¿ahora qué hiciste?, ella no escuchaba que era para notificarle que me habían subido de grado. Mi papá trabajaba en Luz y Fuerza, y cuando llegaba a la casa dormía todo el tiempo. Yo me la pasaba encerrado, podía salir a jugar hasta que él despertara y le enseñara la tarea.

Mi coco eran las tablas de multiplicar, hasta que llegué a secundaria. Otra cosa, otra gente y más maldosos. En mi colonia

vivíamos cerca de tíos, mis primos asistían conmigo a la secundaria; estuve en la banda de guerra. En segundo año empezaron los problemas de conducta y las llamadas de atención. Por ejemplo, un día se perdieron unos libros y como nosotros éramos los más latosos, llamaron a nuestras mamás; nos corrieron de la escuela y tuvimos que ingresar a otra. Ahí había gente más grande que yo, me iba de pinta, nos brincábamos la barda, y aunque si me gustaba estar ahí, me ganaba ser inquieto. Salí de la escuela, me fui de mi casa, viví con los abuelos, y me puse a trabajar en transporte urbano colectivo.

Quise hacer la secundaria abierta, me metió mi abuelo. Toda la familia trabajaba en Luz y Fuerza del Centro en la Ciudad de México; yo esperaba la oportunidad de trabajar ahí. Me hice de una novia a los catorce años, iba por ella a la escuela y la veía en la noche. Logré trabajar en una bodega textilera. Entonces empezó la caída, no me di cuenta; llegué a la correccional de menores, por habernos metido en una lechería para robarnos el dinero de la caja y nos agarraron, estuve nueve meses y quince días internado en el Consejo Tutelar para Menores.

Al salir me fui a trabajar con un tío a un taller de materiales plásticos. A los 16 años vuelvo a caer por robo de vehículo, me mandaron al Consejo, luego a la Correccional. Salí un año y seis meses después. Volví a trabajar con mis tíos en un taller mecánico. A los seis meses me vuelven a agarrar por robo a casa habitación, y ahí ya era mayor de edad y me sentenciaron a 13 años con nueve meses, aunque la sentencia original era de 33 años. Creo que pasé por todas las cárceles del Estado de México, desde Barrientos hasta Almoloya estatal. Salí de la cárcel de Chalco, pero ya tenía una orden de aprehensión, ahí me estaban esperando los judiciales con una orden de aprehensión para trasladarme a un reclusorio de la Ciudad de México. Me acusaban por robo de auto, y ahí me sentenciaron a siete años más. De los cuales alcancé un beneficio a los dos años, siete meses, quince días. Seguí firmando hasta el 2015.

Yo trabajaba distribuyendo materiales para vulcanizadoras, desde maquinaria hasta pegamento; viviendo de Guadalajara, donde radica la empresa, empezaba a aprender el oficio de reciclar material para renovar las llantas. Por un choque en SLP me detienen, yo traía aliento alcohólico, supuestamente, y me presentan ante el MP. Me involucraron con un robo con otras personas que no conozco.

Me sentenciaron a nueve años y un mes por robo calificado y asociación delictuosa.

La dichosa caja fuerte que dijeron había robado, nunca la presentaron como prueba y nunca vimos el dinero robado. Llevo más de la mitad de la vida en prisión. En la Pila, cuatro años, cinco meses y 26 días.

Clemente

Tatuaje sin nombre

Es una carita de niño pintado como payaso, con expresión de tristeza, escurre una lagrimita en cada ojo. Me gusta porque representa los extremos de nuestra vida, felicidad y tristeza. Por eso me identifico con este personaje, pues a pesar de que sienta tristeza, debe sonreír y hacer reír a los demás.

Tatuajes

Autor

Emmanuel Santiago Nieto

Desde la secundaria tengo obsesión por los tatuajes

Cursando el segundo año de secundaria, en la 75, y en algunos ratos libres que nos autorizaba la prefectura, salíamos a recrearnos con fútbol, básquet, y otros juegos. Un día decidimos ir al campo del fut, estando ahí, ya hechos los equipos, decidimos divertirnos de una manera diferente, resultó que el juego se convirtió en una guerra campal. Había llovido y para no ensuciarnos los zapatos nos los quitamos y empezamos a formar pelotitas de barro amarillo y lanzarlas contra los otros.

Nos distribuimos en grupos pequeños, cada quien con sus amigos con lo que empezó la diversión, no pasaron ni 20 minutos cuando alguien empezó con piedras y es ahí donde terminé descalabrado. Esa herida en la frente me ayudó a ganarme ocho puntadas que hasta el día de hoy no se me han olvidado. Mi padre siempre me dijo: hijo, los tatuajes son las cicatrices de la vida. Él fue quien me llevó al hospital del ISSSTE, hasta el día de hoy estoy agradecido con él por haber acudido a apoyarme.

Una vez, estando en recuperación de una operación de alto riesgo, pasó algo muy extraño y curioso. Soñé que me desprendía de mi cuerpo, físicamente hablando, estaba suspendido en el aire, levitando, me vi acostado boca abajo en una camilla y

en la espalda tenía una formación de tatuajes espectaculares. Tenía la Muralla china tatuada a lo largo de la espalda; cerca de los omóplatos había dos guerreros con lanza y escudo; otro con una espada y un atuendo de pieles, resaltaba su vestuario. Ambos contendían en una gran batalla. Los colores de las tintas acentuaban el sentido de realidad de las imágenes, eran impresionantes. Ambos guerreros miraban hacia donde yo estaba levitando, como esperando que volviera al cuerpo.

Era tan real, ahora sólo es un sueño.

Sueño

Tengo tatuado un sueño que se desprende, que se vuelve libre cada noche.

Miradas

Tengo un tatuaje que corre por todo mi brazo, es una torre panóptica que me recuerda siempre dónde estoy.

Ojos sin Luz

Llevo el tatuaje que confirma que lo que no se ve es fundamental para el alma. Está aquí, donde mi corazón, ahí guardo mi vocación para el Espíritu Santo.

Fuerza

En la Biblia se narra que a los hijos de Dios se les prohibía marcarse el cuerpo, entonces el tatuaje es un acto de desobediencia a Dios, por lo cual, tatuarse debe llevar un significado especial, una fuerza que llevas dentro.

Memorias

Autor

Juan Martín Galván Rojas

Capítulo 1

¿Una mañana como todas?

Aquella mañana Juan se levanta con muchos ánimos y a la vez incertidumbre, pues no sabe si ese día será uno más o será el día que trascienda en su vida.

Se asea antes de salir a audiencia en aquel Juzgado Federal. Ya en camino, en su mente empieza a proyectarse un ciclo de su vida antes de estar recluido en el penal de La Pila San Luis Potosí.

Vienen a su mente aquellos días de mayo, cuando junto a su esposa e hijos, fueron de vacaciones a las playas de Cancún, pues festejaban el cumpleaños de su hija Mariana, la tercera de sus cuatro hijos con su esposa y la única mujer, por ello Juan le demostraba lo mucho que ella significaba para él.

Después de varios días disfrutando de aquel viaje muy diferente a otros que Juan está acostumbrado deben regresar a la vida cotidiana, pues Juan tiene que volver al trabajo.

Juan se incorpora a su trabajo. Él era conductor en una línea de autobuses foráneos, tenía tres años laborando en esa empresa y siempre, a lo largo de veinticuatro años de conductor, no hubo otra cosa que le fascinara más que su trabajo, pues a pesar de que no es una actividad sencilla, ya que no dormía ni comía en sus horarios y sobre todo casi nunca estaba con su familia; irónicamente él debía alejarse de su familia para acercarse a otras por medio de su trabajo aun así él lo disfrutaba mucho. Su padre y tíos fueron conductores, él lo llevaba en la sangre.

Cuando reinició sus labores todo marchaba normal. Como de costumbre, él siempre tuvo muy buenas relaciones laborales y sociales tanto con sus jefes inmediatos, como con sus compañeros y personal de tierra. A los pocos días le asignaron trabajar con Noé, su compañero de tripulación. Comenzaron a trabajar juntos, siguiendo una bitácora de ruta como todos sus compañeros; unos días después les asignaron un viaje como cualquier otro, después de llegar de uno anterior, en el que apenas les dio tiempo de bañarse y medio comer. Ellos ya estaban listos en el andén de salida quince minutos antes de las 19:00 horas, pasaron a sus revisiones médicas de costumbre y obtuvieron luz verde para salir.

A las 19:00 horas el encargado de servicios le da la orden de salir a Juan, mientras que a Noé le toca descansar en el camarote del autobús, pues es un viaje largo y tienen que dividir el tramo a recorrer en dos partes. Juan inicia el viaje sin contratiempos hasta su próxima escala, San Luis Potosí. Ahí llega y facilita a los pasajeros quince minutos para ir al baño, luego reanuda su viaje hacia la ciudad de Reynosa. Juan transita por la congestionada autopista y, sorteando los constantes baches que hay en ella, llega al retén militar de Villa de Arista, SLP, donde le piden que se detenga para una revisión de rutina. Después de dicho reconocimiento le indican que puede seguir su camino.

Juan sigue transitando y casualmente comienza a recibir algunas llamadas a su celular. Él se coloca sus manos libres para atender dichas llamadas. La primera de su esposa, donde le informa que ya se van a dormir, junto con sus hijos y le pide

que se cuide mucho, que conduzca con mucho cuidado, ya que lo esperan de regreso a casa para festejar su cumpleaños y él le contesta con un “no te preocupes, primero Dios, nos vemos de regreso” no sin antes despedirse con un raro, pero efusivo “te quiero mucho”.

Después de colgar, entra la segunda llamada. Es uno de sus hijos fuera de su matrimonio, informándole que su madre está algo enferma y que él no sabe qué hacer, pues ella es un poco neurótica y muy posesiva con él. Ellos platican durante un buen rato sobre la situación y después, Juan le dice a su hijo que no se preocupe, que todo estará bien, que a su regreso verán qué se puede hacer, no sin antes desearse bendiciones y buena suerte antes de colgar.

Una llamada más entra a su teléfono, es una compañera del trabajo con quien lleva una excelente amistad. Ellos platican de varias cosas laborales, de pronto se empieza a oír cierta interferencia, que no es otra cosa que la falta de señal y una vez más, antes de que se corte la llamada, se oye el último “Dios te cuide y te bendiga en tu camino” de esa noche.

Capítulo 2

La incertidumbre

2:20 a.m. Juan sigue conduciendo y piensa en el punto de relevo que está a escasos cuarenta minutos de distancia, y sólo piensa en poder meterse al camarote a descansar, de pronto, a lo lejos, unas luces azules y rojas muy intensas anuncian la instalación de un retén policiaco. Al aproximarse a dicho retén, le piden que se detenga para una revisión de rutina.

Juan hace lo que le indican. Pasan los minutos y espera que le informen que puede seguir su marcha, pero el tiempo sigue corriendo y nada, hasta que después de unos veinticinco minutos, le comunican que no puede seguir su viaje, debido a que

vienen unas baterías de aspecto sospechoso en los compartimientos de las maletas; Juan levanta a Noé, su compañero y le informa de la situación. Mientras Noé se levanta, todo es confusión, pues Juan espera alguna información del por qué tardan tanto los ministeriales en comunicarles su situación.

Una hora después, por fin les notifican, tanto a Juan como a Noé, que las baterías van cargadas de droga, ambos reaccionan con asombro, desconocen el origen de éstas. Inmediatamente les piden que apaguen sus teléfonos y se los entreguen a los agentes.

Después de eso, a Juan le piden que se quede en la parte delantera del autobús, mientras que Noé se queda en la parte trasera. Pasan los minutos y con ellos las horas y, después de un largo periodo de tiempo, les informan a los pasajeros que no pueden continuar su viaje y los transbordarán a otro autobús.

Aproximadamente a las 6:00 a.m. llegan otros agentes ministeriales, les leen sus derechos y los suben a una camioneta. Los llevarán a Ciudad Valles. Juan siente las frías y rígidas esposas en sus manos, mientras le ayudan a subir en el asiento del copiloto. El trayecto hacia Ciudad Valles se le hace a Juan muy largo, pues desconoce su situación jurídica.

Ya en las oficinas de la PGR de Ciudad Valles, empieza el proceso de la toma de huellas dactilares y datos personales; Juan permanece tranquilo, pero pensativo, no sabe cómo su esposa tomará esa noticia y más sus hijos, no sabe en qué concepto quedará ante ellos.

Después de realizar los trámites correspondientes, a Juan y a Noé los pasan a unas celdas demasiado calurosas, pues ahí no funciona el aire acondicionado y ante tal clima, es tanta la desesperación de Juan, que lo primero que se le ocurre es mojarse la cara con agua del depósito del W.C., pero para su sorpresa, también está demasiado caliente y lo único que consigue es acrecentar el calor que siente. Fueron los tres días más calurosos, junto con sus noches, los que Juan vivió en esa celda. Pero lo más asfixiante era no saber lo que iba a ocurrir con ellos; la incertidumbre de saberse inocentes.

Al tercer día Juan y Noé son trasladados a la ciudad de San Luis Potosí, los preparan y una vez más, les ponen las frías esposas. Después de casi tres horas, llegan al Juzgado Federal, para su primera audiencia. Entra el vehículo por la parte de abajo del estacionamiento y al momento de llegar, otros agentes federales los reciben e introducen a una pequeña celda, pasan los minutos y por fin los llaman ante el juez.

Al comenzar la audiencia Juan no puede evitar su asombro al oír el parte informativo del Ministerio Público, pues es completamente diferente a cómo sucedieron las cosas y siente enojo e impotencia, al no poder declarar nada, pues su defensora de oficio le instruye no hacerlo, cosa contraria a su compañero Noé, que, aunque no habla durante su declaración, por lo menos su abogado le brindó algo de esperanza.

Cuando el juez termina la audiencia, ordena su traslado al penal de La Pila y en el trayecto la mente de Juan es como una película instantánea, donde se proyecta la mayor parte de su vida en pequeños lapsos mientras la patrulla recorre las calles de la ciudad hacia el penal. Por fin llegan a ese portón azul, donde los agentes federales los entregan a los guardias del penal; empiezan los trámites de ingreso, revisiones, huellas, fotos y preguntas y enseguida la bienvenida a esa nueva vida en cautiverio. Al ir avanzando sobre los pasillos se oyen gritos y silbidos de los reos en el apando, un área de castigo para los indisciplinados, tratando de causar en ellos miedo e inseguridad, cosa que sucede sorpresivamente, pues esto es completamente nuevo para Juan.

Ya una vez instalados dentro del área del C.O.C. (Observación y Clasificación) a Juan y a Noé los asignan en la celda C-1, donde compartirán la misma con Armando, un joven de aproximadamente veintidós años, que les indica las tareas a realizar en cuestión de limpieza de la celda. Al caer la noche, Juan y Noé tienen que dormir en el piso, pues sólo hay una plancha para dormir en la celda.

Al recostarse, Juan se percató de que el piso está demasiado caliente, se levanta la baño y nota que el retrete está sucio,

oxidado e infestado de cucarachas; se quiere bañar, Armando le dice que sólo hay agua hirviendo y esto se debe a que debajo de la celda se encuentran los calentadores.

Al segundo día, Juan y Noé salen al reducido patio del área y empiezan a conocer personas de diferentes entornos, desde ladrones, violadores, secuestradores hasta asesinos y es ahí donde Juan empieza a conocer otras fases de la vida, pues dentro de todas esas personalidades existe el ser humano, muchas veces agresivo y otras veces inofensivo e indefenso.

Juan escucha varios testimonios vivientes y esto empieza a causar en él cierto efecto, reflexiona muchas cosas y siente que comienza su despertar espiritual; siente que debe finalizar esa etapa de su vida anterior y ese momento en que ingresó a La Pila, inició su renacimiento, pues ahora todo es un inicio en su nueva vida.

Los días en prisión no son fáciles para nadie, ni siquiera para Juan, que es una persona tranquila, pues a veces basta un simple detalle para que se desate, desde una pelea hasta un motín, y qué decir de los familiares que batallan para entrar a ver a los internos, tanto emocional como económicamente, pues con el paso del tiempo avanza ese gran desgaste físico, económico y mental para el interno y su familia o lo poco que quede de ella en algunos casos. Juan espera esa audiencia del siguiente mes, más no sabe si será la definitiva o le seguirán varias más, pero él sólo piensa ¡Dios hágase tu voluntad y no la mía!

Capítulo 3

Los días pasan

El día primero de septiembre fue un día muy especial para Juan, pues es la fecha de nacimiento de su hijo Joaquín y lo recuerda, como si fuera ayer hace veinte años. Él habla con su hijo por teléfono, Juan quiere ser el primero de todos en felicitar a su hijo, cosa que a Joaquín le alegra tanto que llora de

gusto y emoción, ¿o de tristeza y nostalgia? Eso sólo Joaquín lo sabe, pero aun así le dice a Juan que lo quiere mucho y que se cuide, a lo que Juan le expresa lo mismo, al igual que a sus hermanos y a su mamá.

El día 11 de septiembre también fue otro día especial para Juan pues es la fecha de nacimiento de su segundo hijo también llamado Juan y de los cuatro es el que más le preocupa pues, Juanito como él lo llama, es el más rebelde de sus hijos y precisamente eso es lo que más le preocupa. Le marca a su hijo para felicitarlo como lo hizo con Joaquín, cosa que le agradó mucho a pesar de la situación.

Los días que han transcurrido en prisión, también le han servido a Juan para confirmar, sin proponerlos, quiénes están a su lado fortaleciendo lazos de amistad y familiares, pero lo que más le agradece a Dios es el apoyo total de su padre, pues desde el inicio, nunca lo ha dejado solo y eso a la vez también preocupa a Juan, pues cada vez mira a su viejo más cansado y lleno de canas en su pelo y él no quisiera ser el causante de que él, cumpliendo de alguna condena, a la vez, su padre también cargue con alguna sentencia moral.

Tres meses han transcurrido, y Juan, en prisión, ha sido testigo de muchas cosas que él en su vida no había vivido. Desde convivir con drogadictos en la misma celda, hasta presenciar riñas personales con riesgo de salir herido o peor, de caer en las garras de la drogadicción. Juan convive con los de la religión cristiana en ratos, pues hay ocasiones que se siente bien con eso y en otras ocasiones, convive con miembros del grupo de Alcohólicos Anónimos, y así como se siente bien, también hay ocasiones en que los testimonios lo ponen de mal humor, pues los comentarios se salen de todo contexto y lo confunden más, aun así, Juan toma lo único que le sirve de cada quien y lo demás lo desecha.

Juan se sorprende de no estar loco ante tantos testimonios y vivencias, pues a todo eso se le agrega el que su hija anda mal emocionalmente y el psicólogo le recomendó no volver a pisar el penal para ver a su padre. Mientras ella se comunica

personalmente entre lágrimas, él sólo disimula con un nudo en la garganta, que no pasa nada, que todo estará bien y Juan por dentro se siente de lo peor.

Y así transcurren los días para Juan, unos alegres y otros no tanto, pero él sigue con su fe por delante esperando el veredicto final.

*Me llamo Juan Martín tengo 47 años
Soy originario de León, Guanajuato.
Estoy casado y tengo cuatro hijos con mi esposa.
Mi profesión es conductor de autobuses.
Tengo cuatro meses que llegué junto con mi compañero al penal de
La Pila, SLP.*

Bacardíblanco

Autor

Luis Gabriel Gutiérrez Cruz

La vida de mi estómago

Con el aliento amargo, los ojos reseco, labios partidos y con temblor en las piernas y los brazos, entré a un espacio pequeño con mucha luz, en donde percibo individuos con caras largas y agonizantes, nunca los había visto antes y al parecer están prontos en sentenciarme y tardos a escucharme.

De pronto siento como no me han alimentado, un vacío de ya hace algunos días y lo único que me produce dolor es una mezcla de saliva, miedo, temor y un chicle Canel's que este tipo está masticando, ya desde hace varias horas. Pero qué tipo tan cretino.

¿Qué? ¿Creías que iba a narrarte todos los pasos? No... pero te los resumo: un dolor abdominal con olor a diarrea que trataba de no expulsar a cada paso que parecía eterno cuando me dirigía hacia ese cubículo. A veces siento que mi estómago tiene vida propia; de seguro es un rufián.

Ahí está la mujer que me acusa, del otro lado, con una sonrisa en la boca, la sonrisa de la traición, gesto que conlleva una venganza. No hay palabras para describir el odio en sus ojos, para alguien que no

había hecho nada ¿Cómo podía seguir teniendo rencor hacia un inocente? ¿Acaso le recordaba a su expareja o a su padre? Él la golpeaba o abusaba de ella desde niña, pobre mujer, pero esperen, estoy siendo condescendiente con alguien que me quiere condenar por 16 años, ¿por parecerme a alguien? Por favor...

Mientras tanto, las palabras resonaban en ese cuarto pequeño, lleno de ley y dispositivos de video, cámaras que veían cada gesto, cada murmullo, que registraban y eran testigos de cómo mi libertad se ahogaba, lentamente.

Siento cómo los intestinos me empiezan a insultar por el gran pedazo de pan que les mandé hace ya un día y medio. Jajaja, ese pan no sólo estaba relleno de migajón. A este tipo le dan pollo con verduras y nos lo manda como si fuera alimento sano. ¿Qué clase de imbécil hace eso? Yo que estoy acostumbrado al jamón serrano, al filete de res, a ese Bacardí blanco que tanto deseo, con una coca bien fría y hielos.

Y ahí estaba yo, fermentando una torta con verduras crudas, mientras mis esperanzas se esfumaban con cada aliento de mi verdugo. Ese rufián que me mira con ojos de desdén, de asco, pero él no se debe de preocupar, el sentimiento es mutuo.

De pronto mi abogado toma la palabra y dice: “mi cliente está listo para declarar”. En ese momento mi mente se nubló y parafraseando externo dominio propio y seguridad: “Sí su señoría”.

En ese momento el guardia que estaba detrás de mí, con una cara de pocos amigos, me levantó y me pasó a un cubículo. Ese espacio se veía cada vez más lejos; conforme avanzaba hacia el lugar; estaba angustiado por declarar mi verdad, la verdad, lo que realmente pasó, no lo que esa bruja dijo, dos años y medio atrás.

Conté catorce pasos y cada uno recordaba un día de éxitos que, según yo, me llevarían lejos, pero también, paso a paso, se incrementaba un frío que se extendía en todo mi cuerpo;

según yo, mantenía mi seguridad y dominio propio, frialdad pura, como cuando un asesino se acerca a su víctima para darle la estocada perfecta. Estocada que se llamaba verdad.

El primer paso fue con mi pie derecho, con fuerza, apretando todos los músculos de mi cuerpo, reprimiendo sensaciones y sentimientos encontrados. Nunca había apretado tanto mis dientes, ni siquiera en ese juego de rugby en la ciudad de Monterrey. Ese día perdimos la final nacional de primera fuerza.

Oh, el olor a pasto y tierra mojada, el olor a sangre coagulada, que provenía de mis botines por algún pisotón que recibí o dí a alguno de esos regios malditos, malditos que se quedaron con el título.

Título que me costó una quijada fisurada, un hombro luxado y una distensión en la rodilla derecha. Cada pisada me transportaba a una agonía y un extenuante sabor a sudor.

Mi segundo paso, el izquierdo, me recordó a esa pelea en secundaria que me dejó una lesión en el tobillo. Fue como un tirón, que en ese momento deduje que fue una ruptura, pero al mirar mi tobillo éste se encontraba bien, fue sólo mi imaginación y la tensión del primer paso y cuando me solté, explotó toda mi verborrea, mi verdad, mi contexto, el por qué yo no debería de estar preso en ese momento, ni siquiera de pasar más tiempo. Esa bruja debió de pagar todo lo que me hizo.

Ohhh! Esto es un orgasmo para mí, siento cómo el Bacardí blanco pasa por mi garganta. Ufff! Viene con botana de la más barata, eso sí me da coraje. Cómo a ese tipo se le ocurre mezclar este elixir con sabritones. Mira cómo se mezcla ese delicioso tónico con agua mineral con refresco de cola, y al mismo tiempo la botana. Lo haré de nuevo, los mandaré todos juntos y que escuchen los insultos de mi más querido amigo, el intestino, que, por cierto, apesta.

Un dolor umbilical con olor a diarrea pura, sin saber su viscosidad líquida o espesa, que al llegar al cubículo no hizo más

que aumentar, en la temperatura fría de esa madera vieja, temperatura que hizo que declarara y expulsara ese olor.

Después de declarar, siento un alivio grato en mi cuerpo, que las ganas de ir al baño desaparecieron. Parece que la diarrea ha sido expulsada por mi boca y mi imaginación empieza a fluir y me pregunto a mí mismo, ¿los salpicaría un poco? Si me sentencian de todas formas, se irían con un mal olor a mierda de pollo con verduras crudas, verduras que ni bañándose con cloro se les quitará en meses, pero si me sueltan, yo digo que hasta lavándose las manos quedan como nuevos.

Fuera del tiempo

Estaba viendo a esa hermosa mujer acinturada, con esos pechos perfectos que, acercándose a mí, preguntó, ¿gustas una copa? Y yo, boquiabierto, le respondí con un sí, “un sotol está bien” y saboreando ese delicioso, suntuoso, arenoso y fuerte cuerpo de la mesera, le pregunté por su número telefónico. Amor falso, dije, y en eso una llamada entrante de mi superior desvanecía esas esperanzas de tener caricias falsas esa noche. Dieciséis horas al día, era mi promedio de trabajo al día y esta llamada me jodía unas horas extras más.

Minutos antes había hablado con Dios, le dije que perdonara mis pecados y que yo también perdonaría a los que me acusaban, pero ahí estaba yo, maldiciendo a esa mujer, viéndola con ojos destructivos y de venganza. Vuelvo hacer cosas contrarias a lo que pienso.

Volví a mí falsa frialdad, proseguí con el caso y poco a poco la rabia y venganza fue desapareciendo. Por millonésima vez, mi debilidad por las mujeres me metió en problemas, esa noche todo salió mal, por eso estoy aquí, en prisión.

Mientras me despedía de esa mesera, mi cabeza daba vueltas y vueltas para resolver cómo realizar la tarea que mi superior me había asignado; en cuanto entré, estaba ahí, la santa

carpeta manila enorme, que había perdido mi jefa. Esa carpeta que retrasaba un cargamento de vino proveniente de Argentina, soberbio y rico. Sólo de pensar en esas botellas se rompe la hiel. Maldito alcoholismo.

Como sonámbulo y medio ebrio, empecé a marearme. De esas veces que es fácil vomitar, pero era necesario seguir con lo mío. Enviar documento para que el vino no se detenga y vuelva a mi tarea con aquella mesera.

Ella

¿Pero en qué estaba pensando al venir aquí? La verdad ni me importaba, sólo quería ayudar a mí tía en su campaña política para meter a secuestradores y violadores de por vida en prisión, pero ¿Qué diablos? ¿Le sonreí al pobre diablo para que no se sienta tan mal? Hasta pena me da haberlo metido a la cárcel por tanto tiempo, ¿pero qué carajos? Él me violó y si eso tengo que decir lo haré, ¿qué ganó? Ni idea, pero gano yo, bueno, pierde él. Al parecer se nota muy normal, luce como un robot todo frío y calculador, jajaja, el cabrón de seguro se está cagando en sus pantalones, hasta acá huele a diarrea.

Al crecer y madurar se incrementaba en mí el odio a los hombres, no tengo muchos recuerdos, pero sólo de pensar en los varones me resuenan las golpizas que me daba mi papá, sentimiento que se me asemeja a la introducción de un cuchillo frío en mi vientre y saca la felicidad que hay dentro de mí. La verdad los odio, son simples sacos de carne que sólo sirven para la reproducción y eso sólo algunos. Cada mirada siento que soy violada, me percibo desnuda y atacada, me hierve la sangre y sólo pienso en mi hijo, ¿acaso es un castigo divino el tener un varón? Bueno, aún falta que se defina como varón, puede que sea como mis amigos arcoíris y ahí sería un regalo para mí. Seremos felices de nuevo, los mejores amigos. Me maquillará y me hará sentir hermosa de nuevo ¡Ay! Lo amo, me encanta la idea. Sólo pensar en su virilidad me da miedo, si no fuera ilegal se lo arrancarían de un tajo. Lo bueno es que ya se está haciendo algo al respecto.

Él

Con los botines puestos y las últimas palabras del entrenador, saltamos al campo de juego con la ilusión de arrancar el cuero a los regios y llevarnos el quinto título. Todos ellos eran jugadores de americano y tenían seis de selección; su fortaleza era impactante, al contrario de nosotros, sólo dos pertenecíamos a la selección y los demás eran unos pobres, flacuchos, malcomidos. Aun así, habíamos llegado a la final y estábamos fuertes... fuertes, pero qué digo, no teníamos cambios y había lesiones por montón. Cuando de pronto, de tajo, arrebaté el balón. Recuerdo que portaba el número cuatro, era un tipo alto y gordo, le calculé un metro noventa y cuatro centímetros, olía a miedo al verme; me arranqué, corriendo por mi vida y por esa copa, pero otra vez fui tacleado por tres defensores del contrario, eran impasables los tipos, pensaba. Al parecer nuestra pretemporada no fue tan dura ni tan exigente como la de ellos. Fue cuando vi el panorama completo de pesares y aún faltaban treinta minutos de agonía.

El juez, mirándome fijamente, me hace una pregunta, la cual contesto con un firme no, lo vuelve a hacer y mi respuesta es la misma. Creo que lo convencí, al parecer el juez no está muy convencido del berrinche de la tipa, ¿quién, en su sano juicio, se pone a gritar cómo buena loca? De seguro ya lo ha hecho antes.

El Juez

Estoy ebrio y he amanecido con una migraña terrible. Y hoy... hoy en mi cumpleaños se les ocurre programarme un juicio de violación. Por Dios, tengo ganas de encerrarlos a los dos. Una loca y un egocéntrico, qué ruina, y decir que dejé mi beca en Bellas Artes para ser abogado como mi padre. Ahorita con mi talento debería de estar en Londres. Haré esto rápido y sin tapujos, quiero llegar a tiempo a la hora feliz.

Con un aliento amargo medio rancio, voy despertando de una cruda terrible por un Bacardí Blanco asqueroso, rayos, ¿en qué estaba pensando? ¿Quién en su sano juicio toma esa basura?, pero dentro de mí había una necesidad de tomarme otra cubita, necesidad que fue interrumpida por un grito que pregonaba “¡Atole! ¡Atole!” Me di cuenta que había despertado con dos mujeres y que no sabía dónde carajos estaba. Situación que aproveché para culpar al maldito Bacardí.

Tarararantan Tarararantan Tarararantan, la cabalgata de las valkirias de Wagner. Otra vez a mi cabeza llega el recuerdo de esa hermosa y magnífica obra de arte ¿Por qué todos me ven? Ah, sí. Muchas gracias por su testimonio, señor, puede tomar su asiento. El peor cumpleaños de mi vida.

De pronto la veo pasar. Una mujer hermosa con un bebé en manos, me fijé si tenía sortija y noté su ausencia. Unas manos hermosamente humectadas y tersas, que se aplica en todas las mujeres que acaban de tener un bebé. Me acerqué antes de que mi vuelo partiera y dije “disculpe señorita, pero es la mujer más hermosa que he visto”. Al principio no hubo una acción contraria a la que yo pensaba, pero luego me sonrió acostumbrada a que piropeen al bebé. Por esos ojos azules que tenía el bebé, ella siempre pasaba al segundo término, ese fue el detonante para que me sonriera, boca carnosa y dientes perfectos. Simplemente hermosa.

La acompañé a la sala de American Express del aeropuerto, le di mi tarjeta y me pasé a retirar. Al final mi intención no era otra, pero noté que su cara se entristeció cuando vio que nos separábamos por más de dos mil kilómetros de distancia. Lo que externó fue gracias por tu ayuda.

No tardé ni dos pasos cuando regresé y le planté un beso a este filete migñon llamados labios, la llevé a la sala de masajes, doscientos pesos fue la sobada que le di, con un poco de privacidad, billete que olía a Bacardí Blanco de semanas anteriores. Y ahí estaba, oliendo a Bacardí ranció de un billete falso y amargo, viendo el paraíso en esa sonrisa perfecta. Pechos hermoso.

Estaba asustada, enojada, temerosa. Mientras me pregunto ¿“qué diablos hago aquí”? Este maldito ya me insultó y además ni guapo es. No entiendo este juego ¿para qué me quiere amarrada y con la boca amordazada? ¿Acaso me hará daño? ¿Qué tendrá en la maleta? ¿Qué clase de enfermo lleva juguetes sexuales en un viaje de negocios. Ya no siento mis manos ni mis pies, están demasiado apretadas las ataduras, ya ni siquiera puedo respirar y este idiota me sigue insultando.

Saliendo de la sala de masajes me di cuenta que tenía un problema serio. No obstante, recordaba cada detalle de esta mujer, la calidad de la hermosura y la viveza del maldito Bacardí Blanco. Por poco y me arruina el momento; de pronto un sentimiento de culpa inundó mi cuerpo, un arrepentimiento enorme, con ganas de gritar y decir, ¿qué carajos estoy haciendo? Tengo una mujer amarrada en su propia casa, pero qué hago, se ve que ni siquiera lo disfruta y yo, menos.

La mujer es fea, sus pechos, aparte de operados, están mal producidos. ¿Dónde los compró? ¿En Wish? Se ve también que tuvo problemas de peso. Esa reconstrucción abdominal le salió muy barata. Solo me imagino lo inimaginable ¿será incalculable, terrible, congeniar con sangre y tener un hijo? Pobre niño sería un chico débil y feo, con carácter horrible y sangre diluida, pobre niño de raza inferior. Rayos... odio cuando pienso en voz alta, ahora soy un loco que tiene amarrada a una chica y aparte un machista enfermo, que acaba de insultar con voz alta y clara. Bueno... resultó un poco mal, pero, qué hago, al final de cuentas no es culpa de ella salir rara. Sacaré mi cuchillo de la maleta para desamarrarla rápido.

Al verlo sentado en el banquillo de los acusados me di cuenta que lo aborrezco. Ese perro egocéntrico hizo que me orinara, cuando sacó el cuchillo, me insultó, y hasta insultó a mi hijo y mi prometido, quien fue el que me operó “mis nenas”. A la vez le tengo lástima, pero la sobajada que me dio merece otros años de cárcel. En eso escucho al juez decir “El acusado se encuentra... Con un ardor intenso en los huesos, hormiguelo en las manos y los pies y con un olor a orines, veo cómo un guardia me pateo

y me grita ¡levántate! El dolor de huesos y el hormigueo es por la falta de circulación, los insultos son por el miedo de los guardias, y el ardor en el cuello es por la soga con la que me ataron. De reojo veo el calendario que marcaba diciembre con una equis roja, con el título de Juicio. Pregunté al guardia la fecha, me respondió: junio.

Percibí que todo fue un sueño, una ilusión provocada por el hormigueo, el ahogamiento auto infringido. Al parecer no es el infierno el castigo que voy a recibir, por el momento. Me queda un soplo más de vida en la nariz, vida que se llama castigo, castigo que estoy pagando con creces por un egocentrismo y de todo esto lo único que aprendí es:

¡ALEJATE DEL BACARDÍBLANCO!

*Una vela en una botella de vino alumbra la humilde habitación.
En ella, una mujer embarazada está sentada con su hijo en el
suelo sobre una cobija, se abrazan.*

*Es una noche oscura y con tormenta, se escuchan los rayos, la
fuerza del agua los ensordece; se sienten desamparados, nadie
los irá a ayudar. Madre e hijos se susurran palabras de consuelo.
Ese día, mi madre y yo, parecía tener la misma edad que la mía,
dos años.*

José Gabriel

María Misericordiosa

Autor

José Gabriel Calderón Ignacio

Un cuerpo suspendido

Yacía completamente suspendido y bailaba, como si hubiera viento. Me acerqué, aún estaba tibio, junto a él, una silla tirada y en el suelo una nota que decía:

“He llegado a desconfiar de todos y para mí ya nada es nada.” Así de simple, así de fácil. El escepticismo llenó la mente del detective.

—Entonces tú encontraste el cuerpo.

—Sí, señor oficial.

—Y dime, ¿tú hiciste la llamada?

—No señor, la hizo mi ayudante, la doctora Beuman.

—¿Y cómo me dijiste que te llamabas?

—No le he dicho, oficial, dispéñeme. Yo soy el doctor Vico Sarcaz, ¿y usted es...?

—Yo soy la autoridad, puedes llamarme detective Mendoza.

—Mendoza, ¿qué?

—Mire señor doctor Vico, las preguntas aquí las hago yo. A fin de cuentas, quienes están bajo indagación son ustedes.

—¿Quiénes?

—Escúcheme, señora Beuman

—Señorita, por favor, detective Mendoza.

—Dígame quiénes tienen acceso al cuarto de la víctima.

—No existe víctima, detective, se ha suicidado. Yo encontré el cuerpo y la nota. Mírela.

—La veo doctor y también veo todo lo que ignora.

—¿A qué se refiere?

—Escuche señora, perdón, señorita, no me vea así, pero es obvio que la nota es reciente.

—¿Y eso a qué viene?

—Bueno, doctor, si él escribió la nota antes de suicidarse, ¿por qué no hay una pluma en esta habitación?

—Señor Mendoza...

—Para usted detective Mendoza y señorita Beuman, no me haga caras o morirá soltera.

—¿Me está amenazando?

—Claro que no. Sólo veo lo que usted no, ¿sabe? Su actitud no es muy sana, mujer.

—Permítame explicarle, detective, los internos en este centro de salud no tienen acceso a los bolígrafos, por lo cual pudo haber escrito la nota con anterioridad.

—Podría ser señor Vico, si no fuera porque esta es perfecta y no presenta ningún doblez, ni arruga alguna. Además, este lugar es deplorable y la viga de la que está sujeta la cuerda, no soportaría la caída de los ochenta kilos de su paciente. Se lo demostraré.

El oficial Mendoza se acercó al cuerpo suspendido y lo tiró por los hombros. De inmediato se rompió la viga de madera, en la que yacía aquel desafortunado hombre.

—¿Ve, doctor? Ochenta kilos, cayendo de un metro veinte de altura, hubieran roto esa viga.

—Detective Mendoza.

—¿Quiénes son éstos?

—Son mi equipo doctor, no crea que yo solo puedo con todo.

Ellos son el oficial Saucedo, mi compañero en el Departamento de Homicidios y quien le acompaña es el joven Ricardo, un egresado y practicante, aspirante a ocupar mi puesto.

—Se va a retirar, pero sí se ve tan joven. — fue algo que ella dijo en forma sarcástica.

—Los halagos no la libran de averiguación, doctora Beuman. Señores compañeros, les presento al doctor Vico Sarcaz y la doctora Beuman, ellos encontraron el cuerpo y la nota, por

ende, son mis principales sospechosos en el homicidio de este infeliz.

—No se lo tomen personal, doctores, para el detective Mendoza todos son sospechosos.

—¿Se te han pedido aclaraciones, novato?

—No, señor. — fue un grito de soldado ante un superior.

—Entonces no las des. Dime Ricardo...

—¿Sí, señor?

—No me interrumpas. Dime cuánto mide el occiso.

Sacó de inmediato un flexómetro. Se acercó al cuerpo, lo recostó y lo midió.

—Un metro setenta y cinco centímetros, señor.

—¿Y la cuerda?

—Es una sábana, señor.

—Explícale, Saucedo.

—Mira, pon atención Ricardo, cuando el detective describe un objeto, lo hace con base a la función que realiza, así que deja de ser estúpido y sigue órdenes, sin preguntar.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—No te disculpes, mide.

—La cuerda mide un metro, quince centímetros.

—Muy bien, ¿y a qué altura está el techo?

—No veo el caso de todo esto.

—Ni yo.

—Señor oficial Saucedo, acompañe a los doctores fuera de esta habitación y provéase del registro de empleados de este lugar, así como el de pacientes. La llamada fue recibida a las nueve con cuarenta y cinco, quiero saber quiénes estuvieron en este pasillo desde las siete, por lo menos en lo que el forense determina la hora exalta del deceso.

—Doctora Beuman, doctor Vico, acompáñenme por favor.

—Esto es absurdo.

—Usted no lo decide.

—Doctor, por favor, salgamos. — dijo Beuman preocupada.

Ya en el pasillo el bullicio era grande. A pesar de que los demás internos estaban aislados en sus respectivas habitaciones. Se podían escuchar sus gritos de inquietud. Los enfermeros tenían orden de sedarlos, cosa que no sucedería porque el acceso al pasillo estaba clausurado.

—El techo está a tres metros, veinte centímetros ¿Señor, puedo preguntarle algo?

—Pregunta.

—¿Por qué me ha puesto a medir esto? Es completamente inútil.

—Escúchame bien, novato. Tú sabes que yo lo sé, pero el doctor y la doctora, tal vez no sepan.

—Quería ver su reacción.

—Es un genio, señor.

—Basta de lisonjas, es obvio que fue un homicidio y suspendieron el cuerpo para que pareciera suicidio, el pobre jamás se habría podido colgar. Mira bien, Ricardo, es ilógico, la silla mide un metro veinte centímetros desde el suelo hasta lo superior del respaldo, pero el punto de apoyo sobre el que se pudo parar el occiso es de sesenta centímetros de altura.

—No comprendo, señor.

—¿Eres estúpido acaso? ¿Estás ciego? Mira.

El detective Mendoza tomó el flexómetro y midió el cuerpo desde la punta del dedo gordo del pie, le extendió el brazo y midió hasta la punta de los dedos de las manos.

—Son dos metros treinta y cuatro centímetros, más sesenta centímetros para tres metros veinte centímetros, nos faltan veintiséis, así que no pudo colgarse el solo o fue un suicidio asistido, que a fin de cuentas también es homicidio o fue completamente contra su voluntad. Ahora sal de la habitación.

—Pero señor...

—No interrumpas, ni cuestiones. Sal. Da una vuelta al corredor y regresa.

—Está bien, señor.

—Y por favor, no olvides cerrar la puerta.

El joven oficial abandonó la habitación y dio un recorrido por el pasillo, preguntándose qué había sido eso y, al volver, la encontró, junto con el cuerpo, completamente blanqueada con algo que parecía talco.

—¿Qué ha sido esto, señor?

—Algo completamente inútil, novato. Ésta era una escena contaminada desde el principio, sólo que la adorné para cuando lleguen los servicios forenses no digan que no hacemos nada.

Dime, ¿escuchaste algo en el pasillo?

—No señor, sólo un montón de locos cuchicheando.

- ¿Pero ningún grito de auxilio?
—No, señor.
—¿En verdad oíste nada?
—No, señor. Nada, aparte del bullicio de los locos.
—Extraño, en cuanto cerraste la puerta conté hasta tres y grité en repetidas ocasiones, a garganta abierta, pidiendo auxilio, la verdad es que pensé lo habías ignorado, que alguno de los enfermos de este lugar era la fuente del escándalo, pero ahora logro divisar que no fue así y pareciera que ésta es entonces la única habitación del pasillo a prueba de ruido. Eso me hace pensar aún más que fue asesinado.
Sonó el celular; el detective sacó el aparato de su bolsa derecha de la chaqueta de piel. Observó la pantalla del móvil por un momento y contestó.
—Dime Saucedo.
—Servicios Forenses ha llegado, amigo, se dirigen hacia la habitación.
—¿Los doctores siguen contigo?
—No, ¿quieres que los ponga bajo custodia?
—No, déjalos trabajar. Sólo espero que les hayas leído la cartilla.
—Oh, claro que lo hice.
—¿Ya tienes la lista de sospechosos?
—Sí, ya la tengo.
—Perfecto, vamos contigo. Llegamos en un momento.

Simplemente colgó.

Horas antes

Parecía una mañana como cualquier otra para el doctor Vico Sarcáz, por la sencilla razón de que todos los días eran iguales para él. Un hombre de profesión, siempre ocupado, nunca notaba el clima ni lo que sucede alrededor, pero era un día hermoso y cálido. Era un dos de julio, Vico no lo sabía por que llevaba diez, de sus cuarenta y cinco años, trabajando los trescientos sesenta y cinco días del año.

Después del trágico accidente en el que falleciera su esposa, Graciela Suárez y su hijo Humberto, el trabajo era todo lo que tenía, tanto así, que llegaba a dormir en el hospital e internado psiquiátrico semanas completas. Tenía su propia habitación donde, durante las noches, continuaba con su labor de investigación. Él quería desplegar todo el panorama de defensas psicossocioemocionales, que traían por consecuencia los trastornos mentales.

5:30 am.

Despertó sin fatiga. Hizo su rigurosa rutina de ejercicios aeróbicos: treinta minutos, como lo recomienda el señor osito Bimbo, el cual uno de sus pacientes decía era una bestia del apocalipsis.

¿Razón por la que se ejercitaba? Estaba convencido que nunca se sabe cuándo un demente puede atacar. Enseguida desayunó cereal con leche, cajeta, plátano y nuez, para después ducharse. Se vistió de trabajo o mejor dicho se addoctoró, así le decía una de sus pacientes, la cual insistía en que era la misma “Frida” Kahlo.

Terminó con su arreglo de imagen. Todo sin mirarse al espejo, a pesar de la barba un tanto crecida, se veía por lo menos diez años más joven, parecía que el tiempo no le cobraba factura, mas su mirada aguda y estructuradora parecía la de un anciano, retando a sus pacientes a que le mintieran. Su metro noventa y dos de estatura con sus noventa y cinco kilos de peso le daba un aspecto atemorizante.

7:00 am.

- Buenos días, doctor Vico.
- Buenos días, Ángel ¿Qué tal se portaron los demonios?
- De mayoría bien. El medicamento hace milagros, sólo tuve que sedar a uno en el segundo piso.
- ¿A cuál?

- Al de la quinta habitación.
- ¿El que dice que nos observan desde la Luna y que Joseph Smith fue la luz de mundo?
- Ese señor, ahora trae el cuento de que Cristo venía por todos.
- ¿Quién te ayudó a someterlo?
- Me ayudaron Luis y el señor Pedro.
- ¿Pedro el guardia del primer piso?
- Sí, señor.
- ¿Dónde estaba Carlos?
- Se encontraba con el doctor Ruiz, checando un desperfecto en el sistema de ventilación. Además, necesitamos renovar el sistema eléctrico. Me sorprende que este lugar no se caiga a pedazos.
- ¿Algo más, Ángel?
- Nada importante, doctor Vico. El resto fue rutina y el reporte está sobre su escritorio.
- Buen día, doctor Vico.
- Buen día, doctor Ruiz, ¿qué tal la noche?
- Bastante interesante, diría yo. Me sorprende que Ángel no le haya contado aún.
- De hecho, me ha informado bien, incluso sobre tus labores técnicas junto con Carlos, el guardia del segundo piso.
- No lo tomes a mal, este sitio es un desastre como residencia, pero es bueno para el estudio.
- Estoy de acuerdo doctor Ruiz, sólo espero que nuestro socio se acuerde pronto de nosotros y podamos levantar este hospital, tengo la noción de que se acercan tiempos mejores. En fin, señores, ¿me acompañarían a dar el recorrido de cambio de turno en lo que llegan sus relevos?
- Salieron de la recepción e ingresaron al pasillo principal donde se encontraba la farmacia, al frente el cuarto de herramientas, a su lado un baño de empleados, tres pasos al frente, una puerta de seguridad, la abrieron y siguieron por la prolongación del pasillo.

A mano derecha, al costado de la farmacia, estaba ubicado el cuarto donde se evaluaban, a los posibles candidatos a ingresar al centro psiquiátrico, más adelante, otra puerta de seguridad y junto a ella, por el lateral derecho desde dentro, una esclusa.

—Buenos días, doctores. Qué noche, ¿verdad Ángel?
—Buenos días, señor Pedro.
Se escuchó unísono.
—Sí, de hecho, veníamos comentando lo sucedido.
—Qué bien, espero no hayas olvidado comentar mi actuación heroica, Ángel.
—No lo hizo, don Pedro, pero dígame, ¿qué tal se comportaron mis niños después de eso?
—De maravilla. De hecho, acabo de terminar la última vuelta doctor Vico, me comuniqué con Carlos por radio y tampoco reporta novedades.
—Hola, buenos días, camaradas.
—Luis, se más respetuoso con los doctores. Tú eres sólo un enfermero.
—No te esponjes, Ángel. Relájate, yo no le veo lo malo, nene, ¿sabes? Acabo de darles su pastilla de la felicidad nuestros treinta y seis huéspedes.
—Dime, Luis.
—¿Sí señor, doctor Vico?
Lo dijo en un tono serio, pero con cara de jugueterón.
—¿Qué tal despertó nuestro inquilino de la cinco?
—El del segundo piso, ya le contaron.
—He oído algo.
—Pues a decir verdad sigue sedado, dejé en el reporte instrucciones para mi relevo.
—Hasta parece profesional.
—Lo soy, doctor Ruiz, sólo intento mantenerme fresco, usted sabe. Ser un chavo de onda.
—Te entiendo, en ocasiones quisiera serlo, pero dime, ¿me mencionaste que los 36 habían tomado la pastilla?
—Sí, señor. El de la cinco sigue sedado, mas no está dormido.
—Saben chicos, será mejor que ustedes regresen a la recepción e informen bien a sus relevos. En cuanto lleguen, denle un reporte completo a la doctora Beuman, estoy seguro está en la recepción impacientándose, pues la hora de su salida es a las ocho y no pagamos tiempo extra. Descansen y los veo dentro de doce horas. Gracias por todo y que tengan buen día.
—Gracias, doctor Vico, buen turno.
—Gracias, Ángel.

—Nos vemos más tarde, doctor Ruiz.
—Sí, Ángel, descansa.
—Al rato los veo, camaradas.
—Sí, camaradas. Te veo al rato.
—Nos vemos, joven Luis.
—Señor Pedro, despídame del señor Carlos. Los veo en la noche.
—Sí, Luis, cuídate.
—Gracias.
—De nada, hijo.
—Nos vemos más tarde, viejón, que tenga un buen descanso.
Cambio y fuera.
—Adiós.

Ambos jóvenes abandonan a los doctores y recorrieron el pasillo hacia la recepción.

—¿Cómo puedes ser tan impertinente, Luis?

—No soy impertinente, sólo soy yo, no seas un reprimido, Ángel, ¿sabes?, un día te vas a aburrir de ser un aguado y querrás ser joven, pero lo más triste es que para entonces te verás mal.

Ya en recepción hablaron con sus relevos: el enfermero Adrián y la enfermera Minerva, también dieron informe a la doctora Beuman, la cual relevaba del doctor Ruiz. Luis y Ángel se quedaron boquiabiertos mirando el trasero de la doctora Beuman por unos instantes. Al parecer el único que lo notó fue Adrián, pero, como hombre y compañero leal en la hermandad de lo masculino, sabía guardar secretos. Sin más volvieron a sus respectivos hogares.

8:05 am.

La doctora Beuman discutía sobre la fase oral, anal de Freud. Minerva y Adrián escuchaban con atención. En eso, llegaban a la recepción los doctores Ruiz y Vico, un silencio ceremonial se apoderó de la atmósfera y las miradas de todos se posaron sobre el reloj.

—Buenos días —dijo el doctor Vico regresándolos al mundo de los sonidos— como saben, tuvimos complicaciones anoche, nada de gravedad, más los quiero alertar con respecto al paciente de la quinta habitación, en el segundo piso. Espero todos vengan



GaBo.

Alvi do.

hoy con la mayor disposición y muestren total profesionalismo, pues es necesario ayudar a estas personas. Al volver a la realidad, quiero pensar que han recibido informe de sus compañeros y también insistirles en que hagan y chequen los reportes ¿algo que quieran comentar?

—Yo sí, doctor— dijo Minerva —como sabrá, soy la encargada del segundo piso.

—Sí, lo sé, yo te lo asigné, ¿te acuerdas?

—Sí doctor, lo que quería saber es... mire tengo que sacar a los pacientes al patio, también al de la cinco.

—Yo sé que eres nueva, pero el procedimiento indica que debes revisar el reporte de tu compañero, él te habrá indicado cómo proceder, pero yo entiendo tu inquietud y quiero que sepas que no, primero debo evaluarlo y ver si representa un riesgo para ti o para los demás, inclusive para sí mismo. No debes tú ni nadie alarmarse por lo que pudo ser una simple ansiedad producida por uno de sus delirios fanáticos. Espero estemos de acuerdo.

—Sí, doctor, gracias.

—¿Alguien más tiene inquietudes o requiere decir algo?

—Yo sí.

—¿Usted, doctor Ruiz? Dígame.

—Bueno espero que tengan un buen turno y un buen día, sin más ni más tengo que retirarme a mí casa que es la suya. Ah, se me olvidaba. Doctora Beuman se ve muy bien hoy, pero eso no era lo que quería decirle, con respecto al paciente Estrella de la Madrugada le he dejado un informe detallado en su oficina. Con su permiso señores, la cama me espera.

—Que tenga buen descanso, doctor Ruiz.

—Gracias jóvenes.

El doctor Ruiz se alejó velozmente, tan rápido como sus 60 años se lo permitieron. El resto se dirigió a sus actividades, menos los guardias que esperaban sus relevos a las 9:00 am.

11:30 pm.

Servicios forenses atravesaban la recepción del hospital con el cuerpo de quien en vida respondiera al nombre de Porfirio

Llanas Aguilar; sería trasladado a las instalaciones del Servicio Médico Forense, donde se le haría la autopsia de rigor.

—Señor Saucedo, ¿tiene la lista que le pedí?

—Sí, detective Mendoza.

—¿Cuántos sospechosos son?

—Son...

—Discúlpeme, señor.

—Sí, dígame doctora Beuman.

—¿Cree que podría retirarme? Mi turno acabó hace más de dos horas.

—¿Oficial, le dio ya todos los datos?

—Sí, detective, me los ha dado y los he corroborado.

—Creo que puede retirarse, señorita Beuman. Sólo no quiera desaparecer.

—Ja, muy gracioso.

Lo dijo con verdadero disgusto.

—Cómo decías Saucedo.

—Sí, compañero, son 35 dementes y 13 de personal.

—Hazme una lista con los hombres del personal, me comunicaré a la base para ver si alguno tiene antecedentes.

—Ya la tengo detective.

—Bien.

—Esto es absurdo.

—No pensaría igual si su cuerpo hubiera sido el que colgaran de una viga, doctor.

—Eso es más absurdo.

—¿Sabe, señor? nosotros sólo cumplimos con nuestro trabajo.

—Ricardo, qué te he dicho de dar explicaciones que no te piden.

—Que no lo haga.

—¿Sabes?, estoy seguro de que fuiste un gran estudiante, pero la teoría ya fue y en la práctica sólo los más avispados subsisten, así que ármate de experiencia, hazte con carácter de investigador y deja de ser un blandengue. En cuanto a usted, doctor Vico, será mejor que se retire.

—Detective, la mayoría de mis pacientes no duermen si no toman su pastilla y tengo a los 17 del segundo piso despiertos.

—Me parece perfecto, pues requiero hablar con algunos antes de entrevistar a su personal presente.

—Pues mucha suerte y buenas noches.

Al doctor se le escapó una risa que no pasó desapercibida para ninguno de los tres agentes.

—¿Se puede saber de qué se ríe, doctor?

—Verá, detective, la mayoría de los del segundo piso vive en una realidad alterna, no hacen más que repetir, sus delirios argumentativos y sólo saben discutir con base en su interés particular. Ninguno responde a su nombre de pila, sólo al de su personaje y algunos tienen más de un protagonista, ¿pero sabe? Los enfermeros Luis y Ángel tal vez puedan ayudarlo, en estos momentos han de estar en el comedor con Pedro, el guardia, permítame ir a ese gabinete —apuntó a una serie de gavetas tras la barra de la recepción.

—No se moleste, lo haré yo.

—Pero qué desconfianza.

—No lo es, estoy más cerca, ¿cuál es?

—Es el segundo a la derecha. El tercero de arriba abajo.

—No, ese no, uno más arriba, ese es.

—¿Qué hay ahí, Saucedo?

—Una radio, detective.

—Mire señor, los canales dos y tres son para el primer y segundo piso.

—¿Y el primer canal?

—Ese, señor, es para comunicarse con los enfermeros. Tal vez no lo habrá notado, pero en cuanto se salieron sus compañeros con la camilla, el guardia cerró las puertas del pasillo por seguridad, así que con su permiso me retiro señores. Buenas noches.

Lo dijo sinceramente, aunque todos lo tomaron con actitud.

—Hey espere, doctor.

—Déjalo ir, Saucedo.

—Gracias detective, algo más. En cuanto terminen su interrogatorio, por favor permitan a los enfermeros les suministren el medicamento a mis pacientes.

—Lo haré, señor doctor, gracias por cooperar y buenas noches. El doctor abandonó la recepción y fue a dormir a su habitación, en la parte exterior del hospital psiquiátrico, María Misericordiosa.

—Saucedo, la lista, por favor.

—Sí, amigo, toma.

El oficial Saucedo le dio una lista al detective Mendoza que contenía los siguientes datos:

Vico Sarcáz Corpus, doctor en jefe general.

Ernesto Ruiz Mazón, doctor turno vespertino.

Laura Beuman Solís, doctor turno matutino.

Sergio González Ramos, guardia recepción, turno matutino.

Cristina Reyes Ortiz, recepcionista.

Adrián Carmona Turrubiarres, enfermero primer piso, turno matutino.

Minerva Escalante Rodríguez, enfermero segundo piso, turno matutino

Luis Edmundo Loredó González, enfermero primer piso, turno vespertino.

Ángel Monsiváis Robledo, enfermero segundo piso, turno vespertino.

Julián Pérez Hurtado, guardia primer piso, turno matutino.

Pedro Orozco Gatrón, guardia, primer piso, turno vespertino.

Guillermo Izquierdo Pedraza, guardia segundo piso, turno matutino

José Carlos Martínez Salazar, guardia segundo turno, segundo piso.

El detective Mendoza tomó su teléfono móvil, fotografió a la lista y la envió a central para que averiguaran si alguno de los susodichos contaba con antecedentes penales.

—Amigo, toma la radio.

—Gracias, cabrón. Vamos a ver qué pinches nos dice el guardia. Segundo canal, ¿cierto?

—Sí, cierto.

—Bueno, bueno, aquí yo, allá tú, ¿quién es?

—Soy el oficial Mendoza, ¿tú eres Carlos el guardia?

—Sí, señor, soy yo.

—Escúchame, necesito nos abras las puertas y que no hagas preguntas.

—Sí, detective, voy en camino.

—Apurarlo, ok, cambio y fuera.

—Muy bien, canijotes, vamos a interrogar a algunos loquitos tú, ya te la sabes Saucedo, eres perro viejo, pero tú Ricardo, espero te pongas verga. Esto no es práctica, olvídate de la escuela, tengo muchas esperanzas en ti, no quiero que actúes como pendejo, pondrías en peligro tu vida y la nuestra. Mírame a los ojos y dime que estás listo para actuar como hombre.

—Lo estoy, señor.

—No titubees en nada. Chico, golpea antes de que te golpeen, los locos suelen atacar con fuerza desmedida, actúan a veces como animales así que, si hay necesidad de usar tú arma hazlo.

—Estamos, señor.

—Así me gusta, creo que después de todo no eres retrasado, no me decepciones, miren ahí viene aquel pendejo, vamos a hacer preguntas. Ok, señores.

—Sí, cabrón.

—Sí, señor.

Carlos, el guardia, los vio a través de la puerta. Tres hombres altos entre 1:85 y 1:80 m, los tres fornidos, uno como de 50 años, robusto, otro de unos 40 y tantos, más delgado, pero igualmente imponente y el más joven de entre 30 y 35 años, delgado, pero atlético, de rostro sereno y menos agresivo que los otros dos.

9:45 pm. 2 de julio del 2017

Se recibió una llamada al 911 en la Ciudad de México. Reportaba un suicidio, de inmediato la telefonista comunicó a la mujer que decía llamarse Laura Beuman Solís con la oficina de alto impacto.

—Buenas noches, señora Laura

—Buenas noches, ¿con quién me comunico?

—Soy el teniente Lizaldi, ¿cuál es el motivo de su llamada?

—Quería reportar un suicidio.

—¿Me podría dar la dirección?

—Sí, señor, es delegación Azcapotzalco, calle Corregidora, esquina con Tatanacho, número 1250.

—Permítame un segundo, la base de datos nos dice que es una clínica psiquiátrica.

—Así es señor, el suicida es un paciente.

—Bueno, por favor no deje que nadie se le acerque a la zona de deceso, por favor, conserve la calma, alguien sale en camino de inmediato.

—Detective Mendoza.

—¿Sí, teniente Lizaldi?

—Te ha caído el primero de la noche, mira esta es la dirección. Sal disparado. Enseguida te mando apoyo y servicios forenses.

10:30 pm.

El detective Mendoza llegó al edificio, fue recibido por Luis, el enfermero en turno del primer piso y guiado hasta el segundo. A través de los largos pasillos, observó que el lugar no era el mejor para encontrar la salud mental. Atravesó lo que parecía un área común, con un televisor viejo y pudo notar lo que parecía un comedor, pasó por unas oficinas y subió unas escaleras angostas y oscuras. Llegó al segundo piso, y se dirigió hacia a la habitación donde se encontraba el occiso, ahí lo recibió una figura alta y barbada con bata blanca. Se podría decir que era un doctor. El detective no pudo evitar mirar a la mujer a su lado, era verdaderamente hermosa; alta y rubia, por lo menos media 1,75 m., la bata no alcanzaba a disimular su femenina y voluptuosa figura. Ella había realizado la llamada, dejó de prestarle atención a la mujer y escudriñó la habitación. Notó que sólo había un par de cobijas en el rincón del cuarto, que contaba solo con una silla.

No parecía un demente, sólo un hombre muy cansado de trabajar, alguien que descansaba completamente vertical flotando a treinta centímetros de un suelo insalubre y que dormía con dos cobijas en el suelo. La maldita sábana con la que estaba ahorcado, lucía demasiado blanca como para pertenecer a un hombre que dormía en un suelo sucio; el hombre le parecía demasiado bajo para haberse ahorcado el solo de la viga, poniéndose de pie sobre esa silla, alguien debía haber sujetado la silla para que él se parara sobre el respaldo, pero creyó notar que el peso del sujeto en caída de la altura del respaldo como de 1,10 m., hubiera roto esa viga de madera, seca y podrida. Ni siquiera había una explicación para que ese polín estuviera ahí puesto, que no sostenía nada, tal vez en un pasado lejano si hubo un candelabro de verdad y no un ahorcado. Mas pareciera que esa noche aquel cuerpo enfundado en ropa deportiva tipo pants, de aproximadamente 70 años, arrugas, bien comido. No quería o no podía haberse suicidado solo, lo ayudarían uno o más, ¿o podría una sola persona acomodarlo así? ahí? ¿Así de fácil? no era simple.

El Esclavista

—Ángel, ¿quiénes son estos?

—Señor... estos...

—Disculpa, nos presentamos solos. Estos tienen nombre, ¿sabes enfermero?, a partir de ahora nos encargamos nosotros. Dijo el oficial, levantando la voz.

—Sí, detective, solo le pido que me siga en el diálogo, de lo contrario él no hablará con nadie de nada.

—¿Y quiénes lo acompañan?, preguntó el médico.

—Ellos son sus humildes servidores y quieren hacerle preguntas.

—¿Y me dices que son mis servidores?

—Sí, señor, lo son.

—Está bien, déjalos, les daré audiencia. Bien señores, pasen, díganme, ¿quieren discurrir juntos o por separado? ¿Sobre qué vamos a hablar?, pero, primero que nada, ¿quiénes son?

—Yo soy el detective Mendoza, ellos son...

—Shhh, creo que ellos pueden hablar solos.

El detective se molestó profundamente, pero tuvo que asimilar que estaba hablando con una persona demente.

—Yo soy el oficial Saucedo.

—Yo soy el detective Cortez.

—Sí que lo eres, joven Ricardo, no te sorprendas, oí tu nombre desde que venían en el corredor, sabes, estas paredes todo se filtra, pero discúlpame, permíteme presentarme, yo soy Tu Amo, lo sé, lo sé, relájense, que quizá creyeron que nunca me conocerían, que siendo encargado de todo y todos no tendría tiempo para ustedes, pero, ya ven, lo tengo, para mí son importantes, quién sabe en qué momentos sus habilidades únicas y posiblemente desconocidas me sean útiles en un plano superior, pero quizás, también mueran como estrellas y podría hacerlos algo muy pequeño, según su agrado, porque, saben, yo soy: “Quien te Alimenta”, lo sé, lo sé, no me lo agradezcas, lo hago desinteresadamente, sigan trabajando, por favor, lo hacen bien, todos somos la fuerza, sin ustedes soy nada, pero díganme, ¿qué quieren?

—Queremos saber...

—Detente, ¿de veras quieres saber?

—Sí, nece...

—Detente, te lo permito, te daré saber, escucha, que sólo lo haré una vez. No me agrada, pero lo haré, me dicen que “El Esclavista” porque yo soy “Tu Dueño”, pero te permito muchas libertades, siempre y cuando logres demostrar el nivel. Entiende, tú solo te esclavizas, yo sólo te permito saber lo que hay, pero tu capacidad de desear te convierte en un ser insaciable, eres una herramienta y me eres útil, pero tienes la capacidad de decidir qué clase de herramienta quieres ser y en qué modo piensas progresar y qué nivel de esclavo quieres ser, se los digo, pues ahora deseo suban de nivel, me daría vergüenza se enteren que le doy audiencia a cualquiera.

Los oficiales escuchaban azorados hasta que mucho después se detuvo y dijo. —Pero basta de parloteo inútil, quizá no lo entendiste, sé que tienes prisa y debes terminar la tarea que te asigné de descubrir quién mató “El Profeta”. (Era el personaje que Porfirio Llanas Aguilar había construido en su demencia).

—No quieras hablar, escucha —continuaba imperturbable El Esclavista, —juro decir toda la verdad y nada más que la verdad, siempre lo hago, pues sé no tienes la autoridad sobre mí, esclavo, debes saber yo mandé matar al señor Porfirio Llanas Aguilar.

—¿Quién lo colgó, señor? —preguntó el detective como si fuera un confidente.

—Lo colgó el doctor Vico, pero no sé cómo, yo sólo le di la orden de acabar con él. Él eligió el medio. Ahora retírate y arresta ya a mi esclavo por matar a mi otro esclavo, ah y que tengas buena noche. Bye. Adiosito, ¿no entiendes? Adiós, chaito, arrive-derci.

—Vámonos.

—¿Sólo así nada más?

—Sí, detective Cortez. Vámonos.

—Adiós, señores.

Lo dijo acompañado de una sonrisa de burla tímida, que intentaba tapar con su mano derecha, más en su pensamiento sentía lástima por sus esclavos, que seguían órdenes que ignoraban, durante todas sus vidas.

—La habitación cuatro parece no haber dado éxito, amigos, estoy comenzando a creer en el doctor, veamos sí en la sexta tenemos más suerte chicos. Amigo no te quieras volver loco.

—Claro que no, tal vez, muestre un destello asombroso de cordura y nos pueda decir algo importante con respecto a lo sucedido del día de hoy, como si un enfermero discutió con él o si el guardia o ¿por qué no? Este doctor gigante, pudo ser él o más pacientes.

—O tal vez ninguno.

—Ricardo, ¿cómo cuestionas a tu superior?

—Sólo digo que sí pudo ser un suicidio.

—Niño insolente vamos a esa habitación y pondrás atención a lo que diga.

—¿Quién dijo el enfermero que era?

—Amigo, en el registro que hice de inquilinos de esta honorable institución, dice que es María Elena González Torres y ella responde al personaje de “La Chula”.

—Qué mamadas son esas, Saucedo.

—Es lo que recibí, cabrón.

—Bueno, bueno, vamos.

—Mira quién habla como loco.

—Ya estaba.

—Pues a trabajar.

—A trabajar, Ricardo, te toca hablar a ver si muy cabrito.

—Buenas noches, señorita María Elena.

—Buenas noches señores, ¿qué los trae a mi hogar?

—Sabe, hubo un acontecimiento.

—Oh, lo sé, muy desgraciado y desafortunado Ezequiel.

—Dígame, ¿sabe algo?

—La verdad creo que nada relevante, sólo lo que se comenta.

—¿Y qué se comenta? —interpeló Mendoza.

—Oh, cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Saucedo.

—Nada importante, como que discutió con el esclavista.

—¿En serio? — Mendoza hizo acopio de perspicacia desmedida en la mirada.

—Sí, señores, pero es común, también discutía con enfermeros y doctores.

—¿De veras, señorita? — preguntó Ricardo.

—Sí, hombres, también discutía con los guardias y con cualquier otro hombre. Oh, si aún estuviera con vida, él seguro discutiría con ustedes.

—¿Con nosotros? — dijo Saucedo algo escéptico.

—Sí y con cualquiera.

—¿Pero por qué? — cuestionó Ricardo

—Por sus conductas relajadas, sus pensamientos y... por sus miradas lascivas, aunque, a decir verdad, como el resto de los hombres, estoy segura que me deseaba sólo para él, pero yo soy libre como el viento. Así es, discutía por mí con otros hombres.

—¿Sabe que obstruir la justicia es un delito? — comentó Mendoza.

—Oh, no se preocupe, juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sean libres y no se detengan de manifestarme su complacencia en mi presencia, digan verdad de mi belleza, según tengan capacidad, no se detengan.

—En verdad eres bella dama, muy divina superior a todas las mujeres, es un placer contemplarte, me brinda interminable alegría y gozo tu presencia, ante el candor de tu voz soy vela y me derrito, más el deber me obliga a privarme del gozo de disfrutar tu compañía, ¿podrías por favor decirme lo que requiero hermosa ninfa?

—En verdad, señor Mendoza, estoy segura podría ser más elocuente, pero he visto algo de sagacidad a través de su mirada y no queriendo quitarle su tiempo. Le diré lo que sé, sólo porque es mi deber como ciudadana cumplir con la justicia. Esta tarde, del día de hoy, si supiera usted, lo que no sabe y ha de saber. Por principio de cuentas, soy amada en demasía y deseada hasta el exceso. Por ejemplo, el doctor que me argumenta ser el mejor postor, pues parece que según él es el más inteligente, argumento que refuta “El Esclavista”, pues se haría el ser más importante, pero tanto Luis, como Adrián y Ángel, los enfermeros me atosigan diciendo que su amor es el más grande, el más limpio y el más honesto. Yo sé que es mentira, no soy ninguna niña, ni arroz al primer hervor, tengo entendido que quieren mi favor, pero el señor Ezequiel o mejor dicho, “El Profeta”, por los que lo desprecian, porque ha de quedar claro, yo soy su amiga, por ende le llamaba Ezequiel. Pues bueno, escúcheme, decirle que Ezequiel reprimía a mis pretendientes, váyanse a saber por qué, bueno, sí sabemos por qué, me quería para él, pero yo no lo quería a él. Era un hombre ya cansado y muy

celoso, y sabrán ustedes detectives, la carne es débil y como para tener un hombre celoso pues pa' qué, si puedo ser libre en esencia. No piensen mal, pero a mí así es mejor, bueno a lo que voy es que estoy segura. Algunos de mis queridos adoradores o unos de mis amores platónicos, se organizaron para finarlo, estoy segura que lo hicieron para que no me convenciera con sus ideas sobre arrepentimiento.

La mujer seguía hablando sin interrupción. Si son caballeros márchense, no quieran ver llorar a una dama, no quieran quedar a consolarme y aprovechar mi fragilidad, pues sólo conseguirán mi desprecio, largaos de una vez, por favor, salgan, retírense, hombres.

Siguió su monólogo apasionado mientras los investigadores abandonaban la habitación.

—¿Cómo ha visto eso, señor Mendoza?

—Muy mal Ricardo, más a mí, pienso podría ser algo de verdad.

—¿De veras, amigo, verdad en qué?

—Alguien no lo quería por alguna razón, pero me temo me será mejor esperar hasta mañana para la autopsia, tal vez me dé una pista sobre la fuerza y el peso de un posible agresor.

—Mucho me temo que con los locos como testigos nos será difícil aprehender a alguien, amigo.

—Lo sé, Saucedo, pero no me agrada nada la idea de dejar a uno y varios asesinos libres por falta de testigos. Además, mucho me temo que el asesino y partícipes, usaron guantes de látex como los nuestros pues no encontré huellas, pero sí un rastro que nos puede ayudar a resolver el caso, necesitaremos más tiempo de nuestros superiores.

—Difícilmente, tendremos más de cuarenta y ocho horas después de la autopsia para la investigación y el acopio de pruebas. Además, yo estoy en contra de los chivos expiatorios y no podría detener a alguien sin fundamentos, sólo para resolver un caso, tal vez incluso nos obliguen a archivarlo como suicidio, sólo para ahorrar recursos. Por lo pronto salgamos de este lugar y descansemos, espero diseñar una estrategia. Ya con la causa de la muerte, podré encontrar un punto de partida. Vamos a chingar la madre, pues hoy fue inútil. Saber que existe un criminal suelto en verdad me molesta, amigos.

—Igual a nosotros—contestó Saucedo.

—Sí, señor, es de lo más molesto, pero nuestro trabajo es hacer bien las cosas y ellos en su astucia a veces nos burlan, pero estoy seguro que con descanso nos avisparemos y podremos resolver este caso.

—Eso espero, Ricardo, eso espero.

Se retiraron y ya encaminados hacia el primer piso, Carlos los alcanzó corriendo por las escaleras y gritó.

—Esperen, señores, detectives. El doctor Vico me encargó que antes de que se retiraran les diera estas grabaciones.

—¿Qué son?

—La verdad no lo sé, pero como podrá ver incluye una nota que no me atrevo a leer por respeto al doctor y ustedes, sin más, me retiro señores detectives. Tengan buena noche.

—Buenas noches y gracias, señor Carlos.

—Vámonos, señores.

Ya en la planta baja atravesaron el área común ante la vista de los enfermeros, los cuales, parecían no querer hacer contacto visual, no obstante, se despidieron asintiendo con las manos; el detective Mendoza no quiso instigarlos, pues comían plácidamente, así que los tres siguieron directo a la salida, hasta llegar a la esclusa del guardia del primer piso.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, señores.

—¿Señor Pedro, cierto?

—Lo soy, ¿con quién tengo el gusto?

—Detective Mendoza, ¿sabe algo de lo que pasó?

—Ya le dije, al igual que mis compañeros, a su amigo el señor Saucedo, que un día antes de los hechos, el primero de julio, el individuo en cuestión manifestaba que Cristo vendría por todos, haciendo un gran escándalo y alterando al resto de los pacientes, acción por la cual procedimos a someterlo entre yo, el señor Luis y el joven Ángel, quienes son los enfermeros que puede ver por allá.

—Cierto, discúlpeme. Saucedo, bien hecho. Ricardo, a ver si aprendes algo. Señor, disculpe, y muchas gracias, tenga la radio y sus llaves, bueno, las llaves del doctor y dispéñeme, gracias por todo.

—No, de nada, detective. Gracias a ustedes. Yo entiendo que sólo hacen su trabajo y deben ser insistentes.

El señor Pedro los escoltó hasta la salida de la clínica psiquiátrica “María Misericordiosa” y cerró la puerta tras ellos.

Día 3 de julio del 2017. Reportando

Aparente suicidio, esperamos autopsia para determinar posible homicidio.

El día 2 de julio a las 9:45 de la noche, se recibió una llamada, reportando a una persona sin vida en el inmueble marcado con el número 1250 de la calle Corregidora, esquina Tatanacho, delegación Azcapotzalco. Nos trasladamos hasta dicha dirección y como se nos había informado era un centro psiquiátrico, en la fachada exterior se encuentra el número 1250 a plena vista bajo el nombre de la institución “María Misericordiosa”.

Fuimos recibidos por una persona que responde al nombre de Pedro Orozco Guitrón, de oficio guardia de seguridad, encargado de primer piso, quien nos guio hasta el segundo piso, ahí nos presentó con José Carlos Martínez Salazar, guardia encargado del segundo piso, él mismo nos condujo hasta llegar al pasillo “D”, habitación cinco. En ese lugar encontramos al señor Vico Sarcáz Corpus, médico y doctor en jefe de la institución, titulado en psicología, especializado en trastornos psiquiátricos y a la señorita Laura Beuman Solís, psiquiatra y psicóloga, ayudante del doctor, siendo esta la que reconoce haber hecho la llamada. Ya en la habitación se encontraban el cuerpo sin vida, pendido de una sábana, sujeto a una viga, de quien en vida respondiera al nombre de Porfirio Llanas Aguilar, alias “El Profeta”.

Permítame agregar que era una escena muy comprometida, pues se encontraba completamente contaminada. He mandando huellas de: Vico Sarcáz Corpus, Laura Beuman Solís, José Carlos Martínez Salazar, Pedro Orozco Guitrón, Ángel Monsiváis Robledo, Luis Edmundo Loredó González.

Se enviaron al laboratorio huellas y testimonios como evidencia para análisis, comprobación y comparación, asimismo se solicitó orden para recabar testimonios, y huellas dactilares de las siguientes personas:

Serapio González Ramos, Cristina Reyes Ortiz, Julián Pérez Hurtado, Guillermo Izquierdo Pedroza, Adrián Carmona Turru-
biartes, Minerva Escalante Rodríguez, Evaristo Ruiz Mazón.
Son posibles sospechosos y grado de participación en el suici-
dio asistido, incluso habría presunción de homicidio, del antes
mencionado y ahora occiso, Porfirio Llanas Aguilar.
Sin más por el momento, sólo a la espera de la autopsia pa-
ra seguir con la indagatoria; se investigan los antecedentes
penales de todos los posibles implicados. Siendo las 2:50 am.
del día 3 de julio del 2017. Anexo declaraciones de: Vico Sar-
cáz Corpus, Laura Beuman Solís, José Carlos Martínez Salazar,
Pedro Orozco Guitrón, Ángel Monsiváis Robledo, Luis Edmundo
Loredo González.

El Profeta

- Hola, buenos días, señor Porfirio.
—Buenos días, doctor Vico.
—Mira, Porfirio, todos creen que estás loco, yo mismo no sé
qué creer.
—Yo sé que alguien como usted, señor doctor, no puede creer
en nada.
—Exacto, Porfirio, las pruebas son las que hacen que llegue a
ser considerado como una verdad, tú dices muchas cosas, cosas
que espantan a las personas, pareciera que te gusta atormentar
a tus compañeros. Dime, ¿de verdad te gusta molestarlos?
—Claro que no, doctor, yo sólo soy un instrumento de la verdad
y la verdad a nadie le gusta porque todo es mentira y corrup-
ción.
—¿Sabes cómo te dicen?
—Creo haberlos escuchado.
—Bueno te dicen “El Profeta”, dime, ¿eres profeta?
—Tú lo dices, así como dices ser doctor y llamarte Vico.
—Pero dime, ¿eres profeta?, ¿lo eres?
—Yo sólo soy un hombre que busca consuelo del cielo.
—¿Ves? No lo confirmas y tampoco lo niegas. Dime que has
visto, cuéntame tus sueños, tus inquietudes y descubriremos
qué ocurre.

—Está bien doctor, le diré lo que he visto, más no son sueños sino visiones y sé por ellas que me juzgará loco y me menospreciará, me condenará.

—Yo no condeno a nadie, soy médico.

—No se engañe, doctor, todos aman ser juez y verdugo, el hecho de que usted quiera entender completamente el comportamiento humano, no es más que su deseo innato de ser un juzgador. Verás, escucha y permítete creer.

He visto a dos hombres uno feroz y otro astuto; uno sale del lodo y otro de una ciudad de oro; uno piensa que es el final de los tiempos y el otro cree que es el principio; se han encontrado de frente y ambos lucen cansados y confundidos, sus miradas se cruzan y saben que es el fin para uno. Inician una batalla entre fuego y cenizas, el astuto se defiende, pero el feroz actúa. La realidad, como la casualidad, desaparece y es el principio del tiempo. Mas antes, todos eran esclavos felices y capacitados, sirviendo a un mismo y único amo.

—Espera, Porfirio...

—No me interrumpa señor, ¿no me ha dicho que quería oír?

—Sí, es verdad, pero creo que ahora quieres robarte el papel de tu compañero, Seguro Fuentes, alias “El Esclavista”.

—No señor, no es así, mas usted no lo sabe y aún le sirve a él, pero todo esto es para que mi camino siga y yo llegué al más alto nivel.

—Cuéntame más.

—Escuche y preste atención, todos los seres humanos para este tiempo están alcanzando la libertad mental y con ello están perdiendo la conciencia, pues sienten que saben demasiado. El profeta, impidió al médico hablar, que la libertad y conocimiento son para realizar su servicio de oprimirse unos a otros y restringirse. Escucha, —le dijo “El Profeta” al médico— he visto el futuro del hombre y cómo acaba por propia mano y culpan a Dios. En el futuro los hombres y las mujeres son iguales y nadie confía en alguien, todos tienen acceso a la comunicación global, pueden tener a la mano cualquier información, pero no tienen la capacidad de comprender.

“El Profeta” continuaba hablando. —En lo social las familias dependen del Estado y sólo pueden reproducirse aquellos mayores de veinte años, siempre y cuando hayan cumplido con

sus estudios académicos básicos, es decir hayan cumplido su educación universitaria. No obstante, pueden recrearse sexualmente desde los catorce años.

Los que deciden tener hijos —continuaba sin respiro “El Profeta” —deben presentarse a un laboratorio centro, donde les recaban ADN. No pueden escoger el sexo de sus hijos, éste es determinado por el estado en la gran computadora, obra encargada de realizar el logaritmo de la vida, decide el número de hombres y mujeres a nacer cada año.

—No existe el suicidio. —La criminalidad es la más baja de todos los tiempos, pues muy pocos están inconformes. La tasa de homicidios es mínima, pues la ley Vida por Vida se ejerce y es publicada en el horario estelar de la información, y nos haremos mártires a distintas causas, doctor.

—¿Sabes Porfirio?, creo que por hoy terminamos, puedes retirarte.

—Nos vemos, doctor, le deseo buen día y que no tenga culpa jamás de seguir su destino.

Porfirio atravesó la oficina del doctor y cerró la puerta, nunca supo que estaba siendo grabado. El detective Mendoza, quien acababa de escuchar la grabación, se llenó aún más de dudas, tenía que continuar una investigación, casi a ciegas, ¿debería determinar la diferencia entre un suicidio asistido y un homicidio?, ¿cómo dar con los responsables?

Día 2 de julio del 2017

Reporte médico de Porfirio Llanas Aguilar, “El Profeta”.

Sufre de un delirio paranoide, derivado de un fanatismo, mantiene la creencia de que todos somos esclavos y nadie es libre.

Parece ser que el individuo aborrece el tiempo y la sociedad en la que vive y tiene complejo de dictador. Con respecto a su cuerpo, no está claro si ama su forma humana o la detesta, más su labor de suponer ayudar a la sociedad se fundamenta en el hecho de que no tiene hijos, lo hemos escuchado en varias ocasiones y siempre recae en que toda autoridad sirve al mal. Más no puedo dar un diagnóstico exacto, sólo el que desea

abandonar su existencia carnal, lo he puesto bajo observación pues es hombre de recursos, le considero capaz de convencer a alguien débil de voluntad de cualquier cosa. “Mantener sedado”.

Día 3 de julio, 2:45 pm.

El detective acababa de recibir los resultados de la autopsia; el occiso presentaba golpes contundentes en la caja torácica, lesiones en el lado intercostal izquierdo, una costilla rota y su tráquea no mostraba ruptura; Mendoza pensaba que primero había muerto por asfixia y después el cuerpo había sido colgado de la viga. Se dirigió a la clínica por recabar más información.

A las 3:30 llegaba al lugar, lo recibía el señor Serapio González Ramos. De inmediato lo interrogó.

—Señor Serapio González.

—Sí, dígame, ¿con quién tengo el gusto?

—Soy el detective Mendoza.

—Sí, dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Necesito su declaración con respecto a los acontecimientos de ayer.

—No creo tener algo que decir, pues ese individuo, si entiendo, se colgó después de las nueve de la noche y yo me retiré antes.

—¿Sabes, Serapio? Esa es una buena cuartada, pero la autoridad ha determinado la muerte entre las 7:00 pm y las 10:00 de la noche.

—Bueno, a decir verdad, pueden decir misa, pero yo no sé nada.

—¿Sabes? no quiero detenerte por obstruir la justicia, entiende que estás en problemas y yo soy el único que puedo ayudarte.

Así que, por favor, cuéntame lo que sabes.

—Lo que yo sé, dijo pensativo. Era el día de ayer...

—¿Qué día era ayer?

—Está bien, ya entendí. Era ayer el día 2 de julio del 2017, a las 8:30 pm cuando hacía mi recorrido final alrededor de la clínica.

—Espera, ¿no eres tú empleado de recepción?

—Sí, señor, lo soy, pero tengo por obligación dar un recorrido completo a las 9:00 am, que inicia mi turno y a las 8:30 de la

noche, doy un recorrido para terminar mi turno. En este trayecto observo todas las estancias de los pacientes, incluyendo el cuarto de los perdidos.

—¿Cuarto de los perdidos?

—Está en un recinto, aparte de la clínica. Son aquellos que han abandonado la realidad completamente, son inofensivos. Están encerrados todo el tiempo.

—Dime, ¿son violentos?

—No, para nada. Están todo el tiempo completamente sedados. Son individuos sin familia y hacen la parte que nos corresponde de servicio social. Son los que mantienen este sitio, por ellos nos apoya el gobierno.

—¿Y a qué hora hiciste tú recorrido?

—A las 8:30.

—¿Y lo terminaste?

—A las 8:45 de la noche.

—Tu recorrido es de quince minutos.

—Sí, señor.

—¿Notaste algo extraño o viste a alguien sospechoso?

—No, señor.

—Dime, ¿juras haber visto con vida al señor Porfirio Llanas Aguilar?

—Sí, señor, lo juro, ¿algo más?

—Sí, dígame, señor Serapio, ¿sabe de algún conflicto entre Porfirio y otro de sus compañeros?

—No, señor.

—Señor Serapio.

—Sí dígame detective.

—Solo espero toda su cooperación para con mis compañeros.

— ¿Cuáles, señor?

—Los detectives Saucedo y Cortez. Llegan en unos cuantos minutos y le tomarán su declaración.

Hubo una intromisión de voz suave y delicada.

—Pero para eso necesita usted una orden — argumentó una mujer.

—Supongo que usted es Cristina Reyes — dijo el detective.

—Sí lo soy señor detective.

—Pues bien, en cuanto a la orden no se preocupe, mis compañeros la traerán y ¿sabe señora? su intervención amenaza mi

trabajo, pues me es necesario decirle que a usted también la requerimos judicialmente y esperamos su total y entera disposición en cuanto a cooperar con la investigación.

—Eso es un atropello, yo ni si quisiera estaba y no tengo contacto con ningún paciente.

—Quien nada debe, nada teme señora ¿quién le ha dicho que hay que estar para oír y contactar para saber?

La acritud se apoderó de su rostro de mujer

—Eso me pasa por solidaria.

—Tranquila Cristina, tú solo di la verdad. No te preocupes por nada — murmuró Serapio.

—Sí señora hágale caso a su compañero.

—Ya qué. (Chingada madre) — pensó Cristina.

—Por mi parte no se preocupen, no busco quién pague el pato, más que el verdadero responsable.

El detective le prohibió a Serapio comunicarse por radio con el Doctor Corpus y el resto de sus compañeros. Le recogió sus llaves y se introdujo en las entrañas del hospital psiquiátrico. Caminó hasta la puerta de seguridad, mostró su placa a través del cristal y él mismo abrió la puerta antes de que el guardia saliera de su excusa. Atravesó la puerta.

—Buenos días señor oficial.

—Detective Mendoza por favor, supongo que tú eres Julián Pérez Hurtado.

—Sí señor ¿por qué? —contestó con un gran nerviosismo.

—Dime qué sabes acerca de lo sucedido ayer por la noche.

—Solo lo que se escucha.

— ¿Y qué has escuchado? —Mendoza lo observó de forma hostil, para saber si titubeaba.

—Que se ahorcó un individuo en el segundo piso.

— ¿Solo eso?

— Sí señor, yo aquí a esas personas no las trato, solo me encargo de cuidar que nadie atravesase esta puerta hacia el exterior.

—No los tratas en nada.

—No señor. Ni siquiera a los del primer piso. Me da mucha tristeza mirarlos aun de lejos, como para querer saber algo de ellos.

Mendoza conjeturó y contextuó — A ver, Julián, eso no es malo.

—No lo es detective.

—Claro que no, de hecho, te vuelve una persona consciente.
Dime ¿eres una persona consciente?

—Intento serlo.

—Entonces has consciencia y piensa en tu declaración, porque en unos minutos vendrán mis compañeros por ella. Con su permiso y que tenga bien día.

El detective deambuló unos momentos en el primer piso. Observaba las áreas comunes, oía cuchichear a los viandantes. Eran ocho personas con evidentes padecimientos mentales, en tres grupos. Dos de tres, uno de dos. Andaban en sus direcciones, sin que pareciera importarles algo, fue cuando escuchó unos pasos, suaves como un andar en pantuflas y volteó muy rápido. Alcanzó a reconocer la figura de la doctora Beuman y se tranquilizó.

—Buenos días doctora Beuman ¿sabe? no debería acercarse a nadie por la espalda sin hablarle antes.

—Lo tendré en cuenta, pero dudo que todo el que escuche pasos sienta temor.

—Si eso fuera verdad señorita... no tendría personas escuchando voces en este lugar, pero fuera de eso volteo pensando ver al doctor Vico.

—¿Qué acaso mis pasos son tan pesados?

—No pero el doctor podría ser de pies ligeros.

La observó detenida y disimuladamente, pero solo se le ocurrió decir — es que un poco de ejercicio no le cae mal a nadie.

—¿Me está diciendo gorda?

—Claro que no, pero la salud es importante.

—Sí, lo es ¿verdad?

—Sí doctora ¿sabe qué más es verdad?

—¿Qué detective?

—Tres cosas, tenemos un homicidio, el doctor Vico y usted son los principales sospechosos y desgraciadamente no vine a socializar.

—Qué grosero es detective Mendoza.

—Lo sé señorita. Discúlpeme, pero hay tiempo para ser cortés y, desgraciadamente para mí, es tiempo de investigar, además debo ser objetivo. Así que... para serle franco su hermosa presencia me distrae.

La doctora Beuman se sonrojó y, en cuanto quiso usar la voz, el

detective se había separado unos pasos. Ella dejó de prestarle atención a su espalda y se dirigió a su oficina. Él volteó y capturó su perfume, pero no se podía perder en la fragancia debido a que tenía mucho por hacer. Quiso desviarse en dirección de la médica, más siguió de largo por la derecha. Se perdió en el recuerdo de sus ojos y tuvo que abandonar su letargo al acercarse al pasillo marcado con la letra “A”.

El detective caminaba por el pasillo. Se había asomado a las primeras tres estancias y estaban vacías. La cuarta tenía una mujer, la quinta un hombre mayor, la sexta uno de unos treinta, la séptima una joven hermosa, en la octava se veía una anciana y con ella el enfermero. El detective se acercó a la puerta y tras el cristal mostró su placa.

La anciana lo vio. El enfermero estaba de espaldas.

—Señora ya no se mueva tengo que vendarle bien su pie o no podrá andar.

—Ya déjame hijito.

—Doña Ágata no soy su hijo, acuérdesese.

—Lo sé hijito, por eso hablé a la policía, porque me pegas.

—Señora qué pasó con sus visiones del futuro, creí que era divina. Ahora resulta que ve gente.

Ágata sabía que era momento de hacerlo caer.

—¡Auxilio, auxilio, déjame por favor!

—¡Ya cállate vieja loca!

Aquel hombre ya molesto se paró bruscamente y alzó su mano. Antes de que pudiera hacer algo el detective golpeó la puerta forzándolo a voltear.

—Te dije que venían por ti hijito.

El enfermero no pudo más que tragar saliva.

—¡Hey tú, abre la puerta de inmediato! —urgió el detective y el joven enfermo se quedó inmóvil por un instante —sal de la habitación pacíficamente.

—Creo que deberías hacer caso a la autoridad hijito, no seas estúpido.

—Eres una perra anciana.

—Y tú un imbécil —contestó Ágata.

—Salga tranquilamente, ahora mismo. — Dijo el detective alzando la voz. El enfermero se dirigió a la puerta y salió de la habitación.

—Cierra la puerta y da dos pasos atrás, obedece.
—Espere, señor, es un mal entendido.
—¿Te gusta golpear ancianas? no parece algo que se pueda entender bien muchacho.
—No es lo que parece señor. — El enfermero alcanzó a ver la sobaquera y sintió temor.
—Al suelo, manos a la nuca... ¡de rodillas no tonto! rostro al suelo, piernas separadas, manos a la nuca y no te muevas. Después de esposarlo sacó su celular, marcó en automático.
—Qué pasó compa. —Aquí nomás Saucedo ¿qué te parece? venía a investigar y ya tengo un detenido.
—¿Dónde estás?
—Estoy en pasillo del ala derecha ¿y tú?
—Estoy con Ricardo, tomando la declaración de Cristina Reyes Ortiz.
—Que se quede solo y déjate caer, solicito apoyo. Este individuo va para los separos.
—Voy en camino.
Ambos colgaron.
—No puede hacerme esto.
—Tiene derecho a guardar silencio.
—Suélteme por favor... cabrón ¿cuánto quieres?
—Todo lo que diga puede ser usado en su contra.
—Chinga tu madre.
El detective lo golpeó en la boca, este sangró, luego le pateó las costillas y lo levantó.
—Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar uno el estado se lo proporcionará.
Apareció Saucedo corriendo, vio una actuación controlada y se acercó caminando.
—Qué hizo este bato, compa.
—Le gusta golpear loquitos.
—No me parece algo grave.
—Mira, ve bien a la anciana detrás de ese cristal.
—Sí ¿y?
— ¿Te atreverías a golpearla Saucedo?
—Aaaaa... pasadito de verga compa. Yo me encargo, sigue con lo tuyo.
—Esto es un abuso—, replicó el enfermero Adrián.

—Cállate pendejo—, Saucedo lo golpeó en la boca del estómago. El ruido y el movimiento se incrementaron en el pasillo, los pacientes que andaban sueltos se amontonaron obstruyéndolo, todos miraban con gran atención. Al notar la concurrencia que parecía crecer a cada instante, se alarmaron la doctora Beuman y el doctor Vico, quiénes salieron corriendo de sus oficinas en dirección al pasillo.

El bullicio llegó a escucharse en el segundo piso y el guardia se alarmó también. Bajó rápido las escaleras, se abrió paso entre los internos de la clínica psiquiátrica con el fin de saber por qué el escándalo. Pudo observar al oficial Saucedo avanzando con el enfermero Adrián ya sometido.

—Qué está pasando— preguntó el doctor Vico que también se había abierto paso.

—Me llevo a este sujeto detenido doctor.

—Pasemos a mi oficina por favor.

—No se puede doctor debemos cumplir con nuestro deber—, contestó Mendoza.

Se escucharon voces provenientes de los pacientes, poniendo de manifiesto que eran maltratados.

Se escuchaban gritos diciendo, _él nos pega, nos grita, ¡sí!, ¡sí!, me quita mis pastillas, a mí me las cambia por dulces y cigarros.

—Qué tiene que decir a eso doctor — habló Mendoza.

La enfermera Minerva, también bajó del segundo piso y comenzó a dispersar a los agitadores, quienes, como niños comenzaban a gritar: ¡pelea, pelea, pelea!

El doctor Vico quería solucionar el problema.

—Pasemos a mi oficina oficiales, debe ser un mal entendido, no puede arrestar a alguien por las palabras de una persona con padecimientos psiquiátricos. ¿Quién le va a creer a sus declaraciones? todo el personal aquí es altamente capacitado, además de que son personas de nobles sentimientos.

—Señorita Beuman ciertamente tanto usted como el doctor son ciegos ante situaciones, que lamentablemente parecen cotidianas. Solo espero no descubrir que se hacen de la vista gorda.

—¿Y qué con éste, detective? —interrumpió Saucedo.

—Seguimos en lo ya dicho, llévatelo Saucedo, el apoyo viene en camino, entrégalo y vuelve, te quiero conmigo.

- Está bien —respondió Saucedo.
- Espere, venga.
- Espere mangos, doctor, usted se muestra muy preocupado, tal vez quiera acompañarlo.
- Hablemos a solas detective Mendoza.
- Claro, después de que entrevistaste a su enfermera.
- Pero ella está muy ocupada junto con la doctora, restableciendo el orden.
- Entonces, debería ayudarle a la doctora en lo que hablo con su empleada, o acaso tiene algo que ocultar.
- Por supuesto que no, es usted un cazador de brujas detective.
- No doctor, en eso se equivoca, el sistema será inquisidor, pero yo soy un hombre de principios.

La otra cárcel

El detective Ernesto Mendoza era un hombre serio y capacitado. Tuvo una infancia difícil junto con su hermano, crecieron en un matriarcado estricto. La ausencia de su padre lo marcó al grado que odió todo y a todos. No quiso saber nada de él por un buen tiempo. Su madre les contó que los había abandonado, que las cosas entre ellos no habían funcionado y se había acabado el amor.

Fue hasta que él cumplió 16 años cuando supo dónde estaba su padre, pero poco le importó. No obstante, a los 19 se decidió a visitarlo en el centro penitenciario donde supo que estaba interno. Después de 17 años sin verlo no le conmovió ver las lágrimas de su padre, era un completo desconocido. Intercambiaron un par de impresiones, para después hablar de lo que sucedió 17 años atrás y el modo en el que había subsistido dentro de la prisión.

Le dijo: —Quiero poder convivir contigo y con tu hermana. Quiero que me conozcan, que sepan quién soy en verdad y no intento convencerte de cosas que no sabes, pero si tú quieres puedes creer que todo ha sido mentira. Quisiera que volvieras a visitarme junto con tu hermana y decirles todo lo importante que necesitan saber. Mira lo que tengo...— sacó una caja de zapatos llena de libretas. — ¿Sabes José?

—Dime Ernesto por favor.

—Perdón, para mí desde que naciste eras Josecito y para tu madre también, pero cuando pasó de lo que me acusan, ella odió hasta mi nombre.

—No hables de mamá.

—Lo siento, es solo que, aunque no te importe y no lo creas... aun los amo, siempre los quise a ti, a tu hermana y a tu madre. Eran, son y serán siempre mis tres amores.

—Ahora sé que no nos abandonaste ¿y si tanto nos amabas, por qué actuaste de ese modo?

—Yo no fui y no espero que me creas, aunque si quisiera... más escucha: soy una persona que no se preocupa y siempre se ocupa; en estas libretas está mi investigación y todo en lo que recae mi estudio.

El joven Ernesto lo miró con lejanía, escuchaba sus palabras como murmullos, mezclados con los ruidos de la cárcel, rejas que abrían y cerraban. Gritos. Mientras, el padre hablaba del contenido de las libretas, sus años de estudio filosófico hasta que Ernesto dio la vuelta para no verlo más.

No quiso voltear y verlo. Quería que este le viera un andar en suficiencia y no su rostro conteniendo el llanto.

Vuelta al presente

—¿Qué te ha dicho esa muchacha? —preguntó Ricardo.

—La enfermera me contó que el occiso tenía una amiga aquí Mendoza.

—Cuéntame ¿tú crees que los locos sean cariñosos?

—Yo pienso que tal vez.

—Un tal vez es lo que nos mueve Mendoza, Saucedo ha de estar entregando ahora al enfermero y nuestros compañeros de seguro viendo qué más le achacan.

—Lo sé amigo, es una lástima. Pero el enfermerito es un desgraciado. ¿Sabes? Lo que más lástima me da es que posiblemente alcance una fianza.

—Sí, quizá tengas razón pero, aunque no descubramos al homicida seguro clausuramos este lugar.

—Asesino, Ricardo.

—Homicida, asesino, da igual. Hay un muerto, muchos sospechosos y ninguna pista.

El detective dejó de escuchar la radio y se hundió en sus cavilaciones, no lograba determinar quién o quienes le habrían quitado la vida al desgraciado Porfirio.

Todos lucían tan sospechosamente inocentes, además de los dementes, pensaba, a ninguno le incomodaba la presencia de los agentes, es más, parecía causarles gozo. Se sentía como el niño del balón, con un puño tras de él, listos para armar la reta. Como cuando los niños quieren demostrar quién tenía más habilidad en su terreno y compartir su experiencia y él decidía seguirles el juego.

Así llegó a la habitación de Luz Elena Camarillo, alias “Frida”, con la intención de seguir el juego. Le indicó a Ricardo que esperara afuera e ingresó, cerrando la puerta.

—Hola mujer, buenas tardes.

—Buenas tardes hombre, qué se le ofrece.

Él analizaba con la mirada a detalle la habitación.

—No mucho, no quiero ser inoportuno, solo unas preguntas. Ella lo ignoró tranquilamente.

—Pues vaya que es inoportuno ¿no podría volver en otro momento?

Rodeaba como león el cuarto, sin saber qué buscar.

—No puedo, además quiero estar aquí.

Ella le dirigió un poco de atención y preguntó cándidamente.

—¿Y por qué desea estar aquí señor? Si se puede saber...

—Ah, la verdad requiero hacerle unas preguntas.

—Lo lamento la verdad no doy entrevistas.

—No es una entrevista.

Ella llevó una mano a su cintura y la otra a la frente.

—Tampoco doy confidencias, ni hablo de mis obras que son mi pasión y siento que hablar sobre ellas las convertirá en trabajo y eso señor me restaría esencia.

La escaneó de pies a cabeza, ella parecía no notarlo. Buscó sus ojos, hizo contacto con su mirada y dio un paso hacia ella.

—¿Y si le pregunto sobre su amistad?

—No lo sé hombre —se llevó la mano al mentón y extendió su índice hasta la boca —hablaré con usted, solo no sea majadero.

- No lo soy. Seré un caballero, pues usted es una dama.
- Me agrada oírlo de usted, no tengo muchos amigos, pero los que tengo son todos caballeros — llevó su mano izquierda a su boca, disimulando una sonrisa. Con la derecha hizo un ademán de basta, como adolescente que se acalora.
- Y son galantes “Frida”.
- Señor, disculpe... ¿cómo me dijo que se llama?
- Mil disculpas, no se lo he dicho. Yo soy Ernesto Mendoza. Soy gran admirador de sus bellas representaciones artísticas. “Frida” comenzó a moverse como declamadora.
- Son simples dibujos. Solo manifestaciones de mi yo, desahogos, intentos de sacar el sentimiento y hacerlo libre. Ninguno me satisface.
- El detective parecía cautivado en las imágenes de ella y captu-
raba sus formas en movimiento para un recuerdo eterno.
- Todos son hermosos y me atraen, me fuerzan a recorrerlos completamente con la mirada, así como usted.
- Llevó sus manos a la cintura, inclinó ligeramente su cuerpo, su rostro y su voz se hicieron serios.
- Nada de galanterías. Señor Mendoza: dígame ¿es un apasionado del arte? —El detective contestó mientras analizaba el cuarto. —Sí lo soy.
- Ella tomó una actitud dramática.
- Fantástico, maravilloso, estupendo. Sabe, aquí hay muchos fanáticos de lo bello, pero apasionados del arte pocos, porque el arte a veces es horriblemente triste, pero ¿sabe algo sobre las cosas tristes?
- Él caminaba tras de ella, en ocasiones sus ojos se cruzaban y miraban uno al otro como si fueran niños y la habitación parecía hacerse enorme en la distancia.
- Sí señora, son la fuerza que ayuda a la superación cuando se quiere.
- Ella se detuvo y lo miró de pies a cabeza, lo juzgó como un hombre astuto y a la vez cansado, luego habló.
- Interesante, ha de ser saber que las cosas tristes dan una postal nostálgica a la realidad que queremos olvidar.
- Él quería acercarse a ella, pero se contuvo a una distancia prudente.
- Dígame “Frida” ¿hay algo que quiera olvidar?



Galo

Ca Mosa.

24 Agosto 2016

—Hay mucho que quiero superar, pero entre todo lo malo hoy lo bueno es que encontré un amigo.

—Me complace saberme su amigo mujer, pero dígame ¿por qué reprime su sentir?

Con la mano derecha echó hacia atrás su largo y hermoso cabello y la izquierda la llevó al centro de su pecho.

—No me lo tome a mal, pero no soy muy buena sufriendo, a menos que sea pintando. Sé que murió, para mí una desgracia, para el mundo una gran tragedia. Pero qué se le va a hacer. Esta tierra un día ha de tragarnos a todos.

El detective sabía que este era su punto de entrada.

—¿Quién murió “Frida”? ¿Te duele? Cuéntame.

—Un amigo, es de las cosas que prefiero no recordar.

—Te entiendo, es muy difícil perder a un amigo de verdad.

Ella sollozó, en un segundo se confortó y habló muy serenamente.

—Qué se le va a hacer, después de todo el cuerpo no es más que una burbuja y la vida un soplo.

—¡Wuuuuau! ¿sabe, mujer, amiga? la escucho y pierdo el habla, la veo y pierdo el aliento, perdone si sueno galante pero cerca de usted es difícil contener la emoción y guardar el sentimiento.

—No se disculpe que el habla nos vuelve humanos y su práctica nos capacita, además me recuerda al que se fue. ¿Sabe? mi amigo “El Profeta” sostenía que en el pensamiento todos somos distintos, pero en el sentir nos hacemos iguales.

—¿“El Profeta”?

—Así le decíamos. Era un hombre muy simpático y demasiado sincero para cuando había que hablar de faltas morales y faltas de conductas. Aun así a todos les gustaba ser ayudados por él. Él quería traer conciencia al mundo. Su oficio sí que era difícil. Pero dígame, a qué se dedica usted, señor Ernesto.

—Soy detective...

—Oh.... y su compañero, el que está afuera de mi cuarto. también es detective.

—Sí “Frida”.

—Y ¿de qué se me acusa?

—De nada, si se pudiera, la denunciaría por ser una excelente amiga — ella se sonrojó un poco, como a una niña a la que le dicen que es bonita y no lo cree.

—¿Entonces qué investiga?

—La muerte de Porfirio.

—¿Quién es Porfirio?

—Su amigo, “El Profeta”, mujer.

—Usted tampoco cree que se suicidó.

—No, no lo creo. Al menos no pudo hacerlo solo ¿sabe si tenía enemigos?

La atmosfera se volvió muy pesada y ella miraba en todas las direcciones como si las paredes tuvieran oídos y contestó

—Enemigos no, rivales confundidos sí.

Él le siguió el juego y en un susurro le preguntó — ¿De quiénes sospecha “Frida”? es muy importante, se ha cometido un crimen contra su amigo y el responsable debe pagar.

El silencio se hizo sepulcral, “Frida” se acercó al detective, tanto que olía su ser. Él hubiese querido juntar su cuerpo al de ella, le habló al oído.

—Escúcheme, no se mueva. Le diré lo que sé —parecía llena de terror.

—El tema de conflicto es con Pedro, Carlos, Julia, Ángel, Luis, Adrián... ah y Vico. También “El Esclavista”, éste, cómo le dicen... con Mazón, Guillermo y “El Capitán”... casi se me olvidaba.

Se quedó atónito y habló.

—¿Por qué tantos?

—Por “La Chula” detective, captaba mucho su atención.

—¿“La Chula”?

—Sí hombre, la conoces.

—No, pero la entrevisté ayer.

—Ella lo empujó por los hombros, le dio la espalda y comenzó a declamar como energúmena.

—Es una ego maniaca, siente que es la luz del mundo, el motor del cielo, la luna de noche, la estrella de la mañana, la brisa del desierto, el calor del invierno, la musa de todos los tiempos, pero ¿sabes qué?

El detective se sintió tímido para contestar, aun así lo hizo debido a que no quería verla explotar en llanto.

—¿Qué? “Frida” continuó con más fuerza. —Ella es nada, a mí no me inspira. Musa no ha de ser, la musa del diablo ha de ser. Uuuy... discúlpeme, pero usted sabe, el sentimiento.

—Sí lo entiendo y espero que comprenda que disfruto mucho de su compañía, que nadie ameniza un momento como usted, que quiero la oportunidad de volverla a ver.

Ella quiso hablar, pero el detective alzó la mano en un ademán políticamente afable, buscando el silencio.

—Eres de verdad admirable y me agradas en tus palabras, te admiro en tus obras, aun así, el sentimiento del deber me obliga a terminar la charla.

Se miraron como niños, se estrecharon las manos y sonrieron, se dijeron adiós con palabras, luego con señas. El detective salió de la habitación cerrando la puerta.

—Qué bien Mendoza, te gustan las loquitas, perro viejo.

—Cállate Ricardo, sé objetivo y prudente. Recuerda que aun soy tu superior, además esa actitud que mencionas parece ser una tendencia normal en este hospital.

—No manches, abusan de las loquitas, hijos de perra.

—Shh, escucha bien Cortez, en esta vida y en este trabajo es muy importante saber ver, oír y callar ¿entendido? — Ricardo se puso serio.

—Entendido detective Mendoza.

—Ya de a niño regañado hasta pareces de verdad, güey.

—Hora cabrón no me despeines. Le dijo a su superior.

—Pues no te pongas nena.

—¿No me acabas de decir que sea serio?

—Qué bueno que entiendes cabrón, sabes si somos amigos, pero no podemos ser nosotros mismos. En nuestro trabajo hay que ser serios y cuadrados, aunque no sea divertido y no sea algo cool.

—Ahora qué vamos a hacer. — dijo Ricardo.

—Iremos con el doctor Vico a que nos diga dónde encontrar a un cabrón que le dicen “El Capitán”.

Mientras buscaba al doctor recorrieron la mayor parte de la clínica. El detective vió a Saucedo a la distancia, de seguro el agresor ahora estaba en el ministerio público; Saucedo disfrutaba una agradable charla con tres caballeros. Procedió a interrumpirlo.

—Detective Saucedo.

Éste buscó la dirección de la voz sin éxito.

—Detective Saucedo.

Lo ubicó visualmente y sus ojos alcanzaron el contacto suficiente para transmitir la intención, así que él se despidió de los señores y se acercó a su superior de inmediato.

—Qué procede detective.

—No mucho Saucedo, solo dame tu reporte.

—Mira, mira...

Respecto al enfermero Adrián Carmona Turrubiartes, detenido en fragancia, ejerciendo agresión física y verbal contra María Flor Fuentes González:

Se dicta detención por 72 horas por su probable participación en el delito de violencia contra personas vulneradas por su estado mental, en espera de orden de aprehensión.

El detective de alto impacto José Ernesto Mendoza Derecho, corrobora el arresto por agresión; el cual refiere estar realizando una investigación por homicidio en la clínica Psiquiátrica María Misericordiosa, escuchó gritos de auxilio desesperados que parecían provenir de una anciana, a lo cual él corrió por el pasillo hasta llegar a un cuarto marcado con el número ocho; donde encontró al ahora detenido; Adrián Carmona Turrubiartes, agrediendo física y verbalmente a quien pareciera una mujer de unos 70 años. La cual, siendo paciente de la clínica y estando al cuidado de la institución, refiere ser la víctima constante de maltrato por parte del personal médico y administrativo de la misma. Por tanto se abre carpeta de investigación con el número 413-2017-C a cargo del oficial Héctor Saucedo. Siendo las 03:45 pm del día 03 de julio del 2017, se gira oficio contra el doctor Vico Sarcáz Corpus por la presunción de mal manejo del personal a su cargo dentro de la clínica Psiquiátrica María Misericordiosa, más lo que resulte de los hechos señalados en esta investigación.

—Amén — le dijo Ricardo con toda la devoción que se permite un verdadero creyente de la justicia.

—Amén. Cambiando de tema, de qué hablabas con esos hombres, Saucedo.

—Ellos me comentaban que algunos de los enfermeros les quitan sus pastillas; también dicen ser golpeados, además se quejan de que les gritan mucho, no identifican al agresor por temor, pero su queja general es que les quitan su medicamento.

—Ricardo respondió con malicia.

- No están tan locos después de todo — dijo Mendoza.
- Estamos más locos nosotros que soportamos la presión de vivir en la realidad, acentuó Saucedo.
- Ni quién lo dude amigos — Mendoza retomó el mando. — Hey mírenme, ahora que estamos juntos hagámonos fuertes y localicemos al doctor Vico.
- Haberlo dicho antes amigo, eso es facilísimo. Hey tú! ven amigo, ven.
- ¿Quién es ese Saucedo?
- Los otros locos le dicen “Perro”. Sabe dónde van todos y lo que hacen. ¡Ven! Hey “Perro”.
- Sí, sí —respondió “Perro”.
- Dime algo por favor.
- ¿Qué?
- Ricardo observaba y no pudo evitar hablar. —Wuau! sí parece perro.
- ¿De qué habíamos hablado Ricardo? — Saucedo notó que “Perro” quería apartarse. —Ya basta señores, me lo chivean. No hagas caso “Perro”, quita esa cara triste, eso, así así, así amigo. Te tengo una misión.
- ¿Cuál, cuál?
- Quiero que me lleves a donde el doctor Vico.
- Sí, sí.
- Hey esperen... ¿a dónde van con ese paciente? —se escuchó una voz femenina.
- Ricardo, Saucedo, “Perro”, cumplan con su misión, yo me encargo de ella.
- Sí, sí, misión. ¡Wuauuf!
- ¡Hey! ¡A dónde van! ¡Detenlos!
- No señorita Minerva, deténgase usted.
- Y yo por qué si estoy haciendo mi trabajo.
- Y yo el mío joven enfermera, así que hágase un favor y escúcheme.
- El nerviosismo se apoderó de ella. — Pero es que...
- Pero es que nada, toda la clínica está bajo averiguación por irregularidades y en este momento te llegó la oportunidad de deslindarte de responsabilidad. Así que, si eres un poco inteligente, haz uso de tu facultad y sálvate. Convéncete y haz lo correcto, habla.

- ¿Estoy detenida?
- No, por qué habrías de estarlo.
- Entonces dígame por qué debería hablar.
- ¿Sabes? Callar no es un delito ni pecado, al menos que sea para encubrir la injusticia y este sitio parece lleno de injusticia.
- No creo que haya sitio en el mundo donde ésta no se encuentre detective.
- En eso estoy de acuerdo, más quiero que sepas que los internos o pacientes como tú los llamas se han quejado mucho. En sí eso no te agravia ni a ti ni a Cristina, ni a la doctora Beuman. Todas las acusaciones se dirigen contra el personal masculino. Especialmente las de las mujeres. Recuerda, hace un rato detuvimos a tu compañero Adrián. Yo te recomiendo hablar antes de que él haga que se giren órdenes de aprensión contra todos. No seas ingenua y utiliza la oportunidad, deshazte de la responsabilidad y no cargues con la culpa. ¿Sabes? Trabajos hay de sobra, pero libertad siempre falta. Además, no pareces una persona que desee sufrir de abusos y encierro.
- ¿Me está amenazando?
- No señorita.
- Pues pareciera que sí, además yo no tengo nada que decir pues no he cometido ninguna irregularidad y ni he maltratado a ningún paciente; además, nunca he visto ni participado o encubierto a ninguno de mis compañeros.

Una vuelta por los separos

- Ahora sí vas a abrir la mamadora.
- ¿De qué?
- Contestón hijo de tu perra madre, pinche golpea viejitas.
- No oficial eso fue un mal entendido.
- Mal entendido vergas, no le saques putito.
- No le saco, no he hecho nada.
- Ah ¿estás diciendo que el detective es un mentiroso?
- No, no, yo no he dicho nada.
- Tienes razón cabrón, no has dicho nada, pero algo hiciste.
- No, no, no he hecho nada.

—No llores pendejo ya te pusieron todas las rucas en el manicomio.

—¿De qué? — contestó desesperadamente Adrián mientras recibía lo que los policías llamaban unas buenas guajoloterías.

—¿Sabes para quién son los golpes?

—No yo no sé nada — contestó llorando amargamente.

—Los golpes son para los pendejos. Sé listo y cuéntame por qué lo mataste.

—¿A quién?

— A Porfirio imbécil.

—Yo no lo maté. — Sufrió unos pisotones en sus pies desnudos.

—¡Aaay!

—Cállate pinche puto.

Alguien más entró en la habitación, era otro oficial mucho más alto y fornido, pero cortado con la misma tijera. Intercambiaron unas palabras que no pude oír, después se acercaron a mí.

—Entonces qué pasa pareja.

—No mucho, este pinche puto que no quiere decirnos por qué mató al loco — el nuevo se dirigió hacia a mí.

—¿Por qué no quieres hablar güey? Mira nomás cómo estás, dime quién te puteó.

—Sus compañeros.

—Ah pinche panochón. —otro de sus compañeros se acercó y le propinó un cachetadón de padraastro.

—Aquí nadie te pegó pendejo, habla ¿por qué mataste al loco?

—Yo no lo maté.

—Ya cuéntanos, no lo hagas enojar.

—No, sí ya me enojé compa, ahorita vengo por una botella de agua.

Quería hablar, pero no sabía qué decir. El miedo me dominaba, pero no estaba dispuesto a aceptar que había cometido algún delito. Solo escuchaba.

—Sí ve, yo te lo cuido. ¿Qué pedo contigo cabrón, por qué no quieres hablar? Mírame a los ojos, ponme atención. Ese cabrón de mi compa acaba de ir por su guía de investigación, mejor dile la neta güey ¿si no por qué te traen? Háblame pendejo.

—Dicen que le grité y le pegué a una anciana, pero solo fue un mal entendido y ahora me quieren echar al muertito.

—Y qué pues ya en confianza canijote ¿si lo mataste?

—No yo nunca he matado a nadie.
—Pero ¿si golpeas viejitas?
—No, yo no le pegué, solo le grité ¿sabe? Las personas que habitan otras realidades en ocasiones suelen ser muy molestas.
—Y que más.
—Pues el detective me miró gritándole a la viejita y le levanté la mano para hacer énfasis, pero no le pegué.
—Aaaaa, está chido güey y a los demás pacientes qué les has hecho.
—Nada oficial, nada, yo solo hago mi trabajo.
—Y cómo te tratas güey.
—No le entiendo oficial.
—No te hagas pendejo... ¿qué te metes aparte de los dedos?
—Yo nada soy sano, hago ejercicio.
—Y por eso te sientes con fuerza para aprovecharte de los demás. Escuché que se abrió la puerta, luego escuché pasos, después vi al otro oficial con una pequeña maleta y una actitud más mamona en su mirada.
—¿Qué?, ¿ya la abrió por fin el pendejo?, ¿ha dicho algo?
—Se amarra el güey, dice que él no hizo nada.
—Ahora resulta que eres una blanca paloma.
Se acercó de nuevo a mí.
—Háblate “Perro”.
—Yo no hice nada.
—Ya estuvo pendejo, sí fuiste se te ve a leguas, pero no hay pedo conmigo todos confiesan.
—Ya vez, te dije que no lo hicieras enojar Adrián.
—No, no estoy enojado pareja, míralo nomás pobrecito, dime Adrián ¿tienes sed?
—No Señor.
—Sí tienes sed pendejo mira te traje un agua mineral.
—¿Qué compa, le vas a dar agua? Hay pinche “Perro” consentido. Vez cabrón, como se te quiere, ni en tu casa.
—Sí pareja, si me preocupó por él. Estoy seguro que con el susto y la confusión hasta ha de tener agruras, por eso le traje su agua para que sienta el cariño.
—No, me haga ya nada.
— Entonces habla.
—Pero si yo no hice nada.

Con sarcasmo Adrián comentó: Como el individuo se mostraba demasiado renuente con respecto a cooperar, me vi obligado a ejercerle cariño a su persona y le suministré la hidratación que necesita.

—¿Qué te gusta hijo de tu bien pinche puta perra madre?

La Casa de los zombis

—¿Qué es este lugar “Perro”?

—Es la Casa de los zombis.

A Ricardo le desconcertaba cómo se comportaba “Perro” todo el tiempo, jadeando, pero no podía negar que los locos tenían ingenio y astucia.

—Miren, miren, ahí está el doctor, se los dije, miren, miren, ahí está, ahí, lo encontré, lo encontré, lo encontré.

—Claro que lo encontraste, buen chico, buen chico.

Saucedo consintió a su “Perro” como quien consiente a un sa-bueso para recompensarlo.

—Excelente trabajo, buen chico, ahora ya eres un perro policía, oficial canino ¿te gusta “Perro”?

—Sí, sí, wuuuuf.

—¿Crees poder con el trabajo? —Sí, sí, wuuuuf.

El detective se sentía incómodo mientras veía al doctor Vico caminar hacia ellos, escuchando a su compañero, quien convencía a un loco que se creía perro y le daba instrucciones para que atacara al doctor, se ponía hostil. “Perro” asentía emocionado, sellaron el pacto y la amistad con unas galletas en su boca.

Saucedo observó rápidamente ese lugar cercado, parecía haber sido un jardín; el único vestigio que quedaba era un árbol grande en el centro del área, hacia donde se acercaba el doctor a paso relajado y seguro, moviéndose entre figuras deformes que deambulaban hacia ninguna parte. A la derecha, en la esquina se alcanzaba a ver un cuarto de concreto tipo búnquer, del tamaño de un salón de primaria pública. Contó a los vian-dantes que se encontraban fuera de la realidad cuando el doctor ya estaba frente a él.

—Díganme detectives, veo que han conocido a “Perro”, qué sucede.

—Sí pasa algo doctor, necesitamos que nos acompañe por favor.

—Discúlpeme si me niego señor Saucedo, pero como podrá ver estoy con los más necesitados, se me hace muy injusto tener que encerrarlos una hora antes por nimiedades. Es su tiempo de esparcimiento. Además, aunque en sus mentes no estén aquí y sus cuerpos necesitan estar en movimiento.

—Dígame doctor... ¿por qué están todos mojados?... Doctor. El disgusto se dibujó en el rostro del médico.

—¿Ricardo, cierto?

—Detective Ricardo.

—Bien detective Ricardo, uno de ellos tuvo un momento de animación extremo, tomó la manguera con la que se riega el suelo para que no levante la tierra y mojó a todos sus compañeros, luego se revolcó en la tierra y se mojó él mismo, para después volver a su letargo sin más ni más.

De pronto sonó el teléfono del detective.

—Disculpen, vuelvo en un segundo, pero si se mueve lo muerdes.

—Qué gracioso, aunque de mal gusto, podrían hacer algo a parte de incomodar, sigan con su investigación no tengo problema.

A Ricardo le parecía que la llamada no cuadraba.

—Sí lo haremos, despreocúpese de eso doctor Vico.

Ricardo comenzó a caminar en dirección al bunker, el médico se mostraba nervioso.

—¿A dónde se dirige? Deténganse, no puede ir para allá.

—Wuauuf, wuauuf, wuauuf.

—Tranquilo “Perro” soy yo, el buen doctor, tu amigo, el que te da de comer.

¿Qué ocurría en los separos?

—Mírame, mírame pendejo, qué les decías a las loquitas cuando te las cogías cabrón.

—No, yo no hice nada.

—Yo tampoco te estoy haciendo nada.

—Ya dile la neta güey, evítate el dolor cabrón, como quiera ya vas para el penacho, nomás queremos saber quién te ayudó.

No creo que quieras cargar solo con el muertito.

—Cuál muerto.

—Pinche cabrón. ahora si te lo mereces.

Los agentes pensaban que el sujeto no tenía la disposición de cooperar, era un sujeto aferrado y no mostraba intención alguna de querer hacer “lo correcto” y confesar “la verdad”.

—Querrás la bolsa hijo de tu puta madre. Así sintió el muertito cuando lo estrangulaste culero. ¿Qué? ¿Pensaste que te íbamos a dejar ir?, vergas, imbécil, ¿quieres más? Sí, sí quieres más.

En ese momento perdió el conocimiento, llegó a creer que era una pesadilla y todo había terminado, pero cuando despertó seguía desnudo y atado a la silla de pies y manos, con el cuerpo frío y mojado.

—Entonces qué güey ¿vas a hablar? Ya mandamos por tu vieja para hacerle lo mismo.

—No, no le hagan nada por favor.

—¿Cómo ve pareja? se pone rebelde el sujeto.

—¿Qué güey? no me veas así ¿te quieres dar un tiro?

—¿Con cuál de los dos te quieres pelear? aquí mi compa es cinta negra en karate, si te rifas.

—Sí, nomás suéltame.

—Ah qué chingón, pues los huevos no son al gusto cómo la ves, pendejo.

Una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo y la presión se hizo grande, su cuerpo quería estirarse y no podía. Sintió cuando lo jalaron por el cabello y le lanzaron luz al rostro después escuchó: estás bien el pendejo. No supo cuánto le tomó reaccionar, pero cuando lo hizo la habitación era otra y él seguía atado.

—Mira Adrián.

—¿Qué?

—Uy qué contestón, ya coopera. Güey te conviene, tienes la verga hasta el cuello y quieres más mira.

—Veo.

—Dime ¿sabes usar Google maps? ¿Conoces esa calle?

—No.

—Cómo no la vas a conocer pendejo, si ahí viven tus padres, ves cómo eres un pinche mentiroso y así quieres que te creamos que no hiciste nada y te dejemos ir.



GABO

yo.

Julio - 2019.

—Te lo dije pareja, se amaciza, sabe, pero se hace el pendejo.

—No, yo no.

—Sí, cállate, dime ¿quieres a tus papás?... contesta cabrón.

—Sí.

—A ver mírame... que me mires cabrón.

—Míralo güey.

El individuo era de dura cervix y le hicieron lo que ellos llamaban una licuadora para que aliviara la concha.

—A ver dime por qué no me miras.

—Tu compañero me pega porque lo veo y tú por que no te veo ¿entonces qué quieres que haga?

—Mira la puta pantalla.

—La veo.

—¿De quién es esa cosa?

— De mis papás.

—Ya mandamos por ellos a ver si así cooperas.

En seguida se escuchó una radio.

—¿Qué pasa cabrón dónde andas?

—Ya voy en camino con la morra del puto ese.

—Muy bien, cambio y fuera.

—Fuera.

—Ya oíste güey, ahí traen a tu ruca para que te acompañe güey en lo que llegan tus jefes.

Aturdido, confundido y espantado, solo se me ocurrió decir.

¿Dónde les firmo?

—¿Qué dices cabrón?

—¿Dónde les firmo?

—Firmar qué imbécil.

—Lo que quieran, díganme donde les firmo, dejen a mi familia, yo les firmo lo que sea.

—Qué bien mijo, no te agüites, mírame, mira güey... ya sin Yolanda. A ver, por qué lo hiciste.

—Yo no hice nada, dime tú.

—Mira cabrón escucha bien, no seas pendejo, ya abre la mamiadora o les va a ir como en feria a tu puta vieja y a tus pinches jefes.

—Tú junto con otros, mataron al santo coco o cómo se llame el cabrón, muerto aquel.

—Porfirio.

—Ándale ves cómo si sabes. En fin, escucha, tú y tus cómplices lo mataron porque se ponía muy fiero y los del otro turno ya sospechaban que el cabrón no se tomaba las pastillas, pero lo que no sabían era que no se las tomaba porque se las quitaban para andar bien anchos. A fin de cuenta nadie le iba a creer a un loco. Pero ya se las ha de haber olido el encargado del hospital, porque se quejaba muy seguido el pinche Porfirio. Entonces para que no hubiera pedo tú y tus cómplices lo mataron y después lo colgaron para que pareciera un suicidio.

—A ver repítelo.

—Yo maté a Porfirio, porque hacía mucho escándalo en las noches, porque yo me llevaba sus medicamentos y no podía dormir. Pero mis compañeros del otro turno comenzaban a tener sospechas de lo que yo hacía, resolví por matarlo y luego lo colgué para que pareciera un suicidio.

—¿Y qué más cabrón?

—Nada más.

—Así no me sirve güey, dime quién te ayudó.

—No me ayudó nadie porque yo no hice nada, tú lo sabes, ya te acepté la culpa, ahora déjame así por favor, déjame así.

—No puto, no se puede, escucha bien güey... son quince años por el homicidio y diez más por hacerlo parecer suicidio, son 25 años.

—Ponme atención. Si pones a tus compañeros, te lo bajamos a participación, olvidamos lo de la anciana que son otros cinco años y las declaraciones de las otras locas que dicen que se las cogían en el manicomio. Son 16 años por cada una y hasta ahorita tenemos tres. ¿Quieres cargar con todo eso solo Adrián?

—No, no quiero.

—Entonces háblate.

En eso se escuchó de nuevo la radio: ¡auxilio, auxilio!

Era la voz de una mujer, se parecía a la de su esposa, no sabía qué hacer y comenzó a llorar.

—No llores cabrón ya llegó tu vieja, ahorita la ves.

—No le hagan nada, déjenla por favor, les diré lo que quieran, lo que sea.

Tomó su radio y buscó el canal.

—Aquí Panera ¿me escuchas Águila Calva?

—Aquí Águila Calva, te copio.

—Suelta a la ruca de este cabrón, no mejor espera, retenla, en lo que habla, pero no la mimes, yo te digo si hay un cambio de planes, fuera.

—Te copio, fuera.

—Ya oíste amigo no le van a hacer nada, solo habla.

Inventó una historia, la repitió una y otra vez con ayuda de los agentes, entonces le llevaron su ropa, lo desataron, se vistió como pudo, todo maltrecho.

—Ves cabrón ¿qué fácil era?, ahora vamos a que declares y cuidadito no digas lo mismo porque ahí tenemos a tu ruca y creo que también ya llegaron tus papás.

—¿Puedes llevártelo solo Aguirre?

—Sí puedo ¿qué vas a hacer?

—Voy a hablarle por teléfono a Saucedo y Mendoza para que hagan su parte.

Lo inesperado

El doctor se mostraba muy inquieto y “Perro” gruñía como si fuera de verdad. Ricardo seguía en dirección al bunker. La puerta estaba abierta y este miró en el interior y solo vio un piso frío y plano de concreto con una coladera en el medio, sus paredes tenían el rastro de la humedad reciente.

De inmediato armó la escena del diario sufrir de esos inocentes. Volteó para interrogar al doctor Vico, pero estaba lejos, golpeando a “Perro” y salió corriendo a toda velocidad hacia el interior de la clínica.

Saucedo tenía problemas con la señal telefónica y su atención se mantenía dividida, cuando sacó su arma ya no alcanzaba su rango de tiro. Estableció contacto por radio con Mendoza, el cual se encontraba esposando a Evaristo Ruiz Mazón porque Minerva acusó que sufría acoso por parte del mismo, además de denunciar haberlo visto en situaciones extrañas con algunos pacientes jóvenes.

Le sonaron radio y teléfono al mismo tiempo. Se decidió por la radio.

—Dime Saucedo.

- El doctor Vico se escapa.
- Te copio, solicita refuerzos.
- Usted se queda aquí Evaristo.
- Con los locos sueltos y las manos esposadas, no.
- Tienes razón.

Le quitó la esposa de la mano izquierda y lo esposó a una de las mesas fijas del comedor. El detective sacó su arma y corrió hacia la entrada. Saliendo del comedor alcanzó a ver al doctor que se acercaba a la puerta de seguridad con la doctora Beuman amagada con una pistola.

—Alto doctor, suelte a la señorita Beuman.

La doctora no hablaba ni se movía. El miedo la tenía paralizada, los ojos de Vico eran los de un demente desesperado.

—¡Abre la puerta Julián! —gritó Vico.

—Julián no abras la puerta. —Mendoza utilizó una voz mediadora.

—Julián abre la puerta... por favor.

Aunque los pacientes en su mayoría se desplazaban libremente, no prestaban mucha atención a lo que ocurría alrededor de ellos, pero el doctor los conocía y supo cómo explotar eso a su favor.

—¡Fuego, fuego, sálvese quien pueda! Gritó el doctor desesperado y fue como si un botón encendiera en automático la actividad en sus mentes pérdidas.

Comenzaron a correr y gritar desesperados, se escuchaba cómo, los que aún estaban encerrados en sus estancias, intentaban salir; todos corrían de un lado a otro confundidos. Unos gritaban fuego, había los que lloraban, mientras otros más vociferaban que morirían.

Mientras tanto, el doctor seguía negociando con el guardia.

—Abre la puerta Julián o te acabarán matando los locos tratando de salir, no tienes arma y sabes que ese gas solo los altera más. Julián abrió la puerta y salió corriendo, el médico hizo lo mismo. Saucedo corría tras el doctor, pero los locos se les atravesaban, se movían en todas direcciones. No había quién calmara a los pacientes. La doctora Beuman yacía en el suelo con una herida de bala en el abdomen, sufría en silencio, Saucedo alcanzó a Mendoza de inmediato.

—Saucedo quédate con ella. Habla con Ricardo y abandonen el hospital.

El detective Mendoza salió corriendo sin mirar atrás y, al atravesar la puerta de la recepción, encontró a Serapio con múltiples heridas. Cristina, la recepcionista, estaba en shock y no respondía preguntas. La tomó del brazo y salieron de la clínica. Luego la interrogó.

—¿Hacia dónde corrió el doctor? ¿Qué carro maneja? ¿Sabes a donde pudo haber ido?

Levantó su mano izquierda y señaló una dirección; recordó que el doctor tenía una habitación privada afuera de la clínica. Corrió hasta dicho inmueble, pateó la puerta pero no cedía, le disparó un par de veces a la cerradura y se liberó una explosión. Lo siguiente que vio es que ya era de noche y una enorme hoguera donde antes era una clínica iluminaba todo alrededor. El crujir del fuego decoraba el edificio, el rugir de las llamas era más fuerte que el sonido de las sirenas policíacas.

Los bomberos combatían el siniestro, pero solo impedían su avance. Las llamas no darían tregua hasta acabar con la construcción. Parecía fuera su penitencia por albergar tanto dolor. El detective se incorporó, me sentía bien y se negó a la revisión médica. Checó que Saucedo y Ricardo se encontraran en buen estado, ellos le comentaron que la doctora Beuman había sido trasladada a un hospital y que el maldito de Evaristo, al cual había olvidado, ya estaba en los separos de la Fiscalía. Minerva ya había firmado su declaración y posiblemente estaría camino a su hogar; el resto del personal de la clínica psiquiátrica estaría bajo custodia, por lo menos, las 24 horas siguientes.

Los pacientes del psiquiátrico se habían desperdigado y aun no los habían encontrado a todos. Fue entonces cuando por fin el detective pudo articular palabras.

—Faltan muchos. Comentaron sus compañeros.

—No sabemos bien Mendoza, al parecer los registros de los pacientes no estaban completos — acentuó Saucedo. —Solo contábamos con el registro de treinta y tres, hay otros que no aparecen: Mayra Elena Mares, Sergio Fuentes, Luz Elena Camarillo, “La Chula”, “El esclavista” y ““Frida””. No puede ser, pensó Mendoza, ¿por qué ella?

Día 4 de julio, 05:10 am.

El fuego al fin se detuvo y acabó por consumir todo el edificio; a las 04:00 de la mañana la estructura colapsó y con eso el fuego perdió altura y, aunque todo el equipo de vulcanos estuvo bajo riesgo constante, no hubo bajas de personal.

Hasta ese momento se sabía de cuatro desaparecidos, tres pacientes y el doctor Vico.

Era una mañana oscura en la capital del país. En esa gran ciudad donde todo se vuelve cotidiano. Ciudad de actividad constante durante tiempo indefinido; alta velocidad en ritmo de vida no tiene freno, cualquiera pierde el control en sus entrañas. Un lugar donde baila siempre la muerte con un nuevo chambelán y el que busca el chisme caliente siempre tiene algo que oír y algo que contar. El día 06 de julio se encontraron bajo los escombros cuatro cuerpos calcinados; dos hombres y dos mujeres. Era el fin de la búsqueda.

El doctor Vico se convirtió en mártir y se planearon publicar varias de sus obras como homenaje póstumo, al pensador incansable del bien y buscador de los patrones sociales de autodestrucción que mantienen al país en una anemia cultural.

Pedro, Carlos, Julián, Guillermo y Evaristo siguen presos, junto con Adrián en el Reclusorio norte; acusados de abuso de confianza contra la institución psiquiátrica, maltrato a adultos mayores, violación de personas impedidas de sus facultades mentales, robo e incendio de la institución, así como del homicidio de Porfirio Llanas Aguilar y la muerte del doctor Vico, junto con los tres pacientes como daño colateral del incendio. Lo único bueno para ellos es que en el penal reciben diariamente los antibióticos que antes tenían que robar.

Nadie desaparece

Se escucharon gritos, gritos fuertes, cada vez más fuertes.

—Evaristo Ruiz Mazón. Evaristo Ruiz Mazón. Evaristo Ruiz Mazón.

—Soy yo.

—Córrele cabrón, búscate a los que cayeron contigo y llégale a locutorios.

—No mames, yo vengo solo.

—Hazte pendejo pinche viejo violín. Búscate a los otros culeros y ve para locutorios, además tu licenciado trae unas secres bien buenas, de peluche y perlas, cachetonas, ricas, sabrosas, putito.

—Ah chingao. Méndigo panzón, con razón cobra de a madres.

—¡Órale! Apúrate anciano.

—Ya que te valga verga. Ahí voy.

Caminé en busca de los otros cinco pendejos que venían conmigo. Solamente encontré a cuatro, íbamos a locutorios, a cada paso más molestos. Estos licenciados solo quieren dinero, constante sonante dinero. Nos encabritamos, pero una vez ingresando al edificio de locutorios, se hace la impotencia saber que estás a la merced de alguien que te ayuda solo por el dinero. Nunca es una garantía, aunque nada es seguro; en la vida estás obligado a confiar.

Vimos a Adrián en un cubículo con tres figuras cuyo rostro estaba cubierto con carpetas que parecían leer solo para ellos y nos acercamos. Aunque odiábamos a Adrián teníamos que hablarle, incluso rogarle a Dios que al desgraciado no le pase nada pues nos hizo responsables de su seguridad el hijo de perra.

—¿Qué onda Adrián?

—Pues aquí nomás, estos que no iban a decir nada hasta que estuviéramos todos.

Bajaron las carpetas, pudimos ver sus rostros. Se hizo el silencio y apareció la tensión. Creímos saber quiénes eran, pero no podíamos creerlo así que hablé.

—¿Quién es usted señor licenciado?

—Yo soy tu dueño y quien controla tu destino y ellas son mi vanidad, mi inteligencia y mi confort.

—Ah su puta madre, son los locos.

—¿Estás seguro Julián?

—Sí Adrián, estoy seguro, mírenlos.

—Hijos de la chingada ¿qué hacen aquí?

—Cálmate Evaristo solo queremos verlos. Por los viejos tiempos. No lo podían creer. En seguida “Frida” y “La Chula” sonrieron y comenzaron a posar como actrices de comercial, capaces de vender cualquier producto a través del deseo de su cuerpo.

Ambas hablaron:

—Solo queríamos que vieran lo que nunca podrán tener.

El ardor no se hizo esperar y los ahora criminales contestaron.

—Tu cuerpo fue mío “Frida”.

—Mío también, igual el tuyo “Chula”.

—Lo saben perras.

A pesar de la intensidad de las palabras el volumen de las mismas era realmente bajo.

—Escucha su ardor amiga.

—Ay sí “”Chula”, lo escucho.

—Qué difícil fue tenernos para después perdernos corazón.

—Lo sé amiga, lo sé.

—Solo a eso vienen malditos locos.

“El Esclavista” habló.

—Tranquilos ustedes sabían que sus conductas siempre habían sido legalmente punibles, pero difícilmente comprobables.

Gracias por confesar Adrián, por ti fue posible que todos los hechos salieran a la luz. Díganme... ¿qué tal la cárcel?

—Qué te importa.

—No se alteren, no hay que hacer estupideces, solo quieren burlarse.

—Tienes razón Carlos. Mejor retirémonos.

—Maldita perra impotencia.

—Tienen suerte de que no podamos hacer nada.

“Frida” habló de la manera más sensual que pudo mientras frotaba sus senos con sus manos.

—No se molesten chiquitos.

“La Chula” no se quedó atrás y recorrió desde sus curvas hasta sus pechos para después soltarse el cabello.

—Sí papacitos, cálmense y escuchen.

—Gracias lindas, solo ustedes pueden restaurar el orden niñas.

Escuchen cabrones les traigo consuelo... ustedes llevan el proceso judicial 325-207, cuya causa penal se encuentra en el juzgado tres. Ninguno de ustedes presenta detenciones anteriores y todos aceptaron su participación en conjunto, facilitando toda la investigación. Pese a su cooperación debido a que los cargos en su contra son graves podrían alcanzar hasta 120 años de prisión.

—Pinche loco. Ven, cómo si venían a burlarse.

—Relájate Adrián, no te preocupes. Debido a que es la primera incidencia delictiva, su sentencia quedará como en 80 años para pagar a la mitad con buena conducta, como quiera, nos vemos en el infierno perros esclavos. Vámonos lindas.

—Adiós papis.

—Bye nenes.

Se fueron caminando seductoramente y tomadas cada una de un brazo de “El Esclavista”, entre insultos y muestras de admiración de aquellos desgraciados hombres.

Para Adrián, la saliva le sabía amarga, más agría que los insultos profanados. Tragaba saliva y rabia mientras las hermosas siluetas alejaban, se quedó con un ardor que sentía le quemaba los pulmones. Su cuerpo se hizo de plomo, solo ellos seis sabían que aquellos dementes seguían con vida, esos locos de los que creyeron recoger sus calcinados restos. Acumuló fuerza para soltar un grito.

—¡Espere licenciado! ¡Por favor vuelva!

Solo retornó “El Esclavista”.

—Dime Adrián ¿qué pasa?

—Responde... ¿el doctor Vico está vivo?

—No, lamentablemente murió. No en el incendio claro, él lo hubiera deseado así. En cuanto al destino de ustedes es según me parece muy bello comparado con su final.

—¿Qué le hicieron? Responda, vuelva, vuelva, habla perro. “El Esclavista” se había dado la vuelta, corrió velozmente, alcanzó a sus mamis y desaparecieron.

—Padre perdone por el pecado hace mucho que no me confieso y me siento mal.

—Habla hijo ¿qué has hecho?

—He corrompido la justicia, por amor a una mujer que nunca volveré a ver.

—¿Cómo corrompiste la justicia?

—Me fallé a mí mismo, siempre fui un gran investigador y todos mis detenidos eran condenados por pruebas irrefutables aunque negaran los hechos. Las pruebas físicas, reales, los condenaban a pagar sus actos criminales. Pero meses atrás conocí a una mujer y aunque solo hablé unos minutos con ella mi corazón quedó preso y hoy mi alma sigue atada a su recuerdo.

Ella murió en un incendio y aunque detuvimos a los responsables no había forma de comprobarles la totalidad de su maldad.

—Falté a mis principios éticos, contribuí en torturarlos ya que en el fondo quería pagaran con su vida por la de ella. Ahora estos están presos pagando sus fechorías y otras más, pero yo no me siento mejor. Cada día tengo más odio dentro de mí porque no puedo expresar mi amor a quien quiero, me siento vacío y quiero el perdón de Dios.

—Hijo mío, siente contento que el cielo te ha revelado la verdad del hombre.

—¿Cuál padre?

—¿Cómo te llamas hijo?

—José Ernesto Mendoza.

—Escucha José. El hombre no es más que polvo corrompido por el espíritu del amor sempiterno que no se logra manifestar. Así que sé pertinente y bendice con tu boca todo lo que vean tus ojos. Ayuda al desamparado, cuida de los desprotegidos, da limosna y nunca te vanaglories, no sientas confianza en ti mismo, solo en Dios y ofrécele amor y pasión, porque el amor y la pasión están en todo, no solo en la carne, ¿entiendes?

—Sí padre, lo entiendo.

—Qué bueno hijo, qué bueno. En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo. A través del poder invertido en mí por la santa iglesia católica yo perdono tus faltas y pecados. Que la virgen te bendiga y te proteja. Ve con bien y haz el bien.

—Amén padre.

—Amén hijo.

—Gracias padre.

—Adiós hijo.

Abandonó la iglesia, como un hombre nuevo, esa noche solo lo acompañaba un rojo crepúsculo y la luna de capricornio se reía de sus 55 años de experiencia en el mundo. Los cuales le bastaron para comprender que todo lo bueno y lo malo que hacen los seres humanos no es más que amor y pasión. Amor y pasión corrompidos que se intentan manifestar y las personas no lo logran. Se persignó, como buen católico y comenzó a hacer penitencia. Un fuerte viento pegó en su rostro, mientras en sus adentros rezaba... María madre gracia, madre de misericordia en la vida y en la muerte ampáranos gran señora.

Epílogo

Hay días que me despierto y pienso que todo en la vida es una farsa, entre esas farsas hay una que me inquieta más, la imagino constantemente. Lo he enlazado todo y esto es lo que me perturba y me molesta.

Recuerdo haber tomado en cuenta la nota y tengo presente que el doctor Vico dijo que persona alguna podía tener bolígrafos, aparte del personal de la clínica psiquiátrica; pues la loca de Frida los tenía; me distraje de ella, así como no reparé en el número inusual de pisadas irregulares que contaminaron la escena del crimen de Porfirio.

Evoco que “La Chula” y “El Esclavista” me expusieron que Vico había asesinado a Porfirio, siendo esto un hecho real que mezclaron con sus fantasías, pero yo lo ignoré. Sabía que era una prueba contundente, pero me faltaba el motivo; en verdad creo que en el fondo me negué a aceptarlo porque se interponía con mis emociones.

Se me nubló el juicio por solo haber hablado unos minutos con “Frida”. Si ella, Vico y Porfirio tenían un triángulo amoroso, esto demuestra que el médico fue el asesino y también que toda la clínica psiquiátrica era una comunidad de corazón abierto, como le llaman.

Lo que más me sorprende es cómo el doctor Vico huyó a su habitación y de qué manera supo que yo intentaría abrir la puerta a balazos. Él sabía cómo actuaría yo; él preparó todo para que explotara y se incendiara la clínica. Deduzco que tenía un par de cuerpos preparados, quizá pacientes no registrados en los expedientes.

Ese último día encerró bien a “La Chula”, de quien, por cierto, aprendí que una mujer empoderada utiliza vocablos y lenguaje de hombre y de “El Esclavista” supe que leer es de gente libre. Imagino que el doctor Vico pensó que los locos dirían que se habría fugado con una paciente.

Él escapó con Frida, preparó todo para que el incendio fuera incontenible: él sabía que cuatro horas de abrazadoras llamas consumirían un cuerpo. El incendio de la clínica duró más de 13 horas, lo cual dejó sin posibilidad de identificar los restos humanos calcinados; aparte, nadie nos tomamos la molestia

de corroborar su identidad, cuatro cuerpos para cuatro desaparecidos. Asunto resuelto, caso cerrado.

Ese médico sabía muchas cosas, según he leído en su libro póstumo, "Radiografía de una identidad violenta", describe a detalle los delirios de algunos de sus pacientes y cómo esas patologías formaban parte de la vida real de cada uno de ellos. En fin, estoy seguro que Frida vive y me hace infeliz imaginarla al lado del doctor Vico; pero en otros momentos creo que todas mis deducciones son falsas y es mi mente, engañando a mi corazón por un amor imposible haciéndome creer que ella está con vida.

Al mismo tiempo pienso que es una trampa de mi mente, librándome de la culpa por causar la explosión que desató el incendio al disparar contra la puerta. Lo único que me consta es que han pasado cuatro años y no logro olvidarla.

Entre lo que no logro olvidar está el recuerdo de mi padre; él solía decir que aunque corporalmente somos parecidos, mentalmente totalmente diferentes, algo en lo que somos iguales es en la parte sentimental y creía que mientras tengamos sentimientos, seguiremos en el juego de ser sometidos y, al mismo tiempo, ingobernables.

Fue así como llegué a la conclusión de que estoy sometido; amo un recuerdo con un sentimiento ingobernable a mi pensamiento que siempre piensa en ti.

Desde entonces soy un loco que escribe, esperando que un día estas letras lleguen a ti. Por eso me permito dedicarte este pensamiento, esperando empate con el tuyo:

Tú me miraste antes que yo a ti, no lo noté, a pesar de que soy quien posee la experiencia.

Mi dolor me hacía andar en la inconciencia.

Mi alma lacerada por cristales, cauterizada en mis banalidades, un pensamiento lento, un dolor que se conduce hacia una llama. Tú sentías, yo pensaba, el corazón ardía.

Virgen marina, llena eres de gracia y mi alma en desgracia no sirve de alabanza para tu realeza.

Tus virtudes de paciencia, tu entereza, la superación de la tristeza, algo que desgarras mi vientre y da a luz dolor y muerte.

Al saberte lejos de mí, sintiéndote cerca de mí, como pez nadas en mi inconciencia, acabas con toda fortaleza y solo puedo llorar.

Las lunas pasan, llevando una canción de dolor por un amor
que nunca se dio, donde no hubo un adiós, tampoco un inicio.
No lo comprendía hasta que entendí.
El amor nació antes que tú, antes que yo, antes que todos.
Y aunque el sol marchita mi cuerpo ya en otoño, tu recuerdo
será siempre primavera, pues regaste de felicidad mi vida, así
como el agua moja la hierba.
Pues estaba muerto y hoy por ti vivo en este delirio de extra-
ñarte a diario.
Ya no checo el calendario.
Por ver pasar los años, me duele tu lejanía.
Sobrevivo a la agonía de privarme de tus alegrías, quisiera saber
siquiera dónde estás Frida mía.

José Ernesto Mendoza

1 de mayo 2021

Año de la Revolución emocional

Diario de un viejo apasionado

Presentación

Yo soy José Gabriel Calderón Ignacio

Soy acusado sin ninguna prueba. No aspiro a que me creas inocente, aunque reconozco ser una víctima de la pasión ministerial y del sistema judicial inquisidor. Actualmente mi familia me apoya en la búsqueda de mi absolución. He perdido esposa, casa e hijos. Actualmente estoy sentenciado a 20 años. Soy consciente que tal vez no pueda obtener mi libertad pero al menos intentaré ser libre en mi pensamiento.

El Águila

Tengo un águila real pintada en el hombro derecho. Ya que, para mí, cuando un águila quiere renovarse, vuela hasta lo más alto de la montaña y allá arriba se despluma con el pico y lo rompe. Con el tiempo, esta maravillosa obra del creador, permite que le vuelvan a salir las plumas y su pico. El águila no se deja vencer, no se intimida. Cuando va a morir asciende a las alturas para que no se la coman los chacales, los lobos, los buitres. Es lo que significa para mí el águila, no dejarse vencer, no dejar que los demás te calumnien. No hagas caso, vence.

*Sí, ésta es la historia de Huracán,
pero no terminará hasta que limpien su nombre,
y le devuelvan el tiempo que pasó cumpliendo condena.*

*Le metieron en una celda, pero una vez,
pudo haber sido el campeón del mundo.*

Bob Dylan, Hurricane, 1976

La sangre que quería ser tinta

Aldo Patlán

Un día después de dar clases a “niños bien” en una universidad de cine sonó mi teléfono. “La maestra Patricia Flores y yo le tenemos una propuesta muy peculiar”, dijo mi profesor Óscar Montero al otro lado de la línea. Para alguien que se educó en el cine y con las películas, cuando recibe una invitación a dar clases en la cárcel, dos carretes comienzan a girar en la cabeza. Uno que proyecta esas películas donde los héroes se encargan de encerrar a los villanos en jaulas, donde sabes que mandar a una persona tras las rejas es un logro. También está el otro carrete, el que proyecta las grandes historias que se han contado al otro lado de la reja, donde los héroes son los que visten ropas viejas, comen poco y trabajan mucho.

La escritura, el cine o la vida misma me han hecho morbosos, es parte de mí. Sería hipócrita decir que lo primero en lo que pensé al recibir la invitación fue en ayudar. Sinceramente no dudé en decir que sí, la curiosidad por saber cómo era el proceso para entrar, cómo era todo dentro, saber si ahí había rejas, si todos vestían a rayas, pero sobre todo si detrás de las rejas estaba Andy Dufresne o Lex Luthor.

“And the Good Samaritan, he’s dressing, he’s getting ready for the show. He’s going to the carnival tonight on Desolation Row”

Jamás en mi vida había sentido tan adecuada la expresión “entrar a la boca del lobo”. Al llegar al penal te reciben rostros

amables y sonrientes, mismos que conforme avanzas en el proceso para ingresar se van endureciendo, así como se va engrosando el metal en las puertas que atraviesas. Desciendes por un túnel, cruzas una pequeña caseta con rejas reforzadas y entonces subes unas escaleras que te llevan al otro extremo de la boca del lobo. Una luz cegadora te recibe, haciendo más dramática la revelación que tanto esperaba cuando me invitaron al proyecto. Un ring semi destruido, edificios puteados que funcionan como áreas recreativas para los presos y sus familias, rejas blandengues y personas, muchas personas caminando y conviviendo en una cotidianeidad contenida, falsa. Eso fue lo primero que ví al entrar al penal de La Pila.

Nos llevaron a la biblioteca, donde sería impartido el taller, ésta se ubica a un costado de una capilla cristiana. Me resultó curioso y hasta irónico desde el principio cómo es que un área sagrada se encontraba justo a un lado de una iglesia. Ahí nos recibieron los que serían nuestros alumnos, los autores que dieron vida a todos los textos plasmados con tinta sobre estas hojas.

Pocas veces había experimentado la naturaleza animal del ser humano como ese día, todos nos observábamos, nos analizamos, nadie en ese salón quería hacer un movimiento en falso. Al igual que en la historia de la evolución humana, ese instinto mutó cuando el instinto se hizo verbo.

Nosotros nos presentamos, les ofrecimos escapar todos los sábados a través de las letras. Ellos se presentaron y nos invitaron a sentirnos cómodos y seguros en su hogar todos los sábados. Y vaya que así fue.

“No reason to get excited the thief, he kindly spoke. There are many here among us who feel that life is but a joke”

Bob Dylan continuaba susurrando en mi oído varias de sus letras cuando mi curiosidad divagaba libremente en esas cuatro paredes reforzadas, donde las ventanas no eran de vidrio sino de acrílico, donde los libros estaban orgullosamente viejos y

usados. Pero como en todo templo había un santo en la parte más alta, en este caso era un reloj inservible, cuyas manecillas se mantenían congeladas sobre todos nosotros.

Los sábados siguieron pasando. En el salón de al lado se seguían congregando para escuchar a un hombre hablar sobre las hazañas de un ser que tal vez no existió. Patricia, Óscar y yo nos seguíamos juntando en ese salón para escuchar las historias de los hombres que seguían existiendo aún en un lugar donde manecillas no se movían.

Entre más sábados pasaban, más lentos giraban los carretes de mis ojos, eventualmente ya no veía ni a Andy Dufresne ni a Lex Luthor, comencé a ver a Salvador, a Gabo, a Luis Alejandro, Luis Gabriel, guardián de la biblioteca. Luthor y Dufresne se desvanecieron de mi mente porque esta se vio ocupada con los textos de estos muchachos. El hombre que se sentía culpable por arrebatarse la vida del violador de su esposa, el hombre que esperaba la sentencia por un crimen que no recordaba, el detective marcado por los errores de un padre que pasaría toda su vida en prisión, incluso la historia de un hombre que daría su vida por volver a pasar un momento con su compañera, una hermosa perrita dóberman que dejó en la ciudad donde nació.

“Meanwhile, far away in another part of town Rubin Carter and a couple of friends are drivin’ around number one contender for the middleweight crown. Had no idea what kinda shit was about to go down when a cop pulled him over to the side of the road”

Un viernes previo a nuestra clase, Montero y yo fuimos a planear lo que haríamos en el taller, acompañados de la mejor compañía para dos escritores, unas cervezas. Da la casualidad que esta gasolina para escritor no es bien vista por los hombres que sonrientes nos recibían cada sábado. Fue muy curioso que esa noche mientras discutíamos con estos hombres y exigíamos pruebas de sus acusaciones (mismas que seguimos esperando) extrañamos el cuidado y la protección que nos daban en el recinto sagrado de la biblioteca cada sábado.

No sé si fue el tiempo o esa experiencia lo que cambió mi perspectiva del taller esa noche, si bien nuestra falta no había sido mayor, de una forma extraña me sentía aún más parte del grupo, si al principio la desconfianza existía al entrar a la biblioteca, ahora se sentía al llegar al penal y se me olvidaba al estar con los compañeros, escuchando, platicando y contando todas estas historias, mismas que sonaban más fuertes que las canciones que entonaban al unísono varios presos en el edificio de al lado. Ellos le cantaban a su dios, nosotros escuchábamos historias donde era el gran ausente.

“Come mothers and fathers throughout the land and don’t criticize what you can’t understand. Your sons and your daughters are beyond your command, your old road is rapidly agin’. Please get out of the new one If you can’t lend your hand, for the times they are a-changin’”

Hasta en los lugares donde el reloj no avanza todo se acaba. Eso es una gran mentira, la verdad es que las cosas difícilmente tienen un final. Las historias de Lex Luthor y Andy Dufresne no terminaron al llegar o al salir de la prisión, lo mismo pasará con los autores de estos textos que han leído. Habrá vida después de que hayan vencido a las manecillas congeladas, el día que vuelvan a ver lo que hay más allá de las paredes que aves altaneras cruzan volando todos los días.

Al final, atrás quedó el morbo por saber cómo era adentro, lo que se quedó de manera presente fueron las marcas de esas historias que nos contaron. Me siento afortunado de haber visto junto a mis amigos Óscar y Paty como la mayoría de los compañeros que tenían marcada su piel con tinta para recordar el pasado, lograron hacer que esos recuerdos fluyeran por sus venas, se mezclara con sus glóbulos rojos y convirtieran esa sangre en tinta.

“The answer, my friend, is blowin’ in the wind”

A mis amigos, a mis compañeros, a Bob Dylan, gracias.

Agradecimientos

Son muchas las voluntades que se suman para llevar a cabo este proyecto: la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, la Dirección de la Coordinación Académica de Arte de la misma UASLP y la AC Renace Capítulo SLP.

Gracias al presidente del patronato de Renace, José Mario de la Garza Marroquí, luchador de batallas a las que no renuncia; así como al director de la Asociación Jesús Martínez Rangel, siempre al frente y de pie.

Nuestro reconocimiento al Comandante Jaime Ernesto Pineda, Secretario de Seguridad Pública del Gobierno del Estado por su apoyo y facilitación para que Renace pueda seguir construyendo un camino de Libertad y Defensa de los Derechos Humanos en los centros penitenciarios de San Luis Potosí.

Para el equipo Renace y para su Consejo Directivo expresamos nuestra gratitud por su fortaleza y compromiso. A nuestros consejeros Francisco Lavín y Huguette Valle les agradecemos haber hecho posible parte de la impresión de este libro.

Particular reconocimiento tenemos con los profesores Óscar Montero García, también coeditor de esta obra y Aldo Javier Patlán Rodríguez por su disposición a asistir durante lo que resultaron ser casi cuatro meses al centro penitenciario, su paciencia para el ingreso, su energía para diseñar formas creativas de atraer la atención de los alumnos que asistieron al taller y su profesionalismo para dedicar a cada uno de ellos un trato respetuoso. Gracias por su compromiso y amistad.

Al Lic. José Luis López, titular de la Subdirección Técnica del Cereso número 1, le agradecemos las facilidades para llevar a cabo el proyecto y su interés en darle continuidad.

Cada vez que ingresamos al centro penitenciario lo hicimos de la mano de la LCC. Wendy Elizabeth Castillo Mora, su acompañamiento, participación y voz fueron fundamentales.

Muy especial agradecimiento tenemos con tres mujeres jóvenes, inteligentes y creativas que se dieron a la tarea de transcribir los textos originales, una labor complicada porque todos estaban escritos a mano, pero también una faena dolorosa por la narrativa de los textos. Gracias a las comunicólogas: Andrea Hernández Olvera, Abigail Carranza y Miriam González.

Por su interés en el proyecto, en los textos y su propuesta de diseño, mil gracias a Maestra Brenda Mora Castillo, una joven profesional destacada en producción editorial.

A la Maestra Martha Marroquín Morales y a la Doctora Geneveva Flores, quienes buscaron erratas y tropiezos gramaticales. Gracias por su paciencia infinita.

Gracias a los alumnos de este taller, a su voluntad por plasmar sus miedos, sus realidades, por sus espíritus libres, por su voluntad de crecer, de darle un significado a su palabra escrita.

Y gracias a ti lector, que tienes en las manos un ejemplar de *Hurricanes blues, voces desde la cárcel*. Un esfuerzo por mirar qué hay en el otro lado del muro. Gracias!

“... tal vez no pueda obtener mi libertad, pero al menos intentaré ser libre de pensamiento.”

Así nos dice José Gabriel, uno de los participantes del taller de escritura creativa implementado en el penal de La Pila por Renace Capítulo San Luis Potosí AC. A través de esta experiencia, la organización ha buscado potenciar el lado humano de los reclusos, ofreciéndoles la orientación y la experiencia de aprender a expresar sentimientos e ideas por medio de la narrativa y la creación literaria.

Aquí están sus testimonios, son voces de hombres privados de su libertad, en proceso de salir de prisión o purgando sentencias por más de 20 años. Hombres tatuados por sus historias, errores, desvaríos y muchas veces por la desesperanza. En esta compilación nos dejan ver sus recuerdos, amaneceres y ocasos. Nuestra solidaridad con ellos.

El libro que tiene en las manos también busca que las personas que no están dentro de esos muros se puedan sensibilizar en asuntos que topan con la justicia social, sobre el tema hay trabajo por hacer. En México podemos y debemos hacer mucho más.

José Mario de la Garza Marroquín

Presidente de RENACE Capítulo San Luis Potosí A.C.



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



COORDINACIÓN
**ACADÉMICA
EN ARTE
UASLP**

